

PREGÓN
DE LA
SEMANA SANTA
DE JAÉN
2012

FRANCISCO JAVIER PALOMO MARÍN

PRÓLOGO

En el principio la oscuridad, la nada, reinaba en mi mente; de repente una voz familiar la de mi padre Juan, me llama: “pacote levanta que es la hora”.

Junto a mi cama de sestear; inmaculada, recién planchada, por las tiernas manos de mi amorosa madre Pilar; yacía la túnica blanca, de capa verde esperanza. Que al igual que yo, había reposado, al encuentro por primera vez, de quien nervioso y ansioso, aspiraba a ser nazareno de la cofradía del perdón de cristo rey.

Zapatos “gorila” impolutos. Calcetín de hilo blanco, que prolongaba mi silueta hasta hacer juego con el sayar nazareno. Ceñido con cingulo esmeralda al talle. Capa de amplios vuelos; que el caprichoso aire de jabalquz, daría filigrana y gracejo, a tan amplia prenda. Jugando con ella, como la golondrina lo hace en el mencionado elemento.

Junto a mi padre, de su mano guiado, presurosos, al compás que te permitía el alba de radiante blanco. Avanzábamos por la calle Virgen de la Cabeza persiguiendo un sueño. Sintiéndonos observados por unas viviendas protegidas lozanas por aquellos tiempos.

Escortados a la diestra por las tapias del estadio de la victoria. De tantas tardes de gloria, incluido Domingo de Ramos, que había hecho vibrar a mi progenitor con el Real Jaén de su corazón.

Tarde soleada de domingo de ramos; gentío, bullicio, chiquillería, venta ambulante con su monótono pregón, entorno a la prisión provincial.

Ascender la interminable escalinata de cristo rey, ajeno a las miradas de quienes agolpados en ellas, frente a la verja de la flamante iglesia, ansiaba acercarse al reino de los cielos a la tierra.

En el interior del templo; majestuoso, sobre su paso de escayola dorada. Cuatro hacheros esbeltos, renacentistas como penachos catedralicios. Tallados por las artesanas manos de Don Vicente Castillo Gutiérrez, escoltaban a Jesús del Perdón; maniatado, azotado, con semblante manso de miradas abstraídas.

Frente a el, como toda buena madre, María Santísima de la esperanza. Engalanada para la ocasión; con su saya blanca inmaculada. Manto verde olivo, revoloteado por áureas palomas, en torno al escudo de los agentes comerciales, pues patrona es de los mencionados profesionales.

La presencia regia de Don Antonio Donaire, recortada su figura ante el presbiterio, cubierto de aterciopelada capa granate, al corte español. Vara de mando en la mano izquierda, saludaba a las muchas autoridades del momento.

Contrastaba con los incansables y afanosos hermanos López, volcados en los últimos retoques y contrataciones, para la “ya” inminente procesión.

Cada año, el que les habla, estrenaba la misma ilusión en la tarde del domingo de ramos: “por esto nunca se me cayeron las manos”.

Este mi es mi génesis

Amigo “Fran” Gomez: quien nos hubiera dicho, hace un año, cuando cambiábamos pareceres sobre el mundillo cofrade. Que tú, magnifico pregonero, dos mil once, me presentarías ante tan benemérito auditorio, rodeado de amigos comunes.

Afanes y responsabilidades compartidas por ambos, sobre este estrado, solitario, pero emotivo para quien lo ocupa: alterado y nervioso por la carga asumida.

Gracias por tus sinceras palabras de aliento. Narración de mis meritos y apunte biográfico. Intentare como tú hiciste con tu verbo, poder describir con la palabra, lo que estimulan los cinco sentidos, del más sencillito de los seres humanos. Conmovido en todo su ser, al asistir a la escenificación plástica de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Mostrada como nadie por el buen hacer cofrade, de la capital del Santo Rostro. De Catedral modelo universal del renacimiento. Ciudad adormecida a las faldas del cerro de Santa Catalina, dominada por su cruz de guía, que diariamente, a través de los tiempos, ha presidido el quehacer, de tantas generaciones de nobles y leales jienenses. Que miran al monte almenado, sobre el que se crece, un castillo de belén navideño. Como cresta de lagarto adormecido que abraza el arrabal magdalenero.

Identidad testimonial de la arraigada fe cristiana de un pueblo, que viste sus mejores galas, para recibir con hosanna de olivo, a Jesús de la borriquilla.

Celebrando el triunfo de una resurrección, anunciada con la blanca mantilla de la mujer “jaenera”, que se une cada Domingo de Resurrección en la Basílica Santuario, de Nuestra Señora de la Capilla, patrona y alcaldesa. Para como las resueltas marías bíblicas, descubrir la grandeza divina del redentor, al encontrar su cripta vacía de la flaqueza humana, y lo efímero de lo terrenal.

“Fran” fraternalmente tuyo.

Vigorizar, actualizar, regenerar el mundo de las corporaciones pasionistas o glorificantes, es misión de la agrupación de cofradías y hermandades de la ciudad de Jaén. Patrocinadora y convocante de este pregón de la Semana Santa dos mil doce.

Que tuvo a bien designarme para esta alocución. Como mentor, defensor, de unos cultos, ritos y tradiciones, tan arcaicos como los olivos que decoran el monocromático paisaje de este Santo Reino de Jaén.

En la persona de su presidente: Don José Paulano Martínez, quiero atestiguar mi agradecimiento, por permitir a este veterano cofrade, ocupar este atril para aclamar lo que a todos no une:

La Semana Santa de Jaén

Transmita a su comisión permanente, al pleno de la vocalía de pasión, mi más sincero testimonio y aliento en sus labores. Para regir con acierto y renovado espíritu de trabajo, el devenir de sus mandatos al frente de la agrupación, singularmente. y de las cofradías y hermandades en plural.

A Dios ruego: escuche mi humilde suplica.

Excelentísimo Señor Alcalde de la ciudad, mi ciudad, de Jaén.

Fiel cumplidor de la tradición establecida años atrás, de presidir, el evento epistolar de mayor rango, dentro de los actos que se desarrollan, previos a la semana celebrativa de la pasión.

Donde la ciudad que usted preside; desgrana, día tras día, en forma de misterios dolorosos del rosario, que anudado al cingulo del nazareno o en la mano portado. Muestran por la calles de un Jaén rebosante de gentío, acaparador de aceras, haciendo vísperas de fiesta, cada tarde que un cofradía alumbra su esfuerzo y trabajo, de todo un año.

Su presencia en esta celebración; respeta, asevera, la comunión entre pueblo y tradiciones, que han de ser cultivadas por todos, muy especialmente, por sus gobernantes. Sin despojar a los gobernados, del disfrute de sus creencias, manifestaciones de fe, o sencillamente tradiciones. Sin excusa o pretextos de modernidad, militancias anticlericales, consignas o tendencias trasnochadas, como también fue, la imposición de un único credo nacional.

Don José Enrique Fernández de Moya: también usted conoce de la “pasión” diaria de muchos jienenses. Calvarios personales. Familias heridas por el látigo del paro. Necesidades perentorias del día a día de esta nuestra ciudad de Jaén.

Que Dios Padre: ilumine y fortalezca su muy digno y honrado trabajo, al servicio publico de los ciudadanos.

Junto a mí: Dios y su Iglesia.

Señor delegado episcopal en la agrupación de cofradías, párroco de San Bartolomé, mi parroquia.

Don José Lomas, nuestro encuentro dominical no es casual, lo practicamos todos los Domingos y días de precepto. Pues es bien sabido: que cristiano y cofrade están vinculados como noche y día. Se puede ser cristiano y no cofrade, pero cofrade y no cristiano; imposible. Cofradías sin iglesia es antagónico.

Su presencia, necesaria, es saludada por mí; como la más clara evidencia, de que las cofradías actuamos en nombre de nuestra Santa Madre Iglesia. Aportando nuestra humilde contribución a la nueva evangelización, requerida por nuestro recordado Beato Juan Pablo Segundo y su Santidad Benedicto Dieciséis.

Una vez saludados los patricios que ocupan este escenario del teatro Infanta Leonor. Reverencio a quienes posicionados frente a mí, en cómodas butacas, o bien oyéndome a través de los micrófonos de COPE Jaén. Son destinatarios ciertos de mi prosa e ilusión, por compartir con todos ustedes, cofrades y no cofrades, mis vivencias, anécdotas y experiencias. A través de mas de treinta años de compromiso cofrade.

Amistad y amistades, por encima de todo, es lo que mas he cosechado en estas tres décadas de ejercicio cofradiero.

Amigos que han compartido; esfuerzos y fracasos, gozos y penas, sonrisas y llantos. Como poder olvidar lo vivido; compartido, luchado, en los albores de la década de los ochenta. Inicio de una de las etapas mas esplendorosas y creativas, en el mundo de las hermandades jiennenses.

Haber formado parte de vuestras vidas, familias y recuerdos. Son para quienes les habla un merito incuantificable. Cuya evocación, merecería para mí, un exclusivo pregón.

Pero creo: Juanjo, Antonio, Nono, Antonio Jesús, Manolo, Leonardo, Ramón, Paco, Miguel y otros muchos más, que abandonaron por diversas circunstancias. Que haríamos interminable este pregón, cuando con solo verlas en la calle, hoy día nuestras respectivas cofradías; resume todo ese radiante periodo.

Al cielo elevo mi mirada, pues de el espero, ser correspondido con amoroso aliento, de quienes nos precedieron en el caminar por este mundo. Creadores de nuestro ser mortal, responsables de nuestra fe. Educadores y protectores de nuestros días de infancia y adolescencia. Sin ellos el naufragio de nuestros días, hubieran estado contados.

A los angelitos llamados a la celestial corte del creador, incompresible para nuestra humana razón. Vigía divino de sus hermanos. Ángeles de la guarda, de quienes mantenemos vivo su recuerdo, en nuestros corazones.

Mentores y maestros, iniciadores de nuestra pasión cofrade, alentadores en nuestros fracasos. Guías en su tiempo de generaciones venideras, presentes en el hoy vivido. Cofrades de humilde grandeza, predecesores de nuestros éxitos a todos: mi respeto y reconocimiento más profundo a su memoria.

Este pregón pretende llegar a los cofrades anónimos, presentes o ausentes. Conocedores o ignorantes de su condición. Hermanos de fe, por las arenas marismeñas. Sobre la senda de musgo del cabezo. O en el asfalto de las procesiones patronales. Inmersos en bucólicos parajes de ermitas y santuarios marianos, jalonadores de nuestra geografía provincial.

Ayudando al transcurrir de los días existenciales, de quienes como nosotros, esperan el gozo de sus devociones.

Mi ilusión y constancia cofradiera infantil, se ve interrumpida por mi ausencia formativa, en la ciudad vecina de Ubeda. Hecha para la Semana Santa, según palabras, de su cronista, Don Juan Pascual.

El regreso al Jaén de mis recuerdos, al umbral de los años ochenta, me conecta a una realidad cofrade convulsa, como la España del momento. Postrada, sin rumbo, varada en el pasado mas reciente. oligarquicamente sostenida, sin conexión popular. En ese ambiente opaco, un grupo de cofradías y cofrades, paradójicamente jóvenes, sin apenas historia en sus libros de reglas. Acometen, quizás sin tener conciencia, de lo que su incorporación e ideas aportadas, sobre las formas y compromisos y cofradías respectivas, alcanzaría un nivel que difícilmente hubiera sido imaginable. Por magnitud, rumbo y logros que el futuro les deparara.

Capitaneados por la cofradía de la buena muerte, en la persona de Don Manuel Cañones, comienza la renovación de la casi yerta, estéril vida de las cofradías de Jaén. La incorporación de una juventud intergeneracional, no clasista, costalera, prestada al trabajo no remunerado hacen de estas cofradías auténticos potenciales sociales que imantan un entorno adormecido. Se unen evolutivamente; La Expiración, El Perdón y Los Estudiantes, fuerzan un despertar del letargo en las demás cofradías. Dinamizan la cerrada agrupación de cofradías, con ideas nuevas y llenas de vida. Las parroquias y párrocos, no sin dificultad y recelo, ven un potencial humano y comprometido y voluntarioso, comenzando un caminar unido que desembocaría en la promulgación de reformas de estatutos y normas diocesanas, al amparo del nuevo

derecho canónico. De la comisión conciliadora para la reforma de estatutos, tuve la honrosa responsabilidad de pertenecer.

La escenificación, el esfuerzo la formas, la restitución de Magnos Oficios olvidados, aportan a las cofradías regeneradoras una nomina cofrade inimaginable en otros tiempos. La contemplación de este panorama, hace que se vayan decantando, el resto de cofradías del lado de los nuevos modelos imperantes. Toda esta efervescencia pasa desapercibida para el común de los mortales. Cuya gran aportación; es llenar cada año, en mayor numero, las calles recorridas penitencialmente en la Semana Santa.

Tal dinamismo nos faculta para acometer la última gran reforma: la agrupación de cofradías de la ciudad. Esta acta que muestro en mi mano, es testigo notarial de lo que hablo, firmada por Don Antonio De la Casa Adam, relacionados al margen, los representantes de las cofradías comprometidas con la evolución emprendida. Terminaría por hacer ceder los últimos vestigios de una Semana Santa, superada por los propios actores del libreto que comenzara el ensayista a escribir allá, por los primeros ochenta.

En el camino quedaron sinsabores, ingratos recuerdos, presidentes in-pectores, no ratificados con resortes de dudosa legalidad. A Don Miguel Mesa Tamayo, Don José Lozano De la Torre, discretos cofrades de conocimientos y amplitud de miras, mi reconocimiento por vuestro consejo y apoyo. Ayudasteis a trazar un rumbo reconciliador con la esencia del pasado y la necesaria cirugía de lo patológicamente adormecido.

Esta breve reseña histórica, sobre lo acontecido en la década de los ochenta, es un tributo a unos cofrades que cargaron sobre sus hombros, la responsabilidad de hacer caminar sus cofradías y hermandades hacia un futuro consolidado. Creo que tenemos derecho a sentirnos orgullosos de esa generación a la que pertenecemos. Presumir de nuestros logros y trabajos es un ejercicio de honradez. Lo vivido, disfrutado, compartido y aprendido es suficiente pago a nuestro esfuerzo. Recompensa gratificante es, o debe ser, ver a nuestros discípulos al frente de nuestras perfeccionadas cofradías. Sembramos en sus mentes una forma de hacer hermandad, imitados por otros muchos, son suficiente crédito para respetar y valorar el camino emprendido por ellos, para seguir avanzando en los tiempos que les ha tocado vivir.

Planteado el escenario y los tiempos que me tocaron vivir procederé a narrar mi adscripción al mundo cofrade. Fácil es reconocer mi vinculación a la cofradía de mis desvelos y amores:

El Perdón

En ella de la mano de don antonio donaire y los hermanos López aprendí el trabajo y los secretos de una fabricana exigua, pero laboriosa por la falta de recursos. Arribar a la junta de gobierno en momentos difíciles e insostenibles para esta cofradía, forzó la elección anticipada de Don Juan José Romero-Ávila García, quien durante casi quince años capitaneara el rumbo de ella. La transformamos y con ello impregnamos a la Semana Santa de Jaén de nuevas formas, enseres y ritos, imitados con acierto, no en balde hoy día es un formato admitido y puesto en valor por todos. Acompañados por las cofradías hermanas de La Buena Muerte y Expiración se produjo una nueva forma de tratar con los cofrades y hermanos. Los costaleros y hermanos de trono, dieron un liderazgo social a estas hermandades. De estos grupos iniciáticos, surgieron los nuevos miembros de junta de gobierno, aportando ideas, trabajo y conexión, con una generación de jóvenes jiennenses, que a caballo de la década de los ochenta-noventa, fueron la verdadera fuerza transformadora de las cofradías y su entorno. Como muestra un botón: hasta la feria de San Lucas se vio salpicada por el referente cofradiero en las casetas: el cirio apago, el albero, el palio, modelo a seguir. Fuente de financiación, para las grandes transformaciones habidas en enseres, pasos e imágenes.

En lo privado y emotivo, mis quince años como costalero del Santísimo Cristo de la Expiración. momentos de intima relación con Dios hecho hombre, clavado en su cruz arbórea, trono elegido por la hermandad, para como Custodia Sacramental, Exponer al Cristo mas Cristo de todos los Cristos de Jaén. Sus doscientoscincuenta años de veneración, descansan sobre los hombros de un cuerpo de costaleros, de los de más solera y sobriedad en la calle.

Pero toda esta suma de actos, hechos rituales, objetos culturales, enseres procesionales, nazarenos, músicos, necesitan de quienes los utilicen, conserven, repongan enseres y los ejecuten.

Y este Jaén nuestro Jaén tiene sus referentes. Actores involuntarios, colectivos religiosos y civiles, que hacen posible la realidad anual de la Semana Santa. Proveedores de los ricos ajuares cofradieros, o de los humildes y sencillos complementos del nazareno.

Hablar de la desaparecida "casa cámara" es recordar años de confección de caperuz de cartón, para abuelos, padres, hijos y nietos. Solera y tradición de la plaza santa maría, sobre la cabeza nazarena de pequeños y mayores.

El comercio tradicional, el de Jaén, heredado de padres a hijos. Sin franquicias ni multinacionales, marca de la casa, acaparadores de empleo estable y familiar,

donde dueño y empleado son una misma persona. Han sido y son dispensadores eficientes de cofradías, cuerpo de camareras, bordadores y nazarenos, de los complementos necesarios para ocupar su digno puesto en el mosaico semasantero del Jaén moderno. que durante una semana al año vuelve sus ojos hacia sí, se hace mística, ralentiza el vértigo de las prisas, se enamora del rostro de una virgen, apresado por una saeta, aromatizado por el incienso, conmovido por una marcha de procesión, o el silencio al discurrir una hermandad por calles angostas y recoletas bajo la luna de Nissan.

Del bordado primoroso, cuidado de ajuares marianos, o repostería cuaresmal, ha sido durante muchos años privilegio reconocido a las órdenes y congregaciones, en su mayoría enclaustradas, de monjas asentadas en conventos palaciegos dentro del casco histórico. O al servicio de las parroquias de nueva implantación, son acreedoras del más sincero reconocimiento del mundo cofrade. Agradecimiento y oración por ellas elevemos a nuestros titulares en nuestras estaciones de penitencia.

Para todo lo descrito anteriormente, los sentidos han de jugar un papel preponderante. Agudizarles y educarles en los sonos cofradieros es fácil. Yo pregunto: ¿quien de niño no se ha entusiasmado con el sonido de un tambor?. ¿El sonido de una corneta de plástico, en los labios de un infantil crio?. ¿A quien deja indiferente por su ternura? la música cofrade; de agrupación musical o bandas de cornetas y tambores, las marchas de palio armonizadas y acompasadas con el caminar costalero, hacen de las bandas de música en todos sus estilos, cómplices necesarios para crear un ambiente mágico, comunicativo con el espectador, alentando al que sufre bajo la trabajadera de su devoción. La juventud de los miembros de dichas bandas y agrupaciones, es otro valor del ambiente cofrade de las últimas generaciones, que aumentan la nomina de activos en las hermandades.

Atrás quedan los monótonos sonos de la “trompetería romana” el atronador y reiterado sonido de sus tambores. Pero el colorido de sus uniformes, el brillo de sus corazas, o lo estético de sus cascos emplumados, son y han de ser, presencia arraigada en nuestras estaciones de penitencia. Podemos renovarles uniformidades, pero no podemos renunciar a su acompañamiento, pues traicionaríamos un matiz diferenciador de la Semana Santa jiennense, del resto de la andaluza. Agrupación, ayuntamiento, cofrades de pasión, no permitamos su desaparición de los itinerarios procesionales, son parte de nuestra cuidada estética procesional. Se lo ruega, quien aspiraba de pequeño a ser capitán de los romanos.

Si en la Roma de los cesares, las legiones eran el orden y la autoridad, en el Jaén de nuestros días la policía municipal y el cuerpo de policía nacional, representan para las cofradías y los ciudadanos, la garantía y el buen funcionamiento de un tráfico y un orden respetuoso con las manifestaciones de fe que desarrollamos las

hermandades en la calle. Agradecámoslo con nuestra colaboración en su trabajo y obligaciones en tan laboriosos días.

La ciudad se para, contempla el paso de imágenes centenarias, que vieron transformarse una población agrícola y sosegada, en metrópolis comercial, de actividades públicas y organismos oficiales, desplazando las casas labriegas y huertas bajas de la proximidad costumbrista del ciudadano, dueño de calles y plazas adoquinadas o terreas. lonjas, plazas y mercados abiertos, presos en las fotos bicolor del siglo diecinueve, principios del veinte, que muestran un Jaén pueblerino, sobrado de tiempo, falto de prisas, viviendo en intensidad y profundidad, sus fiestas cívicas o religiosas. Marcando la vida laboral diaria de los jiennenses, espaciándola en el tiempo, entre celebración y celebración, hacia una ansiosa espera del gozo. Vivido con plenitud en la ciudad que lucía sus mejores galas, en torno a su catedral, barrios abigarrados, al amparo del edificio más emblemático y reconocido de esta ciudad. Jaén comenzaba a despertar a la modernidad de los bloques de pisos, la cuadrícula de sus nuevas calles, el asfalto y las prisas por ir a ninguna parte. Jaén se merece ser vivido en lo más profundo de su historia, costumbres y tradiciones, para poder afrontar un futuro donde no se cometan aberraciones urbanísticas, atentados patrimoniales víctimas de la especulación o la modernidad. Que hicieron desaparecer edificios emblemáticos, como el teatro Cervantes, casas palaciegas en la collación de San Ildefonso, o preciosistas edificios maximalistas regionalistas en la calle almendros Aguilar y Teodoro Calvache, hábitat natural de las escasas cofradías centenarias que forman la nomina de nuestra agrupación. Jaén como el tronco de un árbol abatido por el hacha del tiempo, muestra sus diferentes capas evolutivas o épocas, estilos que se marcaron y modelaron en torno a la catedral, la Plaza de Santa María y su crecimiento urbano hacia el norte; mas llano y amplio. Para diluir una urbe de piedra y madera, de maceta y cal, de patio y cancela, de tarde de sol en primavera, brisa agradecida del jabalquz gigante, que refresca en las noches de hastío, los arrabales del puente Santana y adarves bajos. abundantes fuentes y pilares, abrevadero de bestias y caballerizas para arrieros venidos de otiñar, hortelanos de los puentes hacia el mercado, solícitos y devotos de Jesús de los descalzos, protector y vigía de las caserías y parajes rurales que verdean al pasar la semana santa. Labriegos y agricultores de corazón limpio y sencillo, que visten sus mejores ropajes y galas en la madrugada mas santa del año, cuando Jesús Nazareno, Rey de los jaeneros visita sus corazones abiertos.

Perdida en la noche de los tiempos, rasga su oscuridad la saeta. Plegaria hecha arte, rezo del “cantaoor” espontáneo, sembrador de silencio en torno a su arte. Desde el pulpito de un balcón, sobre la alfombra del acerado, el saetero celebra con

su garganta la liturgia y plegarias del sacramento secular de la seguirilla, la solea y el flamenco, esparcido por los corazones, de quienes absortos en la contemplación de un Cristo clavado en la cruz, o bajo el peso del madero quebrado, caminan por su reino de gentío, al ver tanto dolor en costado, pies y manos del redentor. Rosario López y Manuel Valderrama son el exponente de quienes recibieron el don de Dios de hacer con su cante una homilía que conmueve el corazón de quien la escucha. La saeta manada desde el corazón de rosario López "Charo":

*Cantada con su voz rasgada,
Al Dios Nazareno en la madrugada,
De nuestras emociones exaltadas,
Por la garganta de Charo la cantaora,
De oraciones y plegarias,
Que las manos de dios tocada-señalada,
Con el don de su voz privilegiada,
Para el nombre de Jaén,
Alabar su bendita cara.*

Sobre la puerta del perdón el santo rostro de cristo. Paño y Reliquia que eleva a categoría de jubileo la bendición y costumbre de mostrar al pueblo de Jaén, la bendita cara del Salvador, protector divino del esfuerzo humano hecho labranza de sus campos, sustento de sus habitantes y comercio incipiente de los moradores de esta ciudad. Rescatar del olvido la esencia fundacional de la catedral, mostrar en los días de Semana Santa, la reliquia de la Santa Faz, motivo de peregrinaciones multitudinarias para foráneos y propios. Auténtica gloria y leyenda que dio fama durante siglos a nuestra principal iglesia metropolitana. Haría centro de culto y oración para las estaciones de penitencia de las hermandades. Su tránsito por la nave, catedralicias, acompañadas por el susurro del Santo Rosario. El silencio meditativo de los penitentes por el claustro renacentista de columnatas y bóvedas labradas, palio perenne, para un culto efímero que año tras año renueva el deseo de hacerse presente en el interior de la sede canónica de la diócesis Consagrada a San Eufrasio.

Las cofradías y hermandades sometidas a las modas y cambios sociales imperantes, adoptan y reglan sus estructuras, según el gusto del momento. Pero ni por moda, ni capricho, la mujer interviene hoy día en la gobernación de dichas instituciones. Su trabajo, su esfuerzo, su medida han potenciado exponencialmente los logros de las hermandades: casetas de feria, vocalías de formación y culto. Caridad, con mayúscula, aunque lo políticamente correcto sea llamarlo solidaridad, han venido de la mano en ejercicio práctico del maternalismo inherente en las mujeres que jalonan nuestras

cofradías, junta de gobierno bajo la trabajadera, vistiendo habito penitente, luciendo la mantilla española, tan nuestra, tan de gala en el vestir femenino. Atrás quedan los años de círculos cerrados y escasos de los cuerpos de camareras de muy baja nomina en sus componentes, heredados de madres a hijas o familiarmente exclusivo.

La mujer cofrade, cristiana, a de ser testimonio de vida, defendiéndola desde su seno materno y no permitir al político de turno, usar su dignidad y grandeza procreadora para arrancar un puñado de votos, en nombre de la libertad de elección a interrumpir el embarazo. Libertad si, para concebir responsablemente una nueva vida, no para arrancarla del vientre materno. ¿Es que no vemos dolor y muerte suficiente en nuestra sociedad?. Guerras en nombre de no se que ideales. Violencia asesina contra la mujer, y va lo incontable. Tiernas criaturas en su infancia, torturadas y sacrificadas, como si de cualquier herodes domestico, dependiera su frágil e indefensa vida. Muerte y mutilación en las carreteras de nuestras vidas y familias. Terroristas metidos a políticos, la zorra en el corral. Por cierto: mi mas sincero reconocimiento y homenaje a las victimas y familiares de los que han sufrido, o sufren, por culpa del terrorismo. Demencial, injustificable, propio de quienes exigen derechos a punta de pistola o con el estallido de una bomba, segando el don más preciado y único del ser humano:

La vida. Si a la vida.

LA BORRIQUILLA

Del alba y el amanecer del Domingo de Ramos, cuanto saben los cofrades de la borriquilla. Que impacientes como el sol, avanzan al encuentro de la mañana radiante que inaugura la Semana Santa. El astro rey se asoma para dar luz a los ojos verdes de la rosa de belén. Los segundos para aclamar con sus corazones a Jesús de la salud en su entrada en la ciudad de Jaén, transformada en calles de infantil sonrisa. De palma agitada por las manos de inocentes de niños, que juegan a ser hebreos, en la ciudad asediada de olivos. Campanas vociferantes de sonos solemnes, para convocatoria de dominical júbilo festivo.

Con la voz emocionada de su hermano mayor al golpear, con la palma de la mano, la puerta cerrada de Belén y san roque, nombre evocador de tierra santa, para un reino de olivos centenarios que dan identidad a esta nuestra provincia del reino de Jaén. Cuyo despertar al progreso esta varado en el tiempo, como la profunda raíz de sus olivos. Con este sencillo acto, Jaén abre de par en par sus puertas, a dios hecho pasión y gloria. Por calles piedra pavimentada o avenidas de alquitranado manto. Buscando al maestro del sermón de las bienaventuranzas, en cada paso de cristo, nazareno o crucificado.

Mis recuerdos de esta cofradía, como deben de ser, se remontan a mi infancia de pantalón corto. Chaqueta de pata de gallo. Calcetín alto y ritual de estreno con camisa "labipanda". Abrazada al cuello por corbata con goma elástica. Misa de templo atestado de fieles, celebrada en latín y con el oficiante de espaldas al pueblo. De emoción y prisas, al escuchar en la lejanía, los primeros redobles de tambor, al desfilar los uniformados componentes de la O.J.E. Escoltando a la imagen que Jacinto Higuera tallara, para la cofradía arraigada, en la que por aquellos días era la última parroquia del Jaén moderno y expansivo de los sesenta.

Avanzando en mis recuerdos, hacia nuestros días, se cruzan en mi mente personajes que fueron corazón y aliento de esta cofradía, huérfana de madre e infantil estampa. Hablar de Don Juan Cantero Chica es decir "fabricano" con todo el extenso sentido de la palabra. cubierto por su bata azul marino, en la calle teniente Anguita roldan, fabricaba en los locales-almacén de la ferretera andaluza, el trono de hojarasca de pino, que servía de carroza a un pollino, sobre el que se alzaba una mayestática figura de cristo, en actitud de bendecir a una chiquillería inmóvil.

La llegada de don Alberto Sánchez estrella a la presidencia de la **borriquilla**, apoyada en **cofrades de antiguo cuño**, incorporando **savia nueva** en su junta. **Agranda el sentido de hermandad en detrimento de una espontaneidad e improvisación**, que marcaban los desfiles de los primeros años. **La malla dorada, el moldurón tallado, las cartelas de alpaca cincelada, los hacheros rojos en las esquinas. Muestran el esfuerzo de unos cofrades por ganarse un reconocimiento a su entrega para hacer una cofradía seria y peculiar.** Tan peculiar que hace recobrar vida a un barrio de Belén, identificado con su hermandad. Orgulloso de apadrinar un resurgir manifiesto del cortejo blanco y azul de capa blasonada con palma coronada sobre cruz de Jerusalén. Paseando en la mañana del Domingo de Ramos, por sus coquetas calles de casas bajas y blanca pared, donde la luz se hace mas brillante, al asomarse para ver al Rey de reyes a lomos de un asno.

Los milagros existen, y yo en Jaén, he vivido uno. Un hijo huérfano de madre, de nombre Jesús aclamado como profeta. Agasajado como rey. Se sintió tan solo en las entrañas del templo de Belén, que se dio a si mismo una madre de ojos verdes, talle de niña rostro anacarado. Nacida en Triana y criada en Belén y san roque. Con majestuosos ropajes ocupa la peana terrenal, que sus devotos hermanos, pusieron a sus pies, para señorearla en la mañana dominical, pórtico primaveral, de cada semana santa. Virgen bajo palio, ataviada de reina, con la paz en su mano. Hecha rama de olivo de nuestros campos. Inmarchitable hoja regada con las lágrimas de sus divinos ojos verdes. Sobre el pecho enmantillado con encaje de la virgen de la paz luce una "Rosa". ¿No la ven ustedes ?!. Está engarzada en su corazón de madre. Resalta de grandeza humana, sobresale entre sus manos de pesebre divino. ¿ Verdad que si, Sixto ?. ¿a que tu si la ves David ?. ¿Alberto a que hueles su fragancia ?. Rosa; como toda esencia sublime, se guardaba en un cuerpo pequeño y frágil. Rosa; llamada al cielo para alegrar a su Virgen de la Paz. Rosa; vigía de su familia ampliada en Natalia y "chus" Rosa; veladora impaciente de las nuevas vidas que anidan en el vientre de Maria Jesús y Natalia. Rosa; susurraba al oído, de este ser humano, concebido por amor, marchas de palio, para adormecer su espera, hasta el día de su " llama " a este mundo terrenal.

La fortaleza cimentada en la alianza de pasado y presente, provoca el popular crecimiento de la cofradía de Jesús de la Salud y Maria Santísima de la Paz. Recogido el testigo del trabajo bien hecho, la continuidad sin quiebros, de un formato asumido por los herederos de Alberto, en las personas de paco sierra, "Juan Francisco" y un sequito de jóvenes entusiastas, hasta nuestros días. Nos ha regalado a los jiennenses una hermandad joven, que no juvenil, llena de vida interna. La creación del nuevo paso de misterio que nada tiene que ver con el anterior, perfila una silueta de cofradía

moderna, seria, de identidad propia. Al gusto de un Cristo barroco, tan andaluz, como propio de la naturaleza artística imperante en la creación de las hermandades del siglo dieciséis. Lo demás, utilizable y respetable, desentonan en este mundo de cera, esparto y tunica, de silencio y oración. La realidad descrita en un paso de misterio, cautiva al observador, por la suma de detalles, colores y esencias bíblicas. Escenifica pasajes completos del evangelio, recreados al gusto andaluz, donde muerte y sangre se transforman dulcemente en quietud adormecida.

Fresco en mi memoria, reposa en ella, la bendición de Nuestra Señora de la Paz. Boato y emoción se unían, como la presencia única de las cofradías, en estos rituales litúrgicos. Que convocaban al mundo cofrade de su tiempo, sin excusas ni ausencias, para asistir al nacimiento de nuevas advocaciones hechas imágenes como senda de oración para acercarnos a Dios. En la cena posterior al banquete eucarístico, con la presencia del imaginero Don Antonio Dube de Luque y su esposa, rodeado de amigos cofrades que convocados por la junta de gobierno de la borriquilla, agasajábamos al autor de la talla bendita de la paz, a la postre del Señor de la Salud y su Misterio de la entrada en Jerusalén. En la sobremesa tras el café, Juan Cantero Chica y Juan García Carmona; de quien hablaremos mas adelante sortearon una camiseta con el Rostro estampado de la Señora de la Paz, a modo de lienzo Veronical. Tuve la gran fortuna de que me tocara en suerte. Me fue dedicado por el señor Dube de Luque con este texto:

“Que la señora lleve la Paz a su hogar, bendiciendo a toda la familia “

Esta real cofradía, acertada en mantener la chiquillería bulliciosa y alegre, entre sus tramos cofrades. Ofrendadora de palmas mediterráneas a Jesús de la Salud, como símbolo de la liturgia eclesial sacada a la calle. Ha sabido buscar el contraste de la sobriedad penitencial, en sus hermanas ataviadas de mantilla, en recogido rezo del Santo Rosario. En la entrega de sus cuadrillas de cargadores-costaleros, al caminar con soltura y dominio, fruto de horas y horas de ensayo. Devoción y respeto, entregados a su hermandad, para gloria de Jesús de la salud y Maria Santísima de la paz. Manteniendo a los ojos de los jienenses ese sello de cofradía de inocentes niños, ataviados de hebreos, que juegan entre palmas y ramas de olivos a descubrir las tradiciones que hicieron de sus progenitores; mujeres y hombres de buen corazón.

El sol rebasa el ecuador del paseo de la estación, para marcar el regreso de la real cofradía de la mulica, hacia su barrio-hogar en busca de su gente que vive intensamente sus primeras horas como actores del auto Sacramental en que se convierten las procesiones cuando discurren por las calles empinadas del Jaén alborozado, por la proximidad primaveral. Que empieza a eclosionar en los árboles que cubren la plaza de Belén, para cobijar el presumido balaceo

del palio de la Paz. Que a hombros de su devota cuadrilla, que la mimaba como niña en cada chicota, avanzando poco a poco por el barrio que la vio bautizar.

Jesús de la salud a lomos de su asno va,

Cansado de tanto cabalgar.

Busca con premura una torre esbelta,

Para poder descansar.

Cuando el maestro que lo monta a horcajadas

Deje de saludar,

Con sus manos que consagraron el pan,

Al barrio que se encumbra,

En la loma de sus corazones

Para verle pasar,

Montado sobre su asno

Que cansado va.

La cofradía bordea el colegio público Alcalá Venceslada. Donde la ley humana dicta, que la figura de Cristo clavado en la Cruz no presida pared, que pueda al ser visto ofender, la sensibilidad del observador. ¿No ofende el legislador insensible al privar a un pueblo sencillo y piadoso, ver a su Dios al que conoció desde el bautismo, en la primera comunión, al contraer matrimonio y en el adiós a este mundo?. ¿Por que siempre condenamos a Cristo al destierro de nuestro corazón?. ¿Que interés tenemos en ocultar a Dios, que solo habla de amor y perdón, para con los demás?. Las cofradías y los cofrades somos el testimonio publico de la conmemoración de la pasión de Jesús Resucitado, ante un gentío que espera de nuestro ejemplo de vida, lo que le transmite la belleza de Nuestro Cristo, que paso haciendo el bien por este mundo, y una madre que nunca lo abandono desde su regazo hasta la cruz. Que Maria de la Paz y Jesús de la Salud, símbolo de amor filial, nos sirvan de ejemplo de fidelidad entre hombres y mujeres. Para crear una familia, como piedra angular, de una sociedad que adquiere valores morales en el seno familiar.

LA ESTRELLA

Cuando la tarde del Domingo de Ramos, se quedo huérfana de amor, perdón y esperanza, una estrella surgió en el firmamento para guiar a un grupo de jóvenes cofrades, desde el poblado barrio de la alcantarilla, hasta la noche que cierra el domingo de ramos. Donde las estrecheces de sus callejuelas, laboriosidad de sus vecinos y la presencia conventual de las madres dominicas, confieren un especial alo de casticismo a esta hermandad. Que presenta en la tarde noche del domingo de ramos a Jesús al pueblo de Jaén en su sentencia humana para comenzar el evangelio de la pasión redentora de este cristo maniatado, que erguido sobre su cintura nazarena, escenifica la dejadez y cobardía de un Pilatos que se lava las manos ante la injusticia mundana.

La sobremesa de la comida hermandad del perdón, se lo ponía punto y final, con las palabras de su gobernador. Para alentar y desear un gozo de las jornadas venideras de la semana mayor. Comenzaba la hora de presentar a Jesús ante su pueblo de Jaén. Engalanado de tarde de domingo de ramos, en compañía de la estrella que guía, en su norte, al castizo barrio de la alcantarilla. La que pudo ser la tercera cofradía en nomina de la parroquia de cristo rey. Había vuelto a la vida penitencial en la pequeña parroquia, de fuente pública adosada, abrevadero de caballerizas propias de los moradores de las huertas bajas a extramuros del altivo Jaén. sus primeras salidas de las cocheras, frente a su nueva sede canónica, empujada por el entusiasmo de Don Miguel Fernández y un joven ramillete de cofrades, en torno a un nuevo caminar, para una cofradía de años cumplidos, sin imágenes a las que orar, en su barrio ausente de tradición cofrade-nazarena. Resultando un maridaje de excelente buque, para el paladar cofrade mas exigente. Con la evolución habida hasta nuestros días, en la cofradía de la estrella, que alumbraba un convento de hacendosas monjas bordadoras. Ocupando el centro de este pueblo que forman las entrelazadas calles en torno a la iglesia de la concepción, ajeno al crecimiento vertical de los edificios del nuevo Jaén.

Mi amistad con José Castillo Peinado, me llevaba con frecuencia, al taller de talla que su recordado padre Don Vicente Castillo Gutiérrez, mantenía en la calle- plazoleta de San Bartolomé. A caballo entre las parroquias de San Juan y San Bartolomé, de cofrade asentamiento. Corría la década de los ochenta, mi visita en busca de aprendizaje sobre el mundo creado por las manos artesanas de don Vicente Castillo, que tanto apporto al patrimonio cofradiero de nuestra ciudad. Se vio enriquecido por la presencia del profesor de la cercana escuela de artes y oficios don Antonio Contreras, y la manipulación que ambos hacían sobre la

imagen de un Nazareno jorobadito, de brazos articulados, en tamaño académico. Venido de clausura cordobesa, receptor de oraciones dominicas, para ser entregado en mansedumbre erguido, sobre su talle seccionado, para ganar verticalidad en su figura. a una cofradía de barrio, que lo presentaría en su primera salida procesional, solo sobre el improvisado, pero digno paso de caoba y cera roja. En la tarde de estreno del domingo de ramos. La rectitud de su imagen maniatada cubierto por túnica púrpura aterciopelada, con cetro de caña aja, en sus santas manos cruzadas por trenzada seda emborlada. Corona de espinas exagerada, para ceñir sobre sienes de cabellera ondulada.

Marco el inicio de una cofradía que ha hecho de sus, algo más de cincuenta años de existencia, un patrimonio con señas de identidad que parecen haberse consolidado a través de siglos. Muestra de un esfuerzo cofrade para alcanzar, lo que hoy representa, el magnifico y completo paso de misterio de Jesús de la Piedad en su presentación, a un pueblo de Jaén, que hace no recordara los inicios de esta humilde hermandad. Orgullo de sus cofrades, seña de identidad de un barrio, que tiene el honor de poseer en sus llanas calles; conventos y capillas de vida contemplativa. Donde el tiempo parece dormirse en sus claustros de sus soleados patios. De vecinos de fácil charla a las puertas de sus casas, al barrer puertas y aceras en un rito ancestral. Carente en casi su totalidad, de un tráfico de vehículos a motor; que le confiere el silencio en paz, que necesitan los cristos de sus hornacinas-oratorio, para acompañar al paseante de este barrio anónimo al turismo foráneo, que no trasciende mas allá de la catedral.

*La virgen estrella,
Bajo palio de malla cala,
Para ser vista por sus monjitas,
Afloradas en su torre "palomar".
Presas por amor en su clausura,
Cuando la madrugada del lunes santo,
Comienza a triunfar.
Peleando en belleza lunar,
Con la noche de ramos dominicales,
Que se resiste a abandonar
A la estrella virgen
Que guía su claridad.*

Esta cofradía de frescura fundacional, gasto los años pretéritos, en buscar las escalas para asaltar el corazón místico de esta ciudad. Que la espera luminosa

e ilusionada, en la tarde que abre los misterios del vía-crucis, que son nuestras cofradías y hermandades. Cuando con su cera alfombran calles y plazas. Su incienso perfuma el templo abierto que forman sus casas y barrios. Ante la mesa altar, en que se convierte, el cerro de Santa Catalina. Con su cruz de blanca cal. de castillo con torreones almenados, para en el, como sagrario, poder guardar, el cáliz que recoge la sangre por cristo derramada al procesionar, por esta metrópolis olivarera.

Lejos quedan las tardes y domingos del discurrir, morado Nazareno, por adarves bajos. Buscando el arco de medio punto de la puerta el ángel. Donde se enmarca una alameda que se abre al levante solar, las huertas soleadas del puente jontoya, por donde navegan los ríos Jaén y Guadalbullón, para confluír en puente nuevo de piedra señorial.

El tiempo pasa, la cofradía se centra en su alianza conventual, con las madres dominicas de la calle llana. Benefactoras y depositarias de los tesoros devocionales del barrio de la alcantarilla. En las imágenes de Jesús de la piedad y su madre, que más que estrella, es lucero polar. que guía a una congregación de monjas maduras, cuyo contacto con el exterior de sus muros, se establece a través de la reja que comunica su clausura con el espacio eclesial de la concepción. Escenario habitual del culto que rinden sus cofrades en fiestas y celebraciones solemnes en honor de sus titulares.

La generosidad de las reverendas madres dominicas, otorgó la fortuna, no sin gran esfuerzo de poder disponer de una morada digna para la veneración de sus titulares, la preparación de sus pasos procesionales, para gozo de la tarde del domingo de ramos. su primera salida del templo de la concepción, en plena construcción, con una angostura en calle, algo mayor que los pasos moldeados por la madera tallada y buril del fino orfebre, para poder si cabe aun mas, estremecer nuestros corazones y la garganta del capataz que forja la entrega de su cuadrilla al arte de cargar los pasos.

Los hábitos blancos de las dominicas, se confunden con las túnicas nazarenas de la hermandad de la Estrella y su Piedad, por el barrio que huele a geranio y jazmín, en las bambalinas que son sus macetas cuando penden de los balcones de sus casas adinteladas en piedra noble, como sus moradores. Este romance entre cofradía y congregación claustral, surgida al amparo de una estrella que se desprendió del cielo, para en la noche de santo rosario desgranado entre cal y plata de varal, prender devocionalmente a un barrio que camina tras su cristo maniatado, mostrado por envidia en traición de treinta monedas, ante su madre de la estrella, que manifiesta su dolor sobre el reino de su canastilla, caminando por devoción de su joven cuadrilla, que al cielo la eleva a golpe de llamador.

*Tanto amor derrocho dios,
En su divina piedad,
Que casa hermandad quiso otorgarle,
Para gloria de su madre terrenal,
Junto al templo de su inmaculado seno virginal.*

Acompañar el encierro de esta popular cofradía, por las angostas y abalconadas calles su itinerario final. Congrego, congrega y congregara a muchos y buenos cofrades, gustosos del deleite de una chicota, en dificultad de farol o enrejado balcón. Coincidir con inocente cuesta, Juanjo Romero, Antonio González, Ramón Guisar y otros cofrades de deambular callejero, al encuentro de maría de la estrella, tras la celebración del vía-crucis presidido por su hijo coronado de espinas sin piedad. Para con emoción y admiración ver mecer el palio de la estrella celestial, que camina con sonos triunfantes de marcha procesional. Nos daba el tiempo de su reposo, sobre asfalto encerado, por la lluvia de los cirios penitentes, que alumbraban su dificultoso caminar. Oportunidad para el uso de la palabra justa y medida, sobre lo que nuestros ojos contemplaban en la madrugada del lunes santo, comparando con otros entornos y ciudades de renombrada fama procesional. Al desembocar en la calle pilar de la imprenta, que aproxima la cofradía a su final. Presenciamos atónitos y emocionados; como un paso se ensanchaba hasta acariciar unas paredes de dudosa verticalidad. Donde balcones y ventanas enrejadas se asoman a ver la virgen pasar. Sobresaltado exclame: “ya tenemos calle parra para gozar”, al ver la maestría de unos fabricanos y cuadrilla calza, que nos regalo con su esfuerzo descomunal, unas escenas para soñar.

La cofradía dominica de la Piedad y Estrella, alcanza en años sucesivos, la categoría de decana en la tarde del domingo de ramos. Su magnifico misterio, en la presentación de Cristo a su pueblo en piadosa mansedumbre, ante la curia romana de vigorosa marcialidad. Ocupando el pretorio de su labrado paso en madera y metal. Escoltado por luz de sus candelabros cimbreantes, que abrazan su divina majestad. Con sonos de trompetas y tambores de su banda renombra, que lloran notas desgarradas por las esquinas al revirar. Buscando a paso lento de chicota, la plaza de San Ildefonso para rezar, ante maría inmaculada entronizada en su pedestal. Ver tras la reja santuario a su madre en capilla de talla dora, como sostiene la infantil figura de Jesús coronado, que juega con el bastón de alcaldesa, de esta, su ciudad.

La belleza de maría engalanada por manos privilegiadas, para la blonda y encaje trabar, sobre el pecho de una estrella que luce bajo palio, a la luz de su

bosque en llamas. De suspiros en pabilos que consumen la cera calibra, que ante ella ofrece la fe de su hermandad. Que no cabe mas belleza y hermosura, para una madre dolorosa que llorando va entre clamores, vítores y piropos de música que suena a celestial. Cuando la banda interpreta, su saeta con acordes y compases nazarenos, para la estrella consolar.

Esta asceta hermandad penitencial de la piedad y estrella busca el calor de sus monjas de toca negra y blanco habito de pureza. Abandonando la anchura y luminosidad excesiva de la carrera oficial. Se adentra en la estrechez de la calle almenas y sus rincones de piedra adormecida de siglos. La noche le sobreviene al encuentro despierta por la ausencia de luces imitadoras al astro rey. Acogiendo en su tibieza lunar, un cristo cansado de ver a un pueblo gritar “hosanna al rey de reyes”. Abandonado en la soledad de su Getsemani de alpaca y cedro, cuando se aproxima a las almenas del palacio, que Pilatos dispuso fuese el patio del colegio de arquitectos. En la noche iluminada por cera penitente sobre ciriales o encerrada en guardabrisa de candelabro. Remarcando la silueta de esta escena bíblica, reflejada en sus muros, que cada noche de domingo de ramos, gozan de contemplar; a dios piadoso y su luminosa madre, estrella de la alcantarilla retornar, en silencio orante a su templo conventual.

SANTA CENA

La piedra que desecharon los arquitectos, es hoy piedra angular de la Semana Santa. Cuando los cofrades de esta santa capital, depositaria de la santa faz del Nazareno, comenzábamos a complacernos en lo logrado en nuestras hermandades y cofradías nazarenas. La fuerza y el tesón de un grupo de “capillitas”, maduros en experiencia al servicio cofrade, con una inquietud por lograr los pasajes bíblicos que ilustran a nuestros conciudadanos, cuando ven pasar un procesión en Semana Santa. Congrego en torno a una idea fundacional, de la cofradía o misterio, que no puede o debe faltar en lo cronología pasionista, que glorifica a Dios creador. La fundación y aprobación de los estatutos de la cofradía Sacramental de la Santa Cena de Jesús Salvador y María Santísima de la Caridad y Consolación ha sido uno de los acontecimientos de mayor trascendencia, en la reciente historia de las cofradías jiennenses. Desde la proclamación por el excelentísimo Doctor Don Santiago García Aracil, Obispo por aquel entonces de la diócesis, bajo patronazgo de nuestra señora de la cabeza. En la emotiva celebración habida en la Santa Iglesia Catedral, donde Don Santiago anunciaba los fieles tan gozosa erección, de una cofradía, que como ocurre con la sabrosa aceituna de cornezuelo, mas que germinada y crecida en años, se injertaba en el tronco de la Semana Santa de Jaén, en particular en la rama del Domingo de Ramos, como si hubiera estado creada hacia años y lista para hacer su primera estación penitencial en la primavera cofrade. Su elenco de cofrades formados en junta de gobierno y hermandades de vieja trayectoria procesional, por las calles de Jaén. Con su hermano mayor Pepe Paulano, rodeado de miembros, con conocimientos de la esencia y el trabajo a desarrollar, en el seno de una cofradía con solera como; “Geni”, Cesar, Francisco Manuel, Juan, etc.

Conformó unos pilares sólidos para asentar una cofradía que supera, lo materialmente alcanzable, en tampoco tiempo. Envidia sana de quien les habla, ante el asombroso barco que es el canasto procesional, sobre el que se celebra la institución de la eucaristía cada tarde del Domingo de Ramos. Partiendo del templo que preside la avenida de Andalucía, representativa del Jaén de la modernidad y los altos bloque de pisos, que buscan el azul del cielo de esta tierra que María Santísima visitara en la noche del once de junio, para consuelo de nuestros mayores, perpetuando la alianza entre la mediadora universal, que es María, y una ciudad santa en la humildad de sus gentes, devotos de las tradiciones que heredaron desde hace siglos. Que los define en sus creencias y costumbres; como un pueblo creyente y respetuoso

con Dios y su bendita Madre, en las muy abundantes advocaciones que salpican la geografía provincial jiennense.

Mis recuerdos, que deben de ser similares a los de ustedes, no necesitan de un salto atrás muy amplio en el tiempo. Su primera salida en la tarde del domingo de hosannas y palmas, convirtió la avenida del gran eje, en centro del mundillo “capillita”, que se disponía asistir al nacimiento de una hermandad. Que se anunciaba por un gusto por lo sublime en la imaginería de sus titulares, la composición de su cortejo y el buen gusto por el diseño de los canastos donde procesionan sus imágenes devocionales. No defraudaron en absoluto las expectativas creadas en torno a la Santa Cena, nombre popular que se acuñaba para llamar escuetamente a la hermandad titular de la parroquia de San Felix de Valois. Esta moderna parroquia, a espaldas de un humilde barrio de peñamefecit, con aspecto contrapuesto a la esencia de lo que es una capa de albergar el barroquismo que atesora la cofradía Sacramental de Jesús Salvador y su Madre consoladora en su Caridad para con los que sufren. Fue en épocas pasadas inexpugnables para la aspiración de ser sede canónica de una santa cofradía, que deseaba trabajar solidariamente a favor de los feligreses. La negativa en principio, dada al presidente de la agrupación cofrade de aquella época, Don Inocente Cuesta y su sequito, no les permitieron apenas explicar lo que acontecería al transcurrir una década, en la vida moderna iglesia parroquial.

Que bonito nombre eligieron tus cofrades para llamarte. “Caridad”, con mayúsculas, sin complejos. La caridad hecha amor con el prójimo; anciano o jornalero inmigrante. Marginado o preso de la droga estigmatizado por el paro o en la desesperación de verse desahuciado:

*Que belleza tiene tu nombre,
Madre mía,
Que solo pronunciarlo,
Abre la esperanza,
En nuestros corazones,
De que la fe,
En el fruto,
De tu vientre immaculado,
No nos abandone,
A nuestra desdicha humana.*

Contemplar la salida del cuerpo de nazarenos, rojos y marfil, al acerado iluminado por el radiante sol dominical de palmas y olivos. Cuando sus capas se tornan ascuas encendidas de luz. Ocupando una avenida paralizada por la presencia de la

cruz de guía, que abre la larga tarde-noche de pasos y bandas, que fluyen al encuentro de un itinerario oficial, que vestirá sus mejores galas para recibir a tres cofradías que representan a Jesús en su divina grandeza eucarística, la angustia del abandono en Getsemani o la soledad de un Cristo maniatado en su presentación al pueblo.

Jesús Salvador, rodeado del cuerpo apostólico, en torno al banquete perenne de la mesa altar que es su portentoso paso de filigrana imposible, bañado por el pan de oro, que lo convierte en Cáliz elevado por su cuadrilla al son de corneta y tambor, para hacer caminar a un cristo que invoca al padre celestial con su mirada, mientras bendice el Cáliz de la nueva alianza entre el y su gran obra: el ser humano.

La hermandad va ganando la antigua ciudad de piedra palaciega en plazas, a través de empinadas cuestas, que ponen a prueba el buen trabajo que desarrollan los cofrades que cargan los pesados pasos.

El rojo palio neogótico con el que camina la Señora de Caridad y Consolación, la distingue del resto de los pasos de palio que pasean a las dolorosas por nuestras calles. Una vez mas el buen gusto, el diseño, el poderío, se manifiestan en este altar de culto itinerante que la cofradía Sacramental de la Cena a construido para María Reina y Madre, como si del tabernáculo se tratara. Y se es bello su paso, no menos es la advocación; Caridad y Consolación de una Madre que atiende por mandato divino de su Hijo Jesús a todos los que a ella acuden en busca de consuelo en la tribulación de su existencia. contemplar la matrona que acoge bajo sus brazos a los infantes huérfanos de amor, en la figuración de la virtud teologal de la caridad, nos requiere en nombre de dios, cuanto importa la atención a quienes necesitan, por su debilidad, ser protegidos en cuidados y cariños. La Caridad de María ha extendido su palio de púrpura hilatura sobre la fundación que crece al amparo asistencial de nuestra señora de Consolación y Caridad, que se eleva a dios con los sillares de amor, que esta sacra-vera cofradía, promueve en residencia en residencia para mayores, como testimonio de su “veracidad cofrade” en el compromiso cristiano del siglo veintiuno.

Aprovecho la grandeza vocacional de María Caridad y Consuelo, para rendir tributo y reconocimiento a las mujeres y hombres que trabajan, “si trabajan”, en caritas; diocesana parroquial, halla donde un ser humano que sufra o necesite consuelo este. Haber compartido vivencias cofrades con Don Juan Carlos Escobedo, hombre dinámico hasta en su andar, lleno de sinceridad y honradez. Con firmeza en su palabra, pero de dócil trato con quien medie en palabra con el. Su entrega y labor en caritas, me enseñó que dios se llega por el amor a los demás, sin excusas ni justificaciones sociales. Estos extraordinarios seres humanos, en su anonimato diario, hacen mas por el “prójimo” que toda la propaganda institucional sobre derechos humanos. Su

testimonio y forma de vida, han de ser para los cofrades, un acicate en el fomento de las obras pías, bolsas de caridad, o mecenazgo sobre instituciones o patronatos que aporten soluciones a las carencias de este siglo de modernidad. Fue uno de los orígenes, en la antigüedad, de la fundación de cofradías asistenciales, que nos han transmitido hasta hoy, la democión y culto a muy veneradas imágenes pasionistas.

Cuando en las frías mañanas del pasado invierno transitaba en mi coche, en compañía de mi esposa Ana, por la calle Muñoz Garnica, donde se encuentra el comedor asistencial: el Jordan a cargo de caritas, observábamos otro milagro de la multiplicación de los panes y los peces, para quienes en busca de un trabajo digno, acudían al aseo y primera comida del día, que se levantaba lleno de incertidumbres para sus nutridos usuarios. El compromiso de las cofradías en las acciones promovidas por caritas, asumidas como propias. O la creación de órganos o vocalías que desarrollen labores asistenciales o de sustento de sus actividades caritativas, son el factor determinante de su legitimación, para poder ser autentico testimonio, como discípulos del cristo vivo, que representan nuestros pasos procesionales cuando santifican las calles por donde procesionan. Lo contrario nos acercaría a una veneración carente de sentido evangélico, que despersonalizarían el mensaje que deseamos transmitir.

La oscuridad se adueña del itinerario por donde discurre el misterio sacro de la consagración del pan y el vino por el maestro de galilea, en presencia de sus discípulos amados, con los que comparte su divinidad, antes de sufrí su viacrucis redentor que le llevaría hasta la cruz, como único sacrificio cruento, que habrá de perpetuarse en la memoria de los hombres hasta el fin de los siglos. (trento, sesión XXII).

El cortejo sacramental busca por la collacion de Cristo Rey el recogimiento que da unas calles adormecidas de viandantes, en la proximidad de la media noche, que anuncia la llega de la cruz de guía, a la avenida de Andalucía para convertirse en plaza improvisada que acoge a los acompañantes del canastocénaculo que levita sobre los hombros exhaustos de sus hermanos cargadores, que agotan los últimos tramos de calles-esquinas a la fría grandeza de las avenidas que arterian la ciudad.

Suenan sonos de cornetas enlutadas por las esquinas, que doblan nazarenos

*De roja capa y antifaz,
 Portando cera roja sacramental,
 Alumbrando el sendero
 Que María de la Caridad y Consolación
 A de pisar,
 Elevada al cielo de su paso terrenal,
 Donde es mecida con cariño y suavidad,
 Por su cuadrilla entusiasmo,
 De ver a María engalana,
 Con su manto procesional,
 Sobre sus cabezas que alfombran,
 Su morada de palio terrenal,
 Con su carita serena de escorzo quebra,
 Para mirar entre lágrimas,
 A su pueblo que la acompaña fervoroso,
 Hasta su casa parroquial.*

Donde su divino hijo la espera impaciente para verla llegar a los sonos de una banda sevillana que tras ella va. Meciendo bambalina de filigrana enmadroña, con fleco de bellota para acariciar, la brisa que la noche deja escapar en suspiros de aliento, para a María en su caridad, poder consolar.

Esta próxima tarde de Domingo de Ramos, en la que Dios mediará, cuando el Jaén de Domingo haya aclamado a Jesús de la Salud sobre platero engalanado. **Las puertas del templo de San Félix, la luz solar dejarán pasar, al interior de un templo abarrotado de nazarenos, mantillas e insignias para conformar un cortejo Sacramental. La mano derecha de un fabricano novel, el llamador de pesado metal, asiera para en ritual heredado por liturgia verbal. Poner en movimiento lo más Sagrado que tiene una hermandad: sus Sagrados Titulares, ocupando la cátedra magistral, del canasto procesional.** El magisterio cofradiero que es el paso de la Sagrada Cena del Señor, desde su primera salida procesional ha tenido al frente del llamador unos capataces autodidactas venidos las trabajaderas de otros pasos, otras cofradías. Impregnando de su arte, los rituales para hacer caminar, a los entregados hermanos cargadores las señas de identidad de su cuadrilla particular. Forma de entender el sentir de la hermandad, que ha de transmitir al capataz, como ha de ser visto su misterio en la calle. pero con la responsabilidad última del capataz, de velar por quienes voluntariamente, altruistamente y solo por devoción, prestan su caminar racheado a un paso de misterio que estremece en las "levantas". La escuela de "Nono

Arrate Meléndrez", con arte marcial en su ronca voz, a supuesto para la Santa Cena y el palio de María Santísima de Caridad y Consolación, una esencia en la que asentar el difícil equilibrio entre capataz de cuadrilla o fabricano de cofradía. Esta dicotomía existencial en el mundo de las cofradías jiennenses esta latente, o lo estará, en la forma en que afecta al trabajo y la vida interna de la hermandad. Pues en un tiempo, no muy lejano, la fabricanía era nexo de unión y colaboración de la inmensa mayoría de las personas, que se acercaban al seno de la cofradía para aportar su trabajo.

Jaén ha consagrado la liturgia Sacramental de Cristo en su Santa Cena, María de la Caridad y Consolación es testigo de que esta noche mágica que abre la Semana Santa de esta ciudad del Santo Rostro es digna acogedora de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACION EN EL HUERTO

Olivos, siempre olivos. Que tendrá esta tierra de Jaén, que tanto debe o sufre por su afamado olivar. Recreando huerto de Getsemani, en la tarde en que Cristo confortado por el ángel consolador, franquea la portada neoclásica del templo-basílica de San Ildefonso en procesión. Que escenario mas sublime puede desear un olivo, que se sombra para un Cristo redentor, postrado en oración, en la tarde que Jaén concentra mas cofradías en sus calles de pasión. Mostrando un ambiente de bulla popular, por ver y sentir, lo que la tarde del Domingo de Ramos es capaz de anunciar al jiennense engalanado, para recibir su primer día de catequesis publica.

La vera-cruz, con su historia centenaria sobre la capa de sus nazarenos, con títulos en la solera de su escudo, que bastarían para definir, la alcurnia de una Casa Real. Desgajo su paso de Misterio de la Oración en el Huerto, para posesionarlo, entre su centro docente, al que da nombre su rancio titulo principal: vera-cruz y la iglesia que durante siglos había sido su morada. Ver la silueta del olivo que cobija a Jesús transfigurado en su dolor, abandonado de sus discípulos adormecidos, caminando por el paseo de la estación, cuando era transitable para las cofradías u otros eventos sociales. Supuso a los que fuimos testigos de ello, un choque de pareceres para unos cofrades, habituados a ver; la excelencia de los cinco pasos que forman la magna procesión de la vera-cruz, en la tarde noche del Jueves Santo. Su retorno al seno de su templo matriz. La incorporación de una segunda advocación Mariana, en su titulo de los desamparados. Dono al pueblo cofrade del santo rostro, una nueva estación de penitencia, para lucirla en la tarde del domingo de ramos.

Asentarse en la retina de los jiennenses, los calidos colores de las túnicas de sus nazarenos, no fue obstáculo para quienes reconocen en la cofradía, llamada popularmente; “de los civiles” una posible merma en su acervo popular. La magnifica escenificación del Misterio de la Oración en el Huerto, sobre su trono remodelado por gubia sevillana, a hombros de sus ubicuos cofrades cargadores. Acompañado por su bendita madre de los desamparados, imagen de reciente concepción, pero con una estampa procesional de toda la vida, por la elegancia clásica en su aderezo y vestimenta como reina. Avance de lo que supone, la presencia de la virgen de los dolores, sobre su soberbia canastilla cincelada, por un genio de la orfebrería hispalense, en la tarde noche del jueves santo. Cuando en plenitud de arte cofradiero, se muestran los pasos que forman el cortejo, de quienes fueron en épocas pasadas conocidos como las siete escuadras.

Esta Virgen, nacida del dolor de una familia desgarrada, por la perdida maternal, es procesionada en su paso de palio por las entrelazadas calles de un barrio cofrade por excelencia, en su larga nomina de cofradías penitenciales, de gloria o sacramentales. Su esencia penitencial se diluye al inundar unas calles bulliciosas en gente que trasiega su ser, para acudir a ver los detalles peculiares y matizadores de las hermandades que comienzan a confluir en el calle Roldan y Marin. Inicio del llamado itinerario oficial, para unas cofradías, que abandonan su “populismo” de barrio para convertirse en desfile de ordenados nazarenos de cirios encendidos, distancias marcadas por los acaldes de tramo. Solemnidad en el caminar costalero al compás de unas bandas entregadas en la ejecución de marchas impactantes para “liar” filigrana de cornetas, tras filigrana, acompañadas por el bravucón sonido de los tambores.

La ocupación del espacio, que abarcan las sillas enfiladas, del recorrido que comparten las hermandades penitenciales, en su peregrinar hacia la tribuna oficial de la agrupación, cuando se adueña la oscura noche del Domingo de Ramos para el lucimiento de la Cena, la Oración en el Huerto y la Estrella. Confirmando una peculiaridad única a esta noche iniciática del ritual procesional que se repetirá toda la semana con la presencia de Cristo y María como señas de identidad mágica, para el disfrute de nuestras cofradías. Que se hacen presentes durante una semana en la que Jaén aparca su angustia diaria.

Siempre recordare mi ocupación del presbiterio acerado en la calle reja de la Capilla. A la espera emocionada, de ver la revirada, de los pasos de la Oración del Huerto y la Estrella, en celosía forjada ante la vidriera colorista del monumento litúrgico que muestra a la alcaldesa venida de los cielos, para ser saludada por las hermandades decanas. Quien fuera por aquel entonces Don Manuel Paulano, amigo de rito y profesión, me interpelaba bajo su anónimo caperuz, para que acercara al soberbio que Palma Burgos creara, y la escuela sevillana remodelara para hacerme acreedor de un “levanta” emotiva. Cuando el fabricano de capa y antifaz golpeaba con su martillo de olivo torneado, la campana convocante de la liturgia mecedora de tronos, que domina en la madrugada del viernes luctuoso. Siempre agradeceré a Manolo Paulano, su gesto cofradiero de permitirme alzar al cielo jaenero:

*Un olivo atestiguador,
De la primera agonía de cristo,
Cuando un martillo golpea,
El corazón de una cuadrilla,
Que humilla,
Las ramas sollozantes,
De verdes lagrimas olivareñas,
Al elevar a cristo arrodillado,
Para esta estar mas cerca
De esta tierra jaenera,
Que arrulla su pena solitaria,
Al ver dormidos en la trasera
A los discípulos que el eligiera.
No nos dejes caer en tentación,
De tu desamparo,
Señor de la Oración,
Porque Tú nos quisiste jaeneros de corazón.*

Tu madre llorosa en la tarde del Domingo de Ramos, reciba el consuelo de este pueblo divino de Jaén, que consuela con palios de filigrana y ánforas de perfumadas flores mundanas, aquella que tu, sagrado redentor, elegiste para ser tu sagrario materno, cobijo de pecadores, auxilio de afligidos, amparo de quienes sufren su dolor, al no verte, mi Cristo en oración, postrado ante tu Padre Dios, para ser sacrificado en calvario de tarde oscura, cuando se cumpla tu pasión.

La Virgen que llora su desamparado corazón, se consuela bajo palio, peregrino en cera prendida de olor, cuando ve a su hijo nazareno de sangre transfigurada en oración, mirar al cielo, al que clama perdón, para un pueblo que le alaba como Rey en la tarde de su procesión entre palmas y olivos según manda la tradición.

Su recogimiento cofrade pone rumbo al encierro eclesial, donde una parroquia histórica preserva su intimidad. Pues en las naves se adormecen ya, unos pasos en oro fino, que anuncian la tarde del Jueves Santo cuando la vera-cruz que acompañan en verde uniformidad, desfilen tras su Cristo dormido en vera-cruz de madera "labra".

San Ildefonso vive en vigilia cofrade para poder albergar tanto trasiego de paso que han de posesionar. Del interior de un templo que celebra oficios con gran solemnidad. Cuando la tarde de jueves santo se prolonga a través de la madrugada. Para ver a cristo yacente y María en soledad, cruzar la tarde de viernes tenebroso en silencio

y austeridad. Para resucitar en la mañana victoriosa, de luz y campana voltear, pues Cristo ha resucitado en San Ildefonso un año más.

Jaén se adormece en su santidad, sus calles se abandonan a la oscuridad, el silencio reina cuando avanza la madrugada. Jaén respira incienso de capilla aletarga, arrojando sueños místicos, en la noche que inicia su peregrinar, hasta la llegada de Jesús que carga con su cruz al hombro, sacie a esta ciudad; de monte calvario de huerto verde olivar, catedral de piedra viva "almidona" por el paso del tiempo. Jaén se muestra humilde, cuando la luna la mece en su soledad. Cristo y María por sus calles han pasado ya. Resuenan rezos de cornetas en las esquinas, que doblan calles para ocultar un palio cansado de caminar, al encuentro de Jesús el Galileo, que poco a poco se transformara en varón de dolores clavado en calvario de tarde viernes santo "enluta".

EL DESPOJADO

¡La tarde de Lunes Santo, madruga en la Plaza Reina del Salvador. La modernidad hecha iglesia de barrio, se presta a celebrar, culto publico a Cristo y María por calles empinadas que guían penitentes de túnica radiante, con escapulario en grana, cubiertos por antifaz, con silueta de ciprés que al cielo elevan oración de Santo Rosario, al desgranar cada calle vencida, por la sandalia franciscana que remata la belleza de un atuendo penitente de gran originalidad. Cuando Don Jose Martínez Rubio, “Pepito procesiones”, en la década de los ochenta, reunió a unos jóvenes cofrades con mas voluntad que medios. Puso todo su corazón en fundar una cofradía penitencial, que aunara todo su saber cofradiero, que es mucho, como mucha fue su entrega a esta, su modelada hermandad del rosario, que rezan sus hermanos al acompañar al Señor de la Pasión, Despojado de sus Vestiduras. Para amargura de una Madre, hecha iglesia, en su vientre virginal. Primer templo mundano, que Dios en su Espíritu Santo, preñara en María Niña para consuelo redentor de la humanidad.

Sus nobles ensayos, en las soleadas tardes de Sábado, por la alameda taurina, plagada de celdas florales, que aromatizan alargando la presencia de jiennenses, que despiertan de su letargo invernal.

El trono de escayola dorada, anclada sobre parihuela de pino carrasqueño de sólida construcción. Que procesionara a Jesús del Perdón en origen fundacional. Heredado en familiar uso de las imágenes, que descubriera la gubia magistral de don Juan Abascal fuentes. Fue caballo de Troya, para ganar, unos corazones juveniles, con muy sana intención devocional.

El ímpetu no vence obstáculos, pero si allana el camino. La profunda convicción de alcanzar una aprobación de estatutos eclesiales, la designación de una sede donde dar culto a sus imágenes, o desarrollar el potencial humano que atesoraba, este cada vez mas numeroso grupo de jóvenes cofrades, los llevo a disponer de una casa santuario en la puerta barrera. Frontera del ser o no ser, para un Jaén moderno, Jaén de luz cofradiera. Como plasma la magnifica pintura matriz de Don David Padilla, en su pregón de color y luz, para una borriquilla que irrumpe en nuestra macula, anunciando la Semana Santa en cristo y María, la luz de sus niños hebreos, una chiquillería que el paso del tiempo madurara, a los pies del cerro enrocado de Santa Catalina.

Mi visita a esta capilla urbana de entreplanta, de bloque de pisos, no restaba en nada misticismo fervoroso a una Virgen desconsolada en amargura, confortada por las idas y venidas de unos servidores, sin traje de estatutos por

vestir. Con una fe devocional que moviera; curia, templo e imágenes, para engrosar el misterio de Jesús de la Pasión, en su paciente espera, para consumir el cáliz amargo de su crucifixión según Jaén.

Ver a María con San Juan en compañía, en la angosta habitación que servia como calle de la amargura; a una Madre que buscaba al fruto bendito de su vientre, hecho Cristo de mirada implorante a las alturas, por donde revolotean las golondrinas que esquivan los rayos soleados, en la tarde Santa de lagrimas y amargura. Cuando María en su templo de plata y palio se haga reina de nuestra ciudad.

La cofradía cumple preceptos y requisitos eclesiales de la mano de su capellán reverendo Don Francisco Rosales Fernández, para materializar el anhelo de las tardes de sol y ensayo en la alameda primaveral.

Todo este esfuerzo fue reconocido por mi persona, al solicitar mi ingreso en esta joven hermandad, que se fundara allá por mil novecientos ochenticuatro, con unas señas de identidad nada habituales para esta ciudad.

La amargura anda sobre canastilla con costal “carga”, no hay mas palio que el cielo que la cobija como mediadora universal. San Juan dialoga en silencio con madre de llanto “desconsolá”. Para buscar al maestro por el Golgotha de estas calles jaeneras de cuesta “empina”. Que la conducen sobre su paso de plata y cera “ilumina”, una treintena de cuellos rotos, por el abrazo del costal.

María de la Amargura, con su Hijo de túnica descalzada, buscan posada donde poderse alojar. Los templos se empequeñecen, no pudiendo cobijar, al Dios de talla policromada. Que busca techo santo para morada, de unas imágenes que solo pretenden ser; camino de oración reflexionada con Dios Padre en la Sagrada Forma transformada, en pan y vino del Costado Divino, que la lanza de longinos atravesara. Unas monjas docentes en morada escolar, prestan patio de colegio a esta cofradía penitente, que por primera vez a Jaén, en tarde de Lunes Santo, sorprende mostrando, como Cristo sobre madera sin tallar, espera paciente su martirio sobre monte de lirio, donde reposa estéril la cruz del sacrificio, que pronto ocupara. Para ser elevado sobre todas las cosas mundanas, despojado de su dignidad humana, al mostrarse al mundo clavado en trono de cruz redentora. Al recibir la tierra del Golgotha su matil cruciforme, por donde la sangre cristo hombre, correrá para regar de amor verdadero este templo de vida que es la humanidad.

Mis años de junta de gobierno en el Perdón, me acercaron en la tarde del Lunes Santo, bajo palio de ramas de plataneros silvestres, que cubren el paseo de la estación. A la subida presurosa de esta hermandad detallista en lo mínimo, exuberante en sus dos pasos costaleros, que parecían ocupar el todo de

esta avenida vertebral. Jadeada su cuadrilla, de ceñido costal, por la maestría en palabras de su capataz Don Rafael Mondejar, que venido de la ciudad que peina con puente de ojos en piedra romana, la mansedumbre del agua nacida en Cazorla la serrana, madre del Guadalquivir. Jesús de la Pasión en vestidura de roja túnica con blanca camisa despojada, era testigo irrefutable, de la fraternidad, que reinaba entre cofrades que comparten un mismo credo. La levanta al golpe de martillo, en plegaria de bendición para los presentes, reiniciaba el ritual, que se repetirá durante horas bajo las trabajaderas, donde habita el costalero. Para dar vida al misterio de Jesús de la Pasión sobre el altar de su paso procesional, cuando su cuadrilla lo señorean por las calles de nuestra Santa ciudad de Jaén, convertida en Jerusalén de hormigón y asfalto del siglo veintiuno de la era cristiana.

María en su amargura coronada, camina en busca de su templo salvador para encontrar a su Hijo, cuando el cielo carece de luz, pues toda ella, ha descendido a Jaén para rodear el paso de palio de la Virgen que llora su amargura, sobre su pecho clavada en espada de dolor, que lacera su Divino Corazón. Encendido en candelaria que alumbraba a su Hijo de la Pasión, cuando en la plaza que ella reina, pone fin a su gloria de Lunes Santo, al rezo de la salve que huele a marisma, albero y rocío madrugador.

La Reina de la Amargura recibe veneración de colectivos y profesionales que honran su labor. Reina en los valientes novilleros y toreros, que imploran su divina protección, en la tarde sangre de toros, cuando los clarines anuncian a los timbales que redoblen a su son. Reina en los corazones uniformados de la policía local, que la escoltan en traje de vistosa gala, cuando a sus plantas se aproximan, en la tarde de Lunes Santo solícitos de protección, para ellos y sus familias, en su quehacer diario, sobre el asfalto con lluvia o sol.

La juventud de esta cofradía, elegante en su cortejo, protagonista de la nueva parroquia del Salvador. Puede presumir, así lo hace, de haber creado una agrupación musical que interpretan marchas cofrades tras su paso de misterio. En perfecta sincronización con la cuadrilla costalera, para disfrute del mundillo "capillita" que rodea los pasos de misterio, en su espectacular proliferación. La música cofrade es una constante en la trayectoria de esta hermandad, que ha sabido buscar, equilibrio en su vida interna, con el protagonismo de una banda puntera que goza de prestigio en Andalucía.

Las bandas nacidas al amparo de cofradías, como acompañamiento de sus titulares, en la década de los noventa, tras intentos más o menos acertados, carentes de calidad y rumbo de estilo. Permitted la llegada de sonos de la baja Andalucía, con la creación de agrupaciones musicales de renombre por todos conocida. Aumentaron

sus salidas a otras cofradías y ciudades, con unos emolumentos extras para las cofradías que las promovían, creando en torno al ambiente que en ellas se respiraba, una competencia poco saludable, para lo que ha de ser misión y objetivo principal de una hermandad: el culto y el protagonismo de sus imágenes, lo que sus advocaciones han de representar, en su vida interna diaria.

La independencia de las bandas es muy saludable, pero han de recordar, que en su nombre o título bordado sobre sus banderines, corresponde a cofradías e imágenes que atesoran el respeto y devoción de muchas personas de fe. Por ello ruego reflexionen sobre su compostura y actitud en procesión y actos cofradieros, en los que participan, transmitiendo una imagen de respeto y seriedad en torno a la banda que luce el nombre de una advocación y su divinidad.

LOS ESTUDIANTES

Lunes semanasantero a la tarde, plaza de Belén y San Roque, carrillos atestados, de globos y golosinas multicolores, de barquillos de crujiente galleta, chiquillería de pantalón corto con griterío ensordecedor, que rebotaba como pelota de goma, contra las paredes blancas de los chalets adosados de la calle Doctor Fleming, de cuidados jardines, pues no en balde era por aquellos tiempos, zona de la llama gente bien de Jaén.

La tarde perdía su luz, en favor del cielo rojizo al poniente de esta ciudad, que ajena a la salida inminente de los estudiantes, se afanaba en la laboriosidad de sus comercios y tiendas de modernidad, que plagaban el paseo de la estación, eje principal de una ciudad, que crecía mena abajo, en busca del norte y su llana orografía.

Laboriosidad del Lunes Santo, que hacia dueña a la chiquillería menuda, y no tan menuda de las primeras horas del recorrido procesional de la cofradía del Cristo de las Misericordias, acompañado de su Madre de finas manos y rostro salpicado por lágrimas de rocío mañanero por las calles del barrio de Belén. Testigo fui, en la moderna nave de la Iglesia de Belén y San Roque, de un acontecimiento singular del anecdotario, de quien les acerca en palabra, lo que pronto será un hecho consumado. El paso del Cristo del Bambú, asentado sobre sus zancos de madera, en la marmórea solería parroquial. Bajos los pórticos adintelados de sus naves laterales, en concreto el penúltimo a la izquierda del evangelio, dispuesto a ser levantado por los soldados del regimiento de alcántara, de acuartelamiento en las afueras de Jaén, a las ordenes de los fabricanos de trono, que no de oficiales de "caqui" uniforme, alentados por la voz de Don Jose Antonio Gómez Rodríguez y su homólogo Don José Francisco Ortega procedieron a levantar el dorado trono de ejecución jaenera. Clavando la perilla áurea del remate de la Cruz del Cristo de las Misericordias, en la escayola del adintelado hueco parroquial. Durante algunos años quedo la muda prueba de lo acontecido, aquella lejana tarde de Lunes Santo. La reposición de la escayola, las manos de pintura, borraron el atestiguamiento de la presencia de la cofradía estudiantil en Belén y Ran Roque.

Franquear el cancel y la puerta eclesial, mostraban una estampa, tan solo repetida la tarde de Jueves Santo en Jaén. Cristo abatido en su Cruz hacia la trasera del canasto procesional, sayón de negra tunica sobre el monte de corcho y escaso clavel, pértigas de madera y remate férreo, a modo de cunas, sujetaban una cruz de inclinación supina, que salvaba el Rostro, "INRI" y remate del estípote, de tropezar con la puerta que daba paso a la Plaza de Belén. Donde soldados romanos de infantería,

en libre interpretación hacían sonar el Himno Nacional. Saludado marcialmente por policía armada de gris, policía municipal de blanco correa, tocado por gorra de plato azul marino.

La calle Santo Reino fue testigo algunos años del discurrir procesional de esta cofradía fundacional de postguerra, itinerante de claustros y templos, sometida a la improvisación y falta de medios en unos años difíciles para su sustento, hasta el punto de no posesionar una Semana Santa.

La plaza Coca de la Piñera, con su desaparecida fuente de conchas iluminadas, resultaba un escenario propicio para la aparición de los primeros jiennenses, que tras el cierre del comercio local, asistían en masa al disfrute de la cofradía de los estudiantes.

Mencione en el prologo de este pregón a mis amigos Pepe Lozano y Miguel Mesa. Recuerdo al primero en compañía del desaparecido Don Jose María Nogales, en la presidencia de paso del Cristo estudiantil, con traje oscuro y porte señorial, como caballero que es, con la vara de mando de la cofradía del Perdón en su mano derecha, avanzando en busca del itinerario oficial, que marca el ecuador de nuestras procesiones. De Miguel Mesa recuerdo, su perfil de cesar romano, ante su virgen, ¡que digo!, Madre de las lágrimas, con permiso de su madre biológica Doña Ascensión Tamayo Herrador, que en gloria descansa. Sus manos vistieron a esta Santa Señorita de dedos delicados y frágiles. Con rostro aniñado, de cintura mínima, de encaje y blonda vaporosa sobre pecho trabajado. Corona de Reina, de las estrellas de su celestial manto azul, en plata por manos orfebres labrada. Clavito de pasión tantas veces cantado. Anuncio para la eternidad:

*"cuando Miguel Mesa suba al cielo,
Que por nosotros puede esperar otra eternidad,
Que no encuentre a la Virgen,
Vestida de blanca toca sin almidonar,
Que se vuelve a la tierra,
Hasta que vista sus Reales galas procesionales".*

Los estudiantes no fue mas nomina de bachilleres, que en la década de los ochenta. Su asentamiento en la parroquia-convento de la merced, abandonada por Nuestro Padre Jesús Nazareno. Refugio de la Virgen de las siete palabras, exiliada algunos años mas tarde en ella. Devolvieron un escenario eminentemente cofrade, a la vida del Lunes Santo jiennense, con su puerta de gran formato arrinconada en plaza irregular, de dominio palaciego de los Quesada y fuente saciadora de sed publica con

naturaleza ilustrada. Escenario y ambiente se unieron para dar paso a un nutrido de jóvenes estudiantes-cofrades, que comprometidos con los aires de cambio de aquella década prodigiosa, comenzaron a trabar una urdimbre humana que dura hasta nuestros días. Esta cofradía ha tenido muchos y nombrados cofrades de relevancia en su historia, que en momentos decisivos supusieron la tabla de salvación de ella. Pero en mi modesta opinión, **privar a Don Francisco Latorre, del merecido reconocimiento a su labor como personaje, que aglutino bajo su carisma a un grupo fiel y trabajador. Dispuesto al sacrificio de noches de ensayos y preparativos en la iglesia-convento de la Merced seria omitir o desconocer la entrega de una persona y generación a su cofradía, rodeado de sus leales amigos, para consolidar esta cofradía con equilibrados pasos procesionales en la calle hoy día. Su convivencia con las generaciones pasadas vinculadas a esta hermandad, engrandeciendo su patrimonio y carisma, que la identifican como una de las cofradías mas querida y venerada por los jiennenses. La descendencia generacional de “paquito Latorre”; como Fran Gomez, Miguel Colmenero, Jesús Espinosa, Vicente Izquierdo, mantienen una trayectoria de colaboración y entrega cofrade al Cristo de las Misericordias y la Virgen de las lágrimas.**

Esta cofradía conoció un Cristo de las Misericordias en un estado lamentable de conservación, clavado en cruz arbórea de grueso diámetro y remates dorados al gusto de la época de los cincuenta. **Su pertenencia al claustro “monjil” del convento de Santa Clara, la cesión que hace cada año la congregación orante a la cofradía penitencial. Para cumplir lo que preceptúan sus estatutos, de dar culto público al Salvador que eligió la Cruz como trono redentor de la humanidad. Permite la celebración de un vía-crucis cuaresmal, al trasladar la renacentista imagen del Cristo conventual, con un paño de pureza de original policromía mozárabe, que lo hace único en nuestras hermandades de penitencia. Su discurrir por las calles de la feligresía de San Bartolomé a hombros de sus futuros costaleros de Lunes Santo y devotos en la noche del traslado hasta la merced. Le confieren un privilegio extraordinario sobre el resto de imágenes titulares de cofradías, pues su presencia en las calles Jaén, se venera por tres veces, en un corto plazo de tiempo. La emotividad, compostura y recogimiento de este vía-crucis estudiantil; de filas de cirios blanquecinos a modo de procesión constitutiva de claustro universitario, para celebrar su magistral lección de amor por su Cristo de las Misericordias en la tarde noche del cercano Lunes Santo. La llegada del Cristo del bambú a la merced supone el encuentro con su madre de lagrimas contenidas, hasta la contemplación de su hijo portado a hombros de sus discípulos del siglo veintiuno, que detienen el tiempo mun-**

dano de nuestros días, cuando muestran al redentor crucificado a la Madre de rostro lozano y claro, que espera paciente el resto del año, en su capilla mercedaria.

Con la llegada del Cristo de las Misericordias a la parroquia, comienzan unas jornadas de cultos fervorosos, actos de profunda esencia cofrade, en un templo que revitaliza su apagada vida diaria, por un ir y venir de fieles cofrades en los días que preceden a la estación de penitencia.

La implantación del campus universitario, tan necesario y merecido para toda la provincia del Santo Reino, aporto un sello de distinción a la hermandad al elevar su rango al de doctorado en arte cofradiero por meritos propios, cuando contemplamos **la estampa del Cristo de las Misericordias, clavado en su nueva cruz arbórea llagada, labrada para la estación de penitencia. Erguido sobre monte de clavel ensangrentado, escoltado por ánforas de plata con lirio morado que coronan, un canasto de fina talla en caoba y aplicaciones argentas que solemnizan la presencia del crucificado conventual.**

*Acompañado de su Madre bajo palio de cajón,
En equilibrada sustentación,
Por cuerpo apostólico de várales de palio,
Sobre mesa de moldura labrada,
Con respiraderos de maya bordada,
Con letanía mariana,
Para alabanza de María,
Con lágrimas perfumadas.*

Donde la cera de su emboscada candelería, crece como campo de trigo ante los ojos vidriosos de la Niña Virgen, que engalanada por Javier García, se prepara para recibir su diplomatura de amor estudiantil, a las puertas del templo de la Merced. Cuando la tuna y sus cantos, mezan el paso de palio azul-plata de la Virgen de los clavitos.

El discurrir por la calle Almendros Aguilar, buscando el arco de San Lorenzo y su capilla almenada, supone una estampa propia del Jaén en cuesta y casas bajas de estrecheces vecinales para dialogar con Dios en la Cruz, desde sus balcones abiertos a El. La serpenteante comitiva nazarena de blanco y negro, busca la llaneza de la calle Maestra, antesala de la soleada Plaza de Santa María, donde la cofradía de los estudiantes, reluce bajo el sol primaveral, reflejado en la piedra de la Santa Iglesia

Catedral. Testigo centenario del paso de generaciones y generaciones de jiennenses acogidos por el abrazo de sus torres; una estéril de sonidos, frente a la llena de gracia sonora al voltear sus campanas en la horas dominicales. Anunciadora de la fiesta principal que vive el cristiano, al celebrar la Muerte y Resurrección del Salvador en cada una de las conmemoraciones litúrgicas en que se convierte la Sagrada Cena del señor. Su sonido familiar, entrañable, de siglos, acompañan a los jaeneros de buenas intenciones, que se sienten orgullosos, al contar con la edificación mas emblemática del arte renacentista en esta nuestra ciudad. Quedando como tarjeta postal, para una ciudad, que se abre al visitante, con su hospitalidad y la sencillez de sus gentes de bien.

La cofradía de la Virgen de las Lágrimas y su Hijo Misericordioso, disfruta de una juvenil presencia en sus tramos de mantilla, vistiendo riguroso luto de Viernes Santo. Para acompañar a la Virgen mas coqueta y presumida, de las que se pasean bajo palio, en los días de Semana Santa. Las jóvenes cofrades que alfombran de belleza y elegancia, las calles por donde pisara la Bendita Madre de Dios clavado en cruz, que a hombros de sus abnegados costaleros, se pierde en la lejanía de los ojos de María en lagrimas empapadas como estrellas del cielo precipitadas, sobre el azul manto que la cobija del relente nocturno por los callejones y cantones del Gólgota, sobre el que se asienta su templo-morada de la Merced.

La recogida de esta cofradía con dos pasos de magnífica factura, sobre decorado de calles angostas y empedradas, nos hace retroceder en el tiempo, de nuestros mayores para ver una Plaza de la Merced y callejuelas adyacentes rebosantes de gente, que en torrente, acuden al disfrute de unas escenas que concentran pasión y belleza al ver al Cristo del bambú sobre su oscuro paso de velones de cera y luz mortecina, que salpican las paredes de blanca cal apagada, por la oscuridad de la noche. Donde la luna se asoma entre calles, par ver la cara de una hebrea desposada, con el fervor de un pueblo que le acompaña en su calvario de plata labrada. Trono que ofrecen los estudiantes de vida sana, a la Reina de sus plegarias. Madre consoladora de sus sofocos. Compañera de banca en la soledad del estudio, separadora de páginas en libro de texto, con estampa grabada. Madre reparadora en noches de vela y café. o simplemente María de compañía, para corazones solitarios, o rotos por el dolor, de una pena pagada bajo su trabajadera con esfuerzo y sudor costalero, que fía a su divina intervención, el alivio de tanto dolor, a la Madre que sufre y llora al ver a su Hijo redentor, muerto en la cruz del odio, la venganza y la traición.

EL SILENCIO

Como regla de orden cartujana, la humildad y el silencio son máxima de expresión de su estación de penitencia, para la cofradía de la noche del Martes Santo que nace en Cristo Rey. En parto de hábitos franciscanos. De severa disciplina acompañada. Penitente encadenado de farol armado. Como cruzado de santiago se presenta el disciplinante hermano del Santísimo Cristo de la Humildad, ante el jiennense de siglo veintiuno. Estampa casi medieval del penitente de sangre que flagelaba su espalda para la obtención del perdón celestial y el libramiento epidémico de la peste, que asolaba su comunidad. Acompañado por los hermanos de luz, que portando antorchas, iluminaban el discurrir del penitencial cortejo.

La cofradía que venera al crucificado más primitivo de los titulares que dan nombre a nuestras hermandades. Se fundo con carisma y esencia de penitencia y recogimiento, por un grupo de fieles cristianos adscritos a las hermandades de trabajo. Pertenecientes ellos, a colectivos tan variopintos, como ferroviarios, funcionarios de prisiones o empleados de los sindicatos verticales. Su nomina cofrade, o mas bien de nazarenos penitentes, se nutrían de los asistentes a los cursillos de cristiandad, tan abundantes en los cincuenta y sesenta.

Mi padre Juan, su hermano Fermín Palomo, mi tío materno; Paco Marin. El correspondiente de mi esposa Ana; tío Placido, ferroviario de misa diaria y partido de futbol dominical de su arrebatador Real Jaén. En mi casa paterna durmió la tunica, caperuz de tosca paño marrón, esparteñas y cingulo de idéntico material, durante muchos años guardado en un cajón de la cómoda. Hasta que la entregue a la cofradía del silencio, para que cumpliera el cometido para lo que fue confeccionada.

Ver este cortejo de largas filas de nazarenos, con silueta fantasmagórica, en la oscuridad provocada en calles de la feligresía, que acuartelan las viviendas protegidas y sus arboladas aceras. Provocaban en mi infantil persona, un miedo de pesadilla de cuna, solamente superado por la protectora presencia y contacto de la mano de mi madre Pilar Marin, que asida a la mía, me calmaba en mi temor y me hacia ver que eran personas, y no fantasmas los que pasaban ante nosotros, arrastrando cadenas, gobernados por el sonido de una campanilla lejana. El pequeño trono de oscura madera, el foco eléctrico que alumbraba la dramática cara del crucificado, la ausencia casi total de flores y redoble monótono de un único tambor tras el cristo, cerraban una imagen de procesión propia de castilla la vieja.

Esta cofradía nunca me fue ajena en si discurrir anual, pues la verdad, el resto del año carecía de vida en la parroquia de Cristo Rey. Pero la escasa nomina de cofrades de la década de los setenta, principios de los ochenta, se veía compensada por el peso de “cristianos viejos” que tenían como aval sus dirigentes de la época mencionada. La figura del desaparecido Don Bartolomé Cerezo, hombre afable y cariñoso, vinculado a la parroquia y sus órganos de participación y gobierno. Comenzó a fomentar un trato coloquial y de proximidad con los hermanos López y sus jóvenes delfines, entre los que me incluyo, para bajar de la nave-almacén de la agrupación de cofradías, el diminuto paso del silencio, a lomos de la batea creada en el taller de los mencionados hermanos. Arrastrada por el magnífico camión Chevrolet, convertido en grúa, que Juan López manejaba como si de un “seiscientos” se tratara. El reposo del diminuto paso en la espaciosa nave eclesial de Cristo Rey, hasta la víspera prácticamente de la procesión. Donde la ausencia de cofrades era una constante, el Lunes y Martes Santo mañana, se tornaba en bulliciosa y concurrida presencia en torno al pequeño catafalco procesional del Cristo de la Humildad, junto a farolillos y cadenas. Su recién pintada cruz de Santiago, en rojo vivo, para hacer de guía de un escaso numero de hermanos, en la procesión nocturna de los años ochenta.

La colaboración de algunos integrantes del coro parroquial, en el montaje y aderezo del trono permitiría a esta “humilde” cofradía hacer su recorrido, sobre su peana de ruedas, por las calles iluminadas de un Jaén ajeno al místico origen de su fundación.

La creciente presencia en la vecina cofradía del Perdón, el aumento del ambiente e interés por la cofradía de la urbe jiennense. Arribaron a las puertas de la cofradía de la Humildad, la necesidad de ganarse un puesto entre las hermandades, que trabajaban por su resurgimiento a la modernidad. Con la llegada de Pepe Ibáñez, que nunca se fue, Juan Manuel Segovia y otros componentes de coro parroquial, y la colaboración de antiguos cofrades como Don Enrique López Muñoz, la incorporación de excedentes de cupo del Perdón, el reclutamiento de hijos de antiguos cofrades, residentes en las viviendas protegidas, donde siempre ha tenido una gran devoción el Cristo de la Humildad. Forjo unos cimientos sólidos para culminar una transformación que no ceja, aun en nuestro días, de consolidar el espíritu de penitencia y sobriedad que alentaron su fundación. su pujante compromiso con la seriedad y el silencio procesional que se muestra en nuestros días, sin renunciar a una bien cuidada estética, renovada en paso, cruz y enseres procesionales, le ha conferido un nivel de prestigio entre las nuevas generaciones de cofrades, que gustan de una estética decimonónica, ausente en el resto de las cofradías jiennenses.

La búsqueda de su identidad evolutiva la llevo de las ruedas a los varaes exteriores, para cargar el paso de reducidas dimensiones. La duda existencialista, de renovar enseres en formatos de vistosa orfebrería, o mantener los toscos elementos procesionales de origen. Hasta la creación de un nuevo, o más bien inexistente guión, fue tema de debate entre los más viejos cofrades y la nomina mas reciente de estos.

Esta cofradía que alterno noches de Martes y Miércoles Santo en busca de un lugar donde conservar su espíritu fundacional, demostró que no era cuestión de lugar, si no de acertar en el modelo a seguir para ser fiel a sus orígenes y su sobriedad fundacional, como en las cofradías de luto del siglo dieciocho.

Tengo el privilegio y la certeza de haber vivido la progresión metamórfica de la cofradía de la humildad de Cristo en la cruz, desamparado de Madre que llorara su dolor, al ver a cristo crucificado por amor. Este desamparo no es voluntad deseada de sus actuales hermanos en el gobierno de la cofradía, la abundancia de ideas, la investigación de atributos y mitología pasionista de épocas pasadas, son el vivero que esta dotando a esta hermandad de enseres de regia traza.

Cuando compartíamos cuaresma de preparativos y proyectos intangibles, en la ajetreadas idas y venidas de las fabricarías respectivas, nos deteníamos para hablar de lo que le hacia falta a cada de nuestras respectivas cofradías. Siempre Antonio Mesa y José Alberto y el diagnostico de Javier Latorre, sobre la “locura” que ambos sufrían por su cofradía, acababan su exhortación con su abierto deseo de gozar de una advocación mariana, que bajo palio, acompañara las tristezas que sufre una madre al ser privada de la existencia de su hijo terrenal, para verlo glorificarse como dios todopoderoso, al resucitar de entre los muertos.

Las cofradías en la calle son la imagen que representa el “todo” de quienes piensan que solo existe el momento de la procesión para los cofrades. La evolución de las cofradías en los últimos años ha cargado de liturgia y cultos a estas dinámicas instituciones, que llenan un espacio que supera la cuaresma y su ámbito estacional. Los vía-cruces penitenciales por la nave de los templos, los triduos y fiestas solemnes de exaltación de fechas fundacionales, advocaciones santorales, son justificación necesaria para desarrollar un trabajo casi anual. **Pero en la cofradía del Silencio se hace muy necesario el trabajo físico para la limpieza y arreglo, incluido pintado, de sus farolillos de mano, para la estación de penitencia próxima. En dicha labor de fabricania, el silencio cuenta con un personaje sencillo, simpático y familiar para mí. Hablo de Jose Carlos Mesa. Anónimo para la mayoría de ustedes, pero conocido y querido, por quienes lo gozamos en su trato candido y noble durante las jornadas de trabajo. Infatigable, con un celo y preocupación por su hermandad del alma. Rindo en el justo homenaje y reconocimiento a tantos cofrades “espe-**

ciales” que desempeñan trabajos poco gratificantes sin esperar la más mínima recompensa a cambio: dar gratis, lo que gratis, se os dio.

La hora previa a la salida de la Hermandad del Silencio, del templo de Cristo Rey, para hacer su estación de penitencia. Tiene un halo de sobriedad, mucho de promesa e intenciones, para una noche que se presume larga y oscura. Ver desde el coro de Cristo Rey, el acto previo a la salida, de esta hermandad penitencial con todo el cortejo formado en la nave central del templo. Con el paso de cristo tan cercano al coro, que podríamos tocar con la mano la cruz. Frente a un presbiterio ocupado por el párroco-capellán de la cofradía Don Juan García Carrillo. El hermano mayor en ejercicio, juntos, próximos al admon del evangelio; arrojando al cofrade de mayor edad que vaya a hacer estación de penitencia, en la Santa noche del martes. Antifaz levantado, luces apagadas, farolillos, admon iluminado, ambiente de oración y recogimiento. se inicia, por parte del cofrade decano, la lectura del sagrado compromiso moral del voto de silencio, durante la estación de penitencia que se va a iniciar, al abrirse las hojas llagadas, que enfrentaran el anonimato del penitente, bajo su antifaz, a la publica visión de su silencio y compostura eremita. El aroma del incienso, que busca hacerse presente, en la calle San Carlos, unido al silencio de sus hermanos de luz, anuncia la aparición del canasto de magnifica talla cubierto de hojarasca y cardos, nos centra la mirada en la cruz redentora del salvador del mundo, que cada noche de Martes Santo, franquea la mencionada puerta, para hacer brotar de esperanza, su estípite clavado sobre el baldío monte de su paso.

Cofradía agrandada en su corta historia por el esfuerzo de un grupo, no muy numeroso, de personas que creen firmemente en que su austeridad y recogimiento les otorga la autentica valía y función de una cofradía en la calle: conmover los corazones de quienes las ven. Provocando una reflexión interna en sus conciencias. Excitando sentimientos piadosos hacia el adiós. La presencia en la calle del cristo de la humildad, o cualquier otra imagen procesional, acercan la iglesia y el templo a los hombres y mujeres, que por diversas justificaciones de conciencia, no pisan un iglesia. Porque en el cielo habrá mas gozo por un pecador arrepentido, que por cien justos. La vida de hoy y sus prisas, privan al ser humano de tiempo para contemplar a Dios. Lo aparta diariamente de su vida y sus pensamientos, estorba a los poderosos e incomoda el egocéntrico pensamiento de los falsos profetas de nuestro tiempo, que reduce al ser humano; a tanto tienes, tanto vales. Contemplamos la grandeza de la humildad de cristo clavada en una cruz. Detengámonos a ver los Cristos que nos rodean: en nuestros mayores, solos y faltos de nuestro cariño. En la desesperación de un padre o madre victima del paro. El dolor de una madre al perder un hijo bajo el

yuugo de la droga. El sufrimiento de una mujer maltratada y amenazada. El abandono de criaturas indefensas en su nacimiento o concepción, por estorbo o comodidad. No crucifiquemos nosotros, cada día, a Cristo con nuestras imposturas y soberbias para con los demás. Seamos humildes en la grandeza que Dios nos ha otorgado, para hacer el bien. No reneguemos de El, con nuestras acciones diarias. No lo evidenciamos diciendo ser discípulos- seguidores del nazareno o cofrades de gola, para negarle una visita dominical al banquete de su cuerpo y sangre, tras recibir el gratificante perdón, de nuestras egoístas acciones. Que Cristo que mira al mundo desde su cruz, nos sienta próximos. Que nos contemple mirándolo al El, no cabizbajos, preocupados de lo terrenal, superfluo y pagano. En este espíritu de fe y devoción se fundo esta humilde cofradía del “silencio”, para contrarrestar el exceso y la vanidad del ser humano; eje de la creación, obra cumbre de Dios, que nos otorgo el don de la sabiduría para discernir el bien del mal. Esta cofradía con más de cincuenta años tras su nueva cruz de guía, nos emociona al verla regresar a su templo-casa, por calles de empinadas cuestas y solitaria compañía. Su nuevo paso barroco, portado por hermanos de fresca edad, forma una estampa del gusto cofrade:

Arboleda a modo de bóveda celestial, silencio reinante en torno a la hermandad, tributo del observador en la calle, a la compostura de un cuerpo de nazarenos, que se transforma cuando reviste su tosco sayal, para acompañar a este cristo de pequeña hechura, tez cianótica de muerte acontecida, sobre cruz arbórea de altura exagerada, para el cuerpo que la preside. La tintineante llama de los pabilos de sus candelabros de sus brazos cimbreantes, que embosca a tan antañña imagen de nuestra Semana Santa. Su llegada a la parroquia de Cristo Rey, rodeado el paso de cristo por fieles de paisano, que criados en la collacion de bloques geométricos y patios interiores, gustan de acompañar en su estación de penitencia, cada noche de Martes Santo, para compartir penitencia y oración hasta las puertas que separan el silencio impuesto del cotidiano reinante en el templo.

LA MAGDALENA

Domingo en tarde de Martes Santo magdalenero. Pedigrí de un barrio altanero, como la torre del alminar coronado de campanario Vandelviriano. Manantial de aguas claras y serenas romanas. De las que Jaén se bebiera, toda su solera, para hacer de ti; barrio de la magdalena, esencia castiza de lo auténticamente jaenero. En el bullicio de tu plaza porticada; en lo profundo del cante por seguidillas, con esencia de garganta que se apellida Valderrama, que se tañe en tus tabernas. En la llaneza de tus moradores, en la grandeza de tu pasado. Ensoñamiento de una nube de leyenda, para caballero armado y lagarto magdalenero en fiero combate de estrellas. Que brillan como en la noche de san Juan, cuando tus vecinos, sentados a las puertas de sus casas de cal y piedra, ven pasar la vida de tu existencia.

La escapada del montaje de pasos y enseres de mi cofradía, para ver salir por la cuesta almenada, de la puerta Martos. La cofradía de nazarenos de capa blanca y caperuz “chato” de Cámara, cubierto de paño rojo clavel pasión. De porta-cirios a la cintura, asido en mano enguantada, sujetando la capa, como mantón de manila en verbena popular agitada. Estampa de tarde de sol poniente, en noche larga transformada. Plegaria asaetada por rasgada voz cantada, a la puerta de tu barrio celosamente guardada.

Iglesia de la Magdalena; templo alzado por las manos obreras de tus gentes, que remozaron tus piedras, sanaros tus ladrillos, respirando el azahar de tus naranjos en patio de alberca clara. Para bautizo de tus hijos. Matrimonio sacramental de mujer y hombre, a los pies de la Clemencia de Cristo. Exequias del adiós terrenal, que otorgan a los seres queridos, con el mayor dolor de sus corazones rotos. Custodia de la devoción a Santa Rita, ejemplo de fe y perseverancia en la oración. abogada de casos imposibles, santa del amor, el perdón y el silencio, entregado a Cristo, presente en la cruz del calvario jacobino, instantánea del paso de misterio, que forma la escena pasionista tallada en el retablo único que visten las desnudas paredes parroquiales. Para todo ello parroquia, con mayúsculas, de cofradía señera. De Cristo caído en tierra, para levantarse orgulloso de ser jaenero.

Este barrio con tapiz de fondo escarpado, con castillo coronado, vigilante y celoso del adormecer del tiempo varado, en tus calles y tus gentes. Que en tarde de Martes Santo, entregan al Jaén apresurado, la belleza de un cristo clavado. Una madre de rostro angustiado, al ver a su hijo arrodillado, por la cruz postrado, sobre monte

de clavel apoyado. Mano divina sobre enlosado barrio, castizo y vivo de Jaén, sin renunciar a su color morado, anunciador de madrugada larga, vivero de promitentes y nazarenos de Jesús de los descalzos.

Mujeres de hábito diario, en promesa morado, que discurren por este barrio, de casas y calles empinadas, al margen del mundanal ruido. de angosto acceso para la moderna cabalgadura motorizada, hecho para ser paseado a la sombra de sus casas y edificios que testimonian, al erudito paseante, las glorias y acontecimientos de la ciudad que creció en busca de su catedral afamada.

Mi memoria alberga la incertidumbre, hecha sorpresa, al contemplar por primera vez en Jaén, una virgen bajo palio de San Juan acompañada, para encontrarse en cualquiera de las calles de amargura, que Jaén mostraba por los años setenta. Mi curiosidad cofradiera no paraba de preguntar a Don Juan Vico por aquellos tiempos miembro de la junta de gobierno de la magdalena, que novedad o estreno acontecería en la única cofradía temprana de la tarde del Martes Santo. Guardado con gran celo, oculto hasta el momento de abrir la puerta de la iglesia, no conocería Jaén al discípulo amado, de figura menuda y aniñada que acompañaba a la madre, de rostro maduro, bajo la advocación del mayor dolor. Manto rojo de salpicadura heráldica, parecía haber sido diseñado por los hermanos Senise, para bajo palio de cromados varales, acoger al evangelista niño del águila apocalíptico.

Esta cofradía que evoluciona al compás de sus gentes, que pueblan su barrio de bullicioso ajeteo, de tertulia en plaza de soportales esquivos al estival sol abrasador. Representa en su particular iconografía procesional, un tributo a sus moradores castizos y triviales, convertidos en personajes anónimos de nuestra semana santa. para ser en el paso de Cristo caído a tierra, un romano-sayón que acompaña en la tarde de su pasión, para caer, una y otra vez, a la tierra bendita de su santo rostro. Para volver a levantarse con el esfuerzo y el sudor de sus hijos magdaleneros bajo su paso de ópalo. Bregados en esfuerzos y laboriosidad diaria de una gente trabajadora y honrada. Orgullosa de su estirpe y nacimiento en la collación mas arcaica, del mosaico ciudadano que contempla la cruz del castillo de Santa Catalina. coopratona y camarera de honor de nuestra Señora de la Capilla. Sayón de aspecto viril y espartano, reclutado al azar, entre la tercera legión de la magdalena romana. De donde tantos magdaleneros engrosaron las cohortes de la centuria romana, del Jaén hecho Jerusalén, para una Semana Santa.

Contemplar la clemencia de cristo, hecha gallardete en cruz arbórea clavado.

*Adormecido al costado llagado de su sagrario,
 Por Longinos horadado,
 Manantial sacratísimo de sangre en nueva alianza.
 Hecha por amor, de amada.
 María de Magdala, la pecadora más amada.
 Sacerdotisa del paso de cruz,
 Que eleva el cáliz en su mano atenazado.
 Ofrecimiento de lágrimas y arrepentimiento,
 De quien al conocer al divino redentor,
 Solo supo vivir, sin vivir en ella,
 Para obtener el cielo prometido,
 Que no la mueve a ello lo prometido,
 Si no haberte conocido
 Cristo de la clemencia.
 (d.s.t.j.d.i)*

Esta estampa tan de Jaén, como el barrio que lo escolta y custodia, se hace muestra del arte acuñado, en nuestro poco conocido, orgullo de tierra de imagineros de valía y renombre. Salvador de Cuellar, Sebastian de Solís y Mateo de Medina, otorgan una impronta y hechura a las cofradías de penitencia, Iglesias y retablos esparcidos por calles y plazas parroquiales. sometidas a la rejuvenecedora técnica de la restauración, mutilada de revolucionaria barbarie, sanada por manos profesionales para conservación de una imaginería patrimonial, que contribuye a aumentar la riqueza y la magia que atrae al turista a nuestra ciudad, tan falta de recursos económicos. Sobre trono a la jaenera, tallado por manos artesanales locales, Don antonio Canales Rubio y la familia Castillo, en padre e hijos. Son exponente de una talla de abultada hoja y profunda voluta, con diseños piramidales, de bombo recto y escasa visera. De donde descuelgan los respiraderos de calados imposibles y hojarasca de retorcida filigrana. Nos muestran una artesanía propia y única. Que debemos conservar y cuidar para nuestras generaciones venideras. Estampas de Jaén, hechas para Jaén. Vivámoslas.

Esta cofradía como otras muchas de su época, son fruto del esfuerzo de unos pocos y entusiastas cofrades, con mas ilusiones que recursos, que consiguieron restablecer un maltrecho patrimonio procesional. Esquilmo o inexistente tras la guerra civil, donde la improvisación y la habilidad de los “fabricanos” hicieron posibles los desfiles procesionales de las décadas de los cincuenta-sesenta. Cargos u “oficios” sustentados y desarrollados por familias enteras transmitidas de padres a hijos, en tradición verbal, que hizo confundir cofradía con familia. La familia Bermúdez es

un claro exponente en esta cofradía de la magdalena, del celo y cuidado con que estos cofrades, mimaron, crearon y captaron recursos y medios para hacer cada Semana Santa, el milagro de la creación de túnicas y enseres. A todos los que hoy peinamos canas, tendremos imágenes y recuerdos de estos héroes de las cofradías de turno en las décadas de los sesenta-setenta.

El discurrir de las interminables filas de nazarenos que la magdalena planta en el itinerario oficial, para esplendor de Cristo y María, y renombre de su barrio. Son un claro exponente del orden y la estética cuidada hasta el menor de los detalles preciosistas que rodean esta collación hecha procesión de blanco y grana. **El regreso a su barrio, que supera a su parroquia, es muestrario de arte y emociones, cuando la saeta sustituye a los tambores, y María del mayor dolor llora por los callejones. Cristo caído en tierra, asido a la roca magdalenera, que lo sustenta. Contempla a sus gentes que le miran y le rezan cuando sus corazones enaltecidos ven la grandeza, de Cristo que besa su Santa tierra.**

Los fabricanos, retiran caperuzas de su cabeza, para celosos de los balcones que la Cruz besan, ver a Cristo en su clemencia. Cuando a su barrio entra por la estrechura, de esta calle que es puerta, desemboca al calor del barrio que a Cristo espera.

*María que ya no llora su pena,
 Pues San Juan le anuncia en promesa,
 Que su barrio la espera,
 Con vítores y cantes de saeta,
 Para arrebatarse el mayor dolor,
 Que la atraviesa,
 Al ver a su hijo de la Clemencia
 Clavado en cruz de sentencia,
 Cuando a su casa entra,
 Pues no quiere herir más,
 El corazón de su Madre y su tristeza,
 Pues no hay mayor dolor,
 Que ver encerrarse a la magdalena.*

EL PERDON

El frío de las largas noches del Enero jiennense, era testigo mudo de los primeros latidos que animaban el corazón adormecido de la cofradía del Perdón. El recibir por correo, el tradicional, de toda la vida, el sobre de color sepia, blasonado por el escudo con atributos pasionistas, que se asentaba sobre el título de ilustre, fervorosa y venerable cofradía, donde la Esperanza, el Perdón y Amor, términos metafísicos, se transformaban en físicos en sus tallas procesionales. Te convocaba, a la orden del señor gobernador, para tratar los asuntos relacionados al margen. Con el democrático punto del orden del día, como cierre de la convocatoria: ruegos y preguntas. La acogedora gestoría Romero-Ávila, en la calle, de sabor cofradiero; Rastro, o correa Weglison en aquellas fechas. Nos servía de improvisada sede, para nuestra junta de gobierno que presidía su legendario gobernador don Antonio Donaire Ruz, asistido por Don José López Saavedra, “pepin” vicegobernador. La pluma notarial de Don Juan José Romero-Ávila García, “Juanjo” daba fe de lo acontecido como secretario. La presencia de Juanjo y mía, alteraban la monotonía de los apellidos que se registraban al margen del libro de actas, como la posterior incorporación de Juan Lendinez, José Castillo, Salvador Hidalgo y “nanez”, fue la primera apertura que hubo en la junta de gobierno de la cofradía de los López.

El tiempo avanza como las escaleras que ascendían al torreón campanario de Cristo Rey, al igual que la juventud de quien les habla hoy. La preparación de la Semana Santa comenzaba con la colocación y aireación de las túnicas de nazareno que la cofradía disponía, para alquilar a los cofrades. Abrir la pequeña puerta del torreón, recibir el penetrante olor a las bolas de alcanfor que protegían de la polilla el ajuar cofradiero, te anunciaba la obligación de asistir, todas las noches, a trabajar en la cofradía al cerrar el templo de Cristo Rey, pues mucha era la mies, y pocos obreros.

La cofradía del Perdón cambió sus formas y su relación con la parroquia pasando de ser unos perfectos desconocidos, gracias a la tutela de Don Manuel Bueno, a ser parte integrante del funcionamiento de la parroquia, incluido su consejo pastoral. Don Manuel Bueno, lo de “bueno”, de verdad, fue quien a los cofrades y junta de gobierno en aquella época dorada, con su buen trato coloquial y consejo justo, nos dio la orientación para conseguir una integración en la vida interna parroquial, haciendo Don Manuel de buen pastor, que cuida del rebaño, achicando el término “cofradía” y agrandando el término de hermandad, por el compromiso y entrega que pusimos en nuestra acción parroquial. Este es un homenaje a los reverendos curas que han guiado a cofradías y cofrades por la buena senda, como los desaparecidos

Don José Melgares y Don Fernando Gallardo, como los que hoy día siguen estando impregnados de nuestra esencia.

La Santísima Trinidad quiso reunir a tres personas en una única cofradía: El Perdón. Juan José Romero Ávila, Antonio González y quien les habla, nos convertimos en los límites, por donde deambulaban jóvenes cofrades y costaleros que fueron los artífices del cambio y obreros de los logros semanaseros de los ochenta-noventa. Aquellos mimbres de los ochenta, son el cesto, que contienen hoy día, toda la esencia de aquella época.

El nacimiento del Cristo del amor, que todo lo puede, fue la experiencia más intensa que ha vivido esta cofradía en las últimas décadas. Los muchos viajes a Sevilla, entrevistas con imagineros de renombre, o anónimos como Don José Antonio Navarro Arteaga, descubierto para Jaén, por mi amigo Manolo Ortega. Cuantos viajes “Juanjo”, con los niños, y sin ellos, hasta ver la fuerza y viril movimiento del Cristo del Amor y el misterio que lo rodea, pasearse por las calles de Jaén. Recuerdo su solemne bendición llena de liturgia y solemnidad, cuando esta cofradía marcaba el ritmo de los acontecimientos cofradieros de aquella época. Y hablando de liturgia aun tengo grabado en mi mente la apertura solemne del curso cofrade que se celebrara en la parroquia de Cristo Rey. Oficiante Reverendo Don Fernando Chica Arellano, si ese cura de Mengibar, que vemos entre su santidad y los presidentes de gobierno de habla castellana. Como quedaba sorprendido cuando los acólitos, portadores de ciriales, a la orden del pertigero, acompañaban los rituales litúrgicos en la Santa Misa. Todo ello salido de los conocimientos de un buen cofrade; Don Gregorio Rodríguez que impulsó la liturgia solemne dentro de las cofradías.

Maestro Juan García Carmona, cuanta razón tuviste cuando nos profetizaste que la incorporación de la gente joven sería nuestro mayor logro, para consolidar este mundo de pasión y fervor.

Hablar del Cristo del Amor es hablar de esencia en su nuevo paso de misterio, su nueva canastilla acabada hasta el más mínimo detalle, lo convierte en una joya de la Semana Santa jiennense. Pero toda esta magna composición no tendría vida, de no ser por la cuadrilla que lo porta sobre sus costales y en su corazón. Cuando el amor se levanta a golpe de llamador, el mundo se para, Cristo es prendido en el olivar de su paso, por una cuadrilla que lo acapara, en sus sentimientos y oraciones, pues no en balde es para ellos su camino, verdad y vida. No se puede ser más fiel devoto del Señor del amor, que aquel que sufre bajo su trabajadera, derrochando todo su fervor. ¡Ay! de quien te prendiera, Cristo del Amor, si tu cuadrilla supiera cuanto es tu dolor. Como dice mi amigo “finidi” esa es la cuadrilla de Juan Jurado:

*Aquel que Dios eligiera para asir el llamador,
cuando todo Jaén espera ver mecer a Cristo,
sobre un mar de costales,
al redoble de corneta y tambor,
la calle Maestra se convierte,
en tu reino de oración y fervor,
Cristo del Amor,
Cuando tu cuadrilla te mima,
sobre tu canastilla,
para que siembres en los balcones,
el consuelo de tu bendito corazón,
Amor, Amor cuanto imploro tu perdón,
pues se que Tu al cielo me guías,
si te rezo en solemne oración,
como hace tu cuadrilla,
cuando carga tu canastilla,
solo por Amor.*

Este Cristo, que se que solo es madera y policromía, también tiene sus milagros e intercesiones para aquellos, que sufren en el dolor, al ver a un padre moribundo salvado por el amor, o aun inocente niño rescatado para su salvación. Cristo del Amor; que tu bondad infinita vele por tus angelitos que rodean las familias que se han creado en torno a tu devoción, no los dejes de la mano, como Ángeles que son, guárdalos de todo mal, para que puedan alcanzar a ver tu Divino Rostro Cristo del Amor.

Cuanta soledad habita en tu perdón, cuando te miro a los ojos, mi Cristo del Perdón. Fuiste libertad para el reo y promesa de salvación, de quienes en este mundo se postraron a tus plantas para implorar tu amoroso perdón, pues no creo que en el cielo te contemplan con tantísimo fervor, como lo hacen tus hijos costaleros, que te elevan sobre costales cargados de devoción.

Como brilla tu rostro moreno en las tardes Miércoles Santo y radiante sol, cuando tus hermanos te ofrecen su cera hecha oración, para ver a un Cristo manso y moreno que nos mira con amor, sobre su soberbia canastilla de oro y rojo perdón, pues son tus claveles el fruto de nuestra oración, cuando por Jaén te paseas con tus sobria elegancia de Divino Redentor, pues son tus costales algodones que mitigan tu dolor, al ver lacerada tu espalda donde reluce el sol.

Este soliloquio que es tu imagen, a reunido en torno a Ti, a un grupo de cofrades, que se sienten identificados con Tu solitaria presencia en la iglesia y en

procesión, pues eres refugio y amparo, de quien con humildad al cielo implora, tu perdón. Pues eres cristo de silencio y oración, para aquel que a solas busca estar íntimamente ligado a Dios, en el anonimato de tu canastilla, o postrado de rodillas, ante tu altar improvisado en triduo Sagrado, para alabanza de Jesús Sacramentado.

Este paso ha tenido la suerte de contar con fabricanos o capataces próximos a su cuadrilla, justo es reconocer la entrega de José Castillo pero nunca olvidare, cuando siendo gobernador de esta ilustre cofradía, tuve la suerte de rodearme de un grupo de cofrades y amigos, que fueron para mi la máxima expresión, de lo que fue un trabajo compartido en equipo. Cuanto añoro las jornadas de trabajo en la fabricania y en la cochera de la familia Riquelme, que tan desinteresadamente apoya a esta cofradía. Cuando Jesús Delgado, Miguel Ángel Avilés, Rafa García, Jesús Martínez y Paco cárdenas, para desmontar y llevar a restaurar y dorar las diferentes piezas que forman el canasto del Cristo del Perdón. Viajes interminables a Sevilla, incluidos en la tarde del Lunes Santo, para retirar los respiraderos y cresterias del mencionado paso. Esto lo guardo en mi corazón como la esencia de lo compartido.

He vivido cincuenta y cinco Semanas Santas a tu vera, Virgen de mi Esperanza, no se cuantas me quedan por consumir. Pero te pido Madre Santa, que no las pueda vivir, sin la gracia de tu Rostro, la mirada de tus ojos morenos, que me han guiado hasta Ti. Para andar en pos del cielo nazareno que tus hijos nos legara, a los que por el talle te abrazaran, hablándote al oído de Ti, mientras te trasladan a tu reino de gloria, que es tu peana, para ver desde el balcón de tu palio, como la noche te abraza, al calor de tu candelaria, que sufre en llamarada, cuando sabe que yo por el talle te cogí.

Cuanto me entregaron aquellos que yo crié, pues como polluelos anidados así los contemple. Que queréis que os diga, mis fieles discípulos, amigos de respeto y corazón, como pude pensar yo, que todo lo vivido entre Esperanza Amor y Perdón, me daría los hijos que no tengo yo. Rafa y toda tu generación, os digo con el corazón, en mi más sincera y humilde expresión de agradecimiento. Amigo Mateo, cuantas noches de nervios y tensión, para en mañana de Esperanza, ser amigos de todo corazón. Cuanto corazón pusiste, a pesar de tu negro color, Sergio del alma y familia de adopción.

Hablar de la Virgen de la Esperanza, es nombrar camareras al servicio de la Señora, y esta mi Virgen de la Esperanza siempre tuvo junto a si, a señoras que la quieren, la rezan y la miman para consuelo de sus lagrimas y esperanza en si. Recuerdo a Mari, Antoñeta y Fina y su solitaria entrega. A Fátima, la valiente impetuosa malagueña. A Sera y su sosiego cariñoso con su Esperanza. A mi esposa Ana su fidelidad a María. A Elena y eterna sonrisa. A Esperanza, no la del palio, si

no abnegada y entregada camarera y tantas mujeres que rodean el mundo místico de María Santísima de la Esperanza. Madres como Ella, como Ángeles, Gloria, Loli, Olga, Pilar, Eva, Mariluz, y a tantas, y tantas que se acercan con humildad y sinceras ganas de trabajar. Cuanta gente con nombres y apellidos y en mayúsculas deberían figurar en este pregón, pero solo os puedo decir que os llevo en el corazón, pues por pequeña que fuera vuestra aportación, habéis colaborado en aquello, que para ambos es nuestra fervorosa pasión, esta cofradía Sacramental del Perdón.

*A ti bella Virgen de la Esperanza,
te debemos nuestra salvación,
pues de Tu divino vientre
nació el redentor.
Que te tuvo como sagrario,
en su encarnación,
para al mundo predicar amor.
Que Tu, mi Madre de la Esperanza,
guardas en tu Sagrado Corazón,
para tus hijos del perdón.*

Como poder reducir lo tan intensamente vivido en esta cofradía en torno a sus imágenes, y amigos en la devoción. Como encerrar en folios y tiempo de pregón, aquello que supone mi vida y toda mi ilusión, pues mi verdadero pregón, es cuando cada tarde de Miércoles Santo, la puerta de Cristo Rey se abra para ver salir al Perdón.

BUENA MUERTE

La tarde del miércoles santo se dispone a cruzar el ecuador de la semana sacra. Jaén y sus habitantes comienzan a vestir de gala sus corazones, ante el fin de semana más largo y santo del año. Las sombras del atardecer avanzan desde el este, para dar cobijo a una catedral que se viste de ceremonial y liturgia cofrade, en su interior, de negro y blanco. Bajo la grandiosidad de sus bóvedas renacentistas, impregnadas de ellas, la cofradía de la buena muerte si dispone a hacerse presente en la explanada mas concurrida por los visitantes foráneos de nuestra ciudad. Los tres tronos procesionales, como clavos de pasión, que oradan la piedra de este templo de fe y arte, franquean la puerta del perdón, en cortejo de regia hechura y perfecto orden procesional. Parcelado por uno de los ajuares y enseres mas ricos de nuestra semana santa. Su antigua y bienmerecida fama de sobriedad y elegancia en sus formas, parecen descolgadas de un cuadro del romanticismo español, que engalana paredes palaciegas.

Mis apuntes de memoria, y no me fallan, me sitúan allá por finales de los sesenta, vestido de nazareno de verde y blanco, con vara de mando y saluda de presentación, para quien por aquellos entonces, era hermano mayor Don Eduardo Galván Díez, con la advertencia, casi paternal, de Don Antonio Donaire, al recoger de su reconocida sastrería en calle álamos, la varas que nos legitimaban como embajadores de la cofradía de la tarde del Domingo de Ramos. Que la seriedad y compostura en esta cofradía catedralicia; era una exigencia hacia nuestras personas, al formar parte del cortejo, que por esa década de los sesenta, junto con abuelo y la vera-cruz, poseían unos tronos y enseres procesionales que cautivaban a los miles de jiennenses que abarrotaban sus calles y aceras. Contemporáneo a lo descrito, ocurrió un hecho que tuvo trascendencia en la sociedad jiennense. La buena muerte contó en su desfile procesional con la presencia de la afamada cantante "pop", nacida en Jaén; "Carina". Vestida de mantilla española, acompaño en la presidencia al cristo de la buena muerte. Esto no tendría mas relevancia, de no ser, por lo negativa que dio, el por aquel entonces, obispo de la diócesis Don Miguel Peinado Peinado, a ocupar dicha presidencia en la comitiva procesional, por motivos que todos ustedes podrán imaginar.

El cambio, en la época de la regeneración, a la tarde del Miércoles Santo de la cofradía del Perdón, me privó de ver a esta decana cofradía en la calle. Pero lo que los hombres cerramos a nuestro ojos, dios no lo abre en el corazón. La convivencia y la acogida que nos dispense la Buena Muerte, a los recién incorporados a la tarde de su exclusivo dominio, nos hizo a ambas cofradías aprender

a engrandecer la tarde noche del Miércoles Santo. Surgieron actividades y convivencias conjuntas, visitas y ofrendas florales a los titulares de ambas cofradías. En armonía de horarios y respeto de estilos propios, surgió una relación entre miembros de juntas de gobierno, que trascendió el ámbito de las hermandades del Miércoles Santo. Desde la ocupación de don José López, que en paz descanse, de la gobernación del perdón y su homólogo de la buena muerte; Don Manuel Cañones, pasando por Leonardo Cruz y Juan José Romero-Ávila, Aniceto López y quien les habla. Incluido Joaquín Riquelme y Ramón Guisar, ha habido hermanamiento sincero entre ambas cofradías y sus responsables en dirigirlas hasta nuestro días, donde continua este ejemplo de respeto y amistad, para desden, de quienes creen en unas cofradías en rivalidad y competencia en alcanzar objetivos mundanos y materiales. Nuestras comidas compartidas tras la exposición de pasos, la visita solemne de la representación mayoritaria de la juntas de gobierno, el rezo de intenciones para ambas cofradías y cofrades. Alternando sede cada año que transcurría, para compartir mañanas de gozo por tardes de oración y penitencia. Los almuerzos celebrados en armoniosa hermandad, donde Pedro y Antonio “jacaleaban” sobre las cuentas y penurias económicas que nos amenazaban, como si de judas de buen corazón se trataran. Nos conducían a los postres en que los hermanos mayores dirigieran a los allí reunidos; “hermosas palabras” fluyendo de los labios del anfitrión, siendo correspondido por el invitado, a los dominios del convocante. Esta sobremesa hacia aumentar los nervios de los cofrades del perdón, pues dos horas antes de que se abriera la puerta de dicho Sacramento, en la Santa Iglesia Catedral, lo haría la de Cristo Rey.

En la oscuridad de la noche Santa del miércoles, se repetía por segunda vez ese encuentro entre ambas corporaciones penitenciales. La encrucijada de paseo de la estación con madre soledad y Correa Weglison, prolongada por Roldan y Marin a modo de cruz, eran testigos mudos del encuentro entre la joven cofradía, de colores vivo e intensos en sus ropajes, y la enlutada severidad catedralicia, hecha cortejo en la calle. Años estuve al frente del puente campana de la Esperanza, recuerdo con emoción, la presencia señorial de la cruz de guía de la buena muerte, posada sobre el asfalto, la silueta esbelta de un nazareno de romántica estampa en negro y blanco, que reverenciaba con su caperuz el paso de Maria de la Esperanza. Tras este magnifico frente de procesión, filas de hermanos de luz en disciplinada formación, acompañaban mi vista hasta centrarla sobre el Cristo de la buena muerte. Elevado en su cruz para ser visto desde todos los rincones de Jaén, mostrando que fuiste clavado por Amor. Para perdonar nuestras ofensas diarias, librándonos de las angustias de este mundo de locos, y

al verte descendido de la cruz, tener la firme esperanza de que un día gozaremos tu prometida salvación.

La Sacramental y Real Hermandad de la Buena Muerte, tiene a bien, organizar uno de los eventos de exaltación a la Semana Santa, con más tradición y solera, de este mar de actos, en que ha convertido la cuaresma “capillita” de la ciudad de Jaén. El llamado acto; cruz de guía, celebrado en la tarde noche, que precede al domingo mas radiante en el corazón de los cofrades de bien. Son las tapas labradas con la palabra, que cubren la Semana Santa, para quienes hemos ocupado el atril del águila tetramórfico, en la Sacristía Catedralicia. Hecha auditorio de magnificas bóvedas renacentistas, créanme si les digo, que solo el contemplar tanto arte y belleza conjugados en sus columnas apareadas y arcadas de Vandelviariano origen, apabullan al mas templado de los oradores. Fue para mi un privilegio, que no seria el único en mi vida cofrade, el poder ocupar la tribuna del decimoquinto acto cruz de guía, acompañado de mis hermanos de la buena muerte y el perdón, sobre la solería ajedrezada de la sala con el canon de equilibrio y belleza mas imitado en el arte renacentista.

Acompañado por su hermano mayor Leonardo Cruz, mentor del acto. Con la fachada catedralicia como telón de fondo, sobre la perenne tribuna de su lonja pétrea, nos encontramos frente al colectivo musical denominado “grupo joven” y su director Don Javier Campillo, banda creada por la cofradía con sello y estilo propio, en un mundo musical inédito para aquella época. Marco una etapa de esplendor y admiración cofradera. Composiciones propias como: calle campanas, flores rojas y sacramental, marcaron una trayectoria peculiar y única, en la forma de acompañamiento a su Cristo del buen yacer, dormido sobre su soberbio monte de clavel rojo, sembrado con amor primoroso por las manos de Don Mariano Torres Anguita, quien seguro esta gozando de la paz de los justos a los pies de su Cristo de la Buena Muerte. Recibir el homenaje de esta banda tan numerosa y fiel a su hermandad, supuso un regalo adicional, al orgullo de ser pregonero del cruz de guía en mi cofradía hermana. Los recuerdos sobre la agrupación musical “grupo joven” de la buena muerte se refrescaron vivamente en mi memoria, mientras escuchaba a su hermano mayor don Rafael de Vargas en la ultima exhortación de la Navidad cofrade y su valor familiar. Basada en la tradición que los padres depositan a los hijos. Comprendí como el humilde tamborilero, del universal villancico de nuestro paisano Rafael, no era otro, que un abnegado miembro del grupo joven de la buena muerte, que maduro en edad, se postraba a los pies de su divina majestad con su viejo tambor.

De la nostalgia obtuve el recuerdo, de la gratitud a quienes nos acogieron en su casa hermandad y sus corazones, para compartir ideas e ilusiones, creando un

ambiente de amistad y respeto por las formas y estilos de cada una de las estaciones de penitencia. Con tan distintas esencias, que animan a cada cofradía, a ser fiel a sus rumbos trazados hace años, pero convergentes para hacer de la tarde noche del miércoles santo, una de la mas deseada por lo jiennenses que gustan de las procesiones y la esencia que representan. La Buena Muerte es una cofradía señera de nuestra semana santa, con un formato propio y ajeno a las modas, que imperan del costal y la faja, que poco a poco, esta unificando nuestras formas de cargar los pasos procesionales, en una segunda regeneración de estilos. Sus tres tronos portados por hermanos anderos en recogida sobriedad, bajo su tunica y antifaz, que los hace anónimos a los ojos del público, le confiere un perfil de cofradía señorial y solemne. Pero como en el caso de mi Virgen de la Esperanza, privan a sus portadores de la experiencia de unas jornadas de ensayos en convivencia entre amigos. Que fortalecen los lazos de amistad entre sus integrantes, novias y esposas, que asisten en gran número a los lugares de ensayo, creando un ambiente propicio a emprender proyectos de nuevos enseres y potencial la propagación de un mundillo que atrae a nuevas generaciones que aumentan el potencial humano para el futuro. Puede que esto que he expuesto no tenga porque ocurrir, pero deben de plantearse los responsables actuales de ambas cofradías, que futuro se ha de consolidar para bien de sus hermandades.

La Buena Muerte de Cristo, al señorear por las calles de Jaén, nos muestra el tesón de unos hermanos cofrades por mantener señas de identidad mas allá de su magna sede catedralicia. Supo renovarse, dar paso a jóvenes abnegados, sentirse orgullosa de su aristocrática fundación y trazar un rumbo de cambio en sus integrantes, no en su espíritu de sobriedad y abolengo.

Mi visión hoy de los tres pasos de esta cofradía es muy limitada, casi irreal, pero el contacto con sus gentes de diario: Diego, Zapata, Rico, Pedro, Juan y otros muchos mas, presentes o ausentes, me confirma mi mas clara sospecha de antaño: de la Buena Muerte, se nace, no se hace.

Siempre sentí admiración por la cartelería que edita la Buena Muerte, fuente única de mi visión de unos pasos estáticos para mi memoria cofrade, pero de estimulante imaginación, para quien recuerda el sudario de Cruz de las Angustias de Maria, hecha vela de nao salvadora, que arriba al puerto de promesas de salvación, de su hijo descendido de la Cruz, bajo la atenta mirada de Jose de Arimatea. La titánica sujeción de San Juan sobre sus brazos, al entregar a las tres divinidades antagónicas a la "parca", el cuerpo del nazareno dormido en la Cruz pectoral de la humanidad.

El misterio de Cristo descendido de la Cruz en su primera aparición procesional, con cinco imágenes en escena, fue el primer proyecto de formar un paso de misterio en la semana santa de Jaén tras la guerra civil. Incorporando las dos imágenes

de sobriedad castellana que la gubia de Don Víctor de los Ríos creara para completar este misterio del Descendimiento de Cristo, con la grandeza que aporta en la estación de penitencia de una cofradía que no presume de nada, por que todo lo expresa en su estampa severa y regia cuando ocupa la noche del miércoles santo.

La Virgen de las Angustias con su Hijo postrado sobre su regazo, al ser descendido de la Cruz, muestran un conjunto de Dolorosa atípico por carecer de palio y ser el paso que cierra esta hermandad, pues es costumbre generalizada ver a Maria bajo palio tras su Hijo cerrando el cortejo pasionista. Pero el acierto que tuvo esta hermandad de elegir esta insuperable talla, como Madre de todos los cofrades que formamos la Buena Muerte, la ha convertido en un referente de la semana santa de Jaén. Cuando se muestra sobre su trono peana, diseñado para acrecentar el dramatismo del paso de misterio en que se convierte esta quinta espada de dolor en el corazón de Maria, que llora amargamente la contemplación de su Hijo en Buena Muerte redentora. Acompañada por los dos Ángeles mas dramáticos de la bóveda celestial, bajados a la Catedral para consolar a Maria y su desamparado corazón, que abrazado en Cruz por las manos de la Madre de Dios simboliza el cobijo que Maria supuso para toda la humanidad al perder al Divino Redentor. Los llorosos angelitos, que muestran el dolor que rodea esta Sacra composición de Maria ante la Cruz desnuda y su Hijo yerto por Amor. Fueron intento de una sustracción o robo, en la soledad de la Catedral, pero lo divina providencia quiso que los ojos del recordado Aurelio, contemplara como intentaban sacarlos de su morada habitual. Dando al traste con lo que podía haber sido uno de los episodios más negros para la historia de esta cofradía, de la Catedral y el arte sacro en general .

LA EXPIRACION

En las primeras horas del Jueves Santo, un delicado y coqueto cofre de piedra, alberga a la Cofradía de la Expiración y Nuestra Señora de las siete palabras, recogido en Santo Oficio conmemorativo del Sacramento de la Nueva Alianza del Señor, al partir el pan, acompañado por discípulos sedentes en torno al altar, revestidos con túnica morada y blanca, para recibir la purificación sanadora de su alma y cuerpo, al ser lavados en humilde postración sacerdotal, viático en nombre de Cristo.

En el exterior, ajena a la liturgia sagrada, de uno de los jueves que debiera relucir más que el sol, una fuente gorgotea sus transparentes aguas, rodeada de naranjos perfumadores de azahar, para una plaza repleta de gentío.

Este cenáculo de piedra y retablo, que es la parroquia de San Bartolomé en la tarde de jueves santo, celebra vestida de morado y blanco, negra mantilla que a mujer engalana, para oficios y visita de sacros monumentos. Son el ofrecimiento litúrgico de una parroquia hecha cofradía y una cofradía hecha parroquia, al Cristo vivo en la Cruz junto a María, presa de sus divinas siete palabras. Testamento de amor del moribundo Jesús, bajo la cubierta mudéjar de su cofre albergador, a donde se elevan nubes de incienso y oraciones cofrades moradas y blancas, que como su venerado Cristo, al cielo están mirando, pues nubes amenazan la tarde de jueves santo

Esta cofradía expiracionista, de amplia nomina de hermanos, notable presencia de cofrades en sus oficios y cultos, tubo a principios de los ochenta que abandonar su sobria capilla a la derecha del evangelio, en el interior de una iglesia amenaza por el paso del tiempo en su techumbre y centenaria sillería petrea. El santísimo Cristo de la Expiración, tubo que peregrinar hasta la acogedora institución de San José, regentada por las hermanitas de los pobres. Su traslado dejo mucho que desear, comparado con los multitudinarios vía-cruces y actos de hoy día. Los aires de libertad y cambio político que acontecían en el día a día de una España que regresaba de cuatro décadas de monolítico pensamiento. Unido al ostracismo en que estaba sumido el mundo cofrade, dieron lugar a una estampa o fotograma, nada imaginable hoy día. Cristo sobre su antigua cruz, portado a hombros de unas docenas de devotos, seguido por medido centenar de fervorosos fieles, entre los que nos encontrábamos mi mujer Ana y yo. Dirigidos por Don Joaquín Sánchez estrella, rodeado de la vieja guardia expiracionista, entre ellos el recordado Don Antonio Romero Maroto "Antoñete", Don Luis Piñar, don Abelardo Méndez, Don Luis escalona, Don Luis Robles y un joven fotógrafo de apellido; Moraño y nombre; Antonio Jesús, augurio de su inquebranta-

ble y devoción y entrega a la cofradía de morado y blanco. Caminamos entre coches varados en calles de asfalto, por la acera avanzábamos sintiéndonos incómodamente observados. Hasta un airado conductor nos grito: "dejarlo morir en Paz", la ausencia o falta de previsión, de la presencia policial, convirtió el traslado en un presuroso caminar a la búsqueda de la hospitalidad de unas monjas sonrientes y acogedoras, para un cristo de áurea, corona de espinas y potencias como rayo de sol cegador. Quizás el crucificado de divina silueta, quiso anunciar a la Real Cofradía de su advocación, su deseo de recibir las plegarias y cuidados de otra orden conventual, que velara por su imagen redentora sobre la Cruz, en tiempos venideros.

Compartir con mi amigo Nono Vera, el licenciamiento de los deberes militares de la época, por motivos de algo que esta a la vista de todos ustedes. Nuestra afición por compartir mesa, palabras, cerveza e ilusiones cofrades en los veladores del desaparecido bar sanatorio, a la sombra de los muros catedralicios. Hizo crecer una amistad amparada por el Cristo de la Expiración, que me vinculo de por vida a esta Sacramental Hermandad, a la que pertenezco hace mas de veinticinco años, de la que me siento orgulloso, me ha dado un elenco de amigos con los que he compartido: creencias, viajes, casetas, proyectos. Bajo las cuatro paredes que forman la morada de Cristo expirante, sus restaurados faldones de su paso procesional, me acogieron y me permitieron haber cargado durante quince años el labrado altar itinerante de este Cristo, digno de figurar entre los referentes de la imaginería procesional andaluza y española. Esas horas de silencio y comunión con Dios, bajo las trabajaderas de su paso, hacían del interior del canasto, confesionario para rogar al padre hacedor su perdón y protección para nosotros y los nuestros. Créanme si les digo que la emoción y satisfacción que me supuso la "gloria" de compartir turno con cofrades costaleros de la talla de Moisés, Enrique, Raúl, los hermanos Moreno y otros muchos mas, que por no recordar sus nombres, no dejo de mostrar mi orgullo y reconocimiento hacia ellos, por haber compartido solemnidad en la "chicota", silencio anónimo en nuestros descansos bajo el paso, sobre el asfalto del Golgotha que son las calles de Jaén durante la semana santa. "A los que moráis bajo los pasos", prestando vuestro esfuerzo y pies, para las lagrimas de un dolorosa consolar, de un Cristo penitente con la Cruz cargada al hombro, o en ella clavado. Proclamar al mundo su grandeza redentora, su infinita bondad, para con esta desasosegada humanidad.

Esta trayectoria costalera, esta plagada de anécdotas y vivencias, dignas de compartir con ustedes, pero correríamos el riesgo de alargar lo que ha de tener un fin. Pero aun así, no me resisto a narrar las horas previas a los oficios y la salida procesional. La mañana que precede a la tarde de corneta y tambor, de palio mariano que acaricia

arco ojival. Tras la exposición de pasos, el reparto de papeletas de sitio, la aportación voluntaria para lirios o iris de morado pétalo. Nos reunía en la puerta e interior del bar “peque”, para alargar el transito horario entre la mañana de traje de chaqueta y la tarde de faja y esparteña. Siempre se cundió el “imparcial” sorteo de que turno habría de sacar al Cristo de su templo, por consiguiente que turno lo encerraría en el. La “divina” providencia, algún que otro responsable, determinaban que el turno alto, mi turno, encerraba al Cristo en San Bartolomé. Solo un año lo porté para alumbrarlo a la plazuela de san Bartolomé, la experiencia de verte cegado por la claridad de la tarde, al salir del interior del templo silencioso y en penumbra de luz artificial, debido a la ausencia de respiraderos para poder sortear la estrechez de la puerta del templo, nos obligaba a cubrir nuestras cabezas con las toallas que empapaban nuestro sudor, hasta la colocación de los mencionados laterales de fina orfebrería y policromado apostolado, que nos devolvían nuestra intimidad y silencioso anonimato.

*Cristo de la Expiración,
Cristo de tarde gris.
Con nubes de diluvio bíblico,
En la traición de la noche.
Cristo roto en su dolor,
Para sanar por manos humanas,
Nacidas para hacer el bien.
Que todas las tardes de Jueves Santo,
Clama ante los ojos atónitos de los jiennenses,
Que Él es el redentor,
De quienes le miran con amor,
Cuando su divino rostro clama al cielo,
En su último estertor:
“Padre perdónalos”.*

La tarde de Jueves Santo es compartida por una cofradía que data de fechas fundacionales, que la hacen contemporánea a la construcción catedralicia. La vera-cruz en su antigüedad, por consiguiente con privilegio de elección de orden de salida, hace estación de penitencia ante el pueblo de Jaén, en las primeras horas del alba nocturno, que realza el caminar pasionista de ambas hermandades, adelantándose en hora de paso a la Expiración por la tribuna oficial. Pero en la época que yo les narro, la cofradía procedente de San Bartolomé, tenía que apretar su cadencia costalera, en busca de cumplir una puntualidad, que permitiera a las siete escuadras

de san Ildefonso, plantar en la calle los cinco pasos que resumían una trayectoria de siglos, con prestigio y personajes de relevancia histórica entre sus cofrades. La presurosa bajada: de la calle hurtado con el paso de cristo expirante en la cruz, seguido por el San Juan de evangelio en mano, sobre paso de caoba y plata, con dimensiones acorde a calles de difícil transito, por su estrechez y angosto paso para una cofradía del siglo diecinueve. El discurrir del palio de María de las siete palabras. La banda de música situada en su trasera de manto, por la plaza de San Ildefonso, dejaba libre el espacio a la cofradía de los civiles, para su compostura y organización. Este complejo discurrir de hermandades con formas esenciales comunes, pero de escenificación procesional contrapuesta, condujeron al cambio de hora y prelación, al discurrir por el itinerario oficial de nuestras cofradías de pasión. Este concordato privo al Cristo de la Expiración y sequito, de una de las escenas y momentos, mas emotivos de su antiguo recorrido. La confluencia de las calles; Teodoro Calvache y Tableron, llamados por los costaleros expiracionistas; la “uve victoriosa”, de la solemne “revira” que el paso de plata y cruz, al son de la marcha: Cristo de la Expiración, o la Malagueña, interpretada por la banda municipal de Jaén, con la pompa majestuosa, necesaria para eternizar el giro de un canasto mecido a una cadencia milimétrica, hercúlea, por sus costaleros, de blanca camisa, tejano calzón y negra zapatillas de esparto abrazada al calcetín enlutado. Coronar el Golgotha de asfalto, que es la calle Tablerón, anunciaba el termino de un turno, que sabia a poco, para quienes sometidos a la tiranía del reloj y el cumplimiento de un concierto entre hermanos, deseaban prolongar su anónima penitencia. La emoción de recibir al turno bajo en su ultima “chicota” hasta las puertas del bar Marfil, donde se relevaba el turno de cofrades cargadores de tan altivo Cristo en la Cruz. El saludo, entre estrecheces de publico y cofrades, se hacia con discreción y brevedad, con las caras de conocidos o simplemente identificados por el atuendo costalero compartido por ambos turnos. Recuerdo la primera carga del paso que hizo, bajo mi mecenazgo, mi amigo Pedro Aceituno. Su juvenil rostro sonriente, brillante por el esfuerzo ejecutado, su conciso y acertado comentario sobre su reciente experiencia vivida bajo el paso de Cristo Expirante fue: “genial, el año próximo repito” y así se cumplió su voluntad durante algunos años.

La ansiedad que vivíamos los cofrades, en la espera de la venida de la semana de gozo y pasión, no hace medir el paso del tiempo y la edad, por semanas santas vividas. En este presuroso calendario cofrade, mis vivencias se agolpan, como las hojas de un almanaque de sobremesa. La hoja histórica correspondiente al año mil novecientos novena y nueve, con un itinerario en torno al ámbito parroquial, para desembocar en roldan y Marin, marco de luto y dolor a una cofradía y un pueblo,

impactado, que asistía a la escena desgarradora en la que Cristo de vida y palabra eterna sobre su cruz, se desgajaba uno de sus brazos que abraza al mundo. Mi ritual litúrgico previo a cargar el paso del Cristo de la Expiración, en su segundo turno, me llevaba a visitar algún Monumento Eucarístico, apartándome del bullicio y calles transitadas, saliendo al encuentro del Señor de Expiración. A la altura de la capilla de San Antonio, en la calle Madre Soledad Torres Acosta; "Mamen" Vera Bernal, me abordaba llorando y gimiendo, en su angelical rostro añorado, para entre sollozos decirme; que el Cristo, nuestro Cristo se había "ROTO". Gire en la esquina de la mencionada capilla, para enfrentarme con una realidad cruel y dolorosa, hasta los vencejos y pajarillos de la arboleda de la plaza de los jardiniillos, habían enmudecido. La estampa se dramatizaban por la desorientación y angustia de los miembros de la presidencia nazarena, y el estupor doloroso de sus fabricantes. "Nono" Vera, me indico que subiera al calvario de lirios para asistir al Cristo "ROTO". Yo le dije: "Nono, ni tu, ni yo, tenemos agilidad para subir al paso y desenclavar la Sagrada Imagen del Cristo. La llegada de Miguel Moreno, Raúl García y algunos costaleros más, solvento la movilidad y rapidez con la que se procedió a descender la venerada imagen expirante de la Cruz y su trono de filigrana plateada. La ocurrencia de situar delante del paso procesional al Cristo, flanqueado por los cuatro ciriales de morada cera. Sobre los hombros de un nutrido grupo de costaleros, la presencia del obispo de Jaén Don Santiago García, adorando el Monumento Sacramental ubicado en el convento de las monjas siervas de los pobres (San Antonio). Su salida de la capilla para interesarse en los alrededores del convento. La entrega que se le hizo, y la aceptación del Señor Obispo, de la vara de hermano mayor de la cofradía, para presidir el atípico cortejo: un Cristo "ROTO" y sanado en el momento, por el fervor y respeto de los presentes, en el amargo acontecimiento de lo descrito y su ejemplar comportamiento, La soledad desnuda de la Cruz llagada, sobre el monte de lirios llorosos y marchitados de dolor, por verse privados de la presencia del redentor, que quiso que esa noche amarga de dolor, se tornara en respeto, silencio y oración, al paso por las calles de Jaén, del Cristo "ROTO" de la Expiración, sanado por amor.

Si el dolor se torno en gozo, tras la restauración del cuerpo flagelado de Cristo, fue gracias al esfuerzo y trabajo de unos profesionales enamorados de su labor, conservadores de un patrimonio que supera el ámbito devocional, para convertirse en patrimonio de la humanidad, como debiera de ocurrir con nuestra Santa Iglesia Catedral, centro devocional de los jiennenses y tesoro de quienes la contemplan. La edificación conocida "corona de espinas" en Madrid, fue durante una larga estancia, morada del Santísimo Cristo de la Expiración. Su viaje a "Lourdes" sanador del arte

español, se efectuó por carretera, escoltado por un grupo de fieles miembros de junta de gobierno y nobles costaleros de su bendita imagen. Un buen y sencillo hombre, a modo de José Arimatea, se presto con su furgón de trabajo a ser ambulancia de tan venerado paciente; Mateo, mi amigo Mateo, fue elegido por Cristo en su último halo de vida, como personaje anónimo de esta epopeya, que ha marcado a la centenaria Cofradía de la Expiración y el corazón de este leal amigo.

El Cristo de la Expiración, con más de dos centurias de existencia clavado en la Cruz, nació al amparo de una devoción gremial para la alabanza festiva de su Titular en el mes de Mayo, convocó bajo los brazos de su Cruz Redentora, a unos penitentes cofrades que elevaron al rango de Cofradía de Pasión, bajo la tutela Franciscana, su ya dilatada veneración, por un Crucificado de portentosa figura representativa del Hijo de Dios hecho hombre. La mayoría de edad de una cofradía se adquiere al cumplir los cien años desde la aprobación de reglas o estatutos. Transcurriendo el año mil novecientos noventa y ocho de Nuestro Señor Jesucristo, esta cofradía celebraba sus cien años testimonio cofrade en la pasión que conmemora esta ciudad relicario. La organización de tan importante efemérides, en un ambiente de consolidación de estilos, búsqueda sublime de lo cofrademente perfecto. Volvió a confrontar criterios y opiniones de cómo celebrar la mayoría de edad de la corporación penitencial, que no de su ya centenario Cristo expirante, al convocar una junta general extraordinaria sobre el particular. La entusiasta defensa que hicimos algunos cofrades, con Don Luis Escalona codo a la cabeza, de la importancia que representaba para la incipiente consolidación de las cofradías, como instrumento vivo, participativo, puerta de ingreso en la vida parroquial de unos cofrades, que a través de sus imágenes devocionales, no pretendían otra cosa; que vivir su Fe, al amparo del evangelio y los Sacramentos. Revitalizando la capacidad de evolución que tenemos los seres humanos cuando se nos escucha, respeta y guía por parte de quien ejerce de buen pastor del rebaño. Los escritos en prensa, consejos parroquiales; señalando como negativo o "impropio" unos rituales y cánones cofrades, no hicieron si no ser, acicate de trabajo y entrega para ganarse un lugar dentro del organigrama catequista de las parroquias. No me imaginó el "hoy" en parroquias del siglo veintiuno, sin cofrades y cofradías por sus naves eclesiales, participando en equipos de liturgia, aportando catequistas a la formación de los pequeños, colaborando con sus bolsas de caridad en proyectos promovidos por Caritas, o propios, en claro impulso para dar sentido a la advocación de sus Titulares. Toda esta actividad y lealtad a la curia diocesana de San Eufasio, supuso un entendimiento en las directrices normativas de los párrocos y capellanes corporativos, que tutelaban proyectos e inquietudes de las juntas de gobierno. Como fue la proposición hecha, al bueno del reverendo Don Antonio Román, párroco capellán de la cofradía

de la Expiración en su centenario pasionista, que accedió a solicitar del obispado y cabildo catedralicio, el placer para procesionar, en “gloria”, al Cristo de la Expiración hasta la Catedral. Para recibir culto de sus cofrades y devotos, como ocurriera en pretéritas tardes de Jueves Santos, lejanos en la memoria de los aquí presentes. La presencia del Cristo de la Expiración por la calles de Jaén en el mes Mariano por excelencia, en contraste con el traslado a la residencia de las Hermanitas de los pobres, en la década de los setenta, muestra lo palpable del logro que supuso el entendimiento de clero y cofradía, para dar conjuntamente testimonio de la presencia redentora, tan escasa en las calles de nuestras vidas diarias, de Jesús vivo, al vivir en nosotros El, fortaleciendo nuestra voluntad de someter pensamientos y acciones diarias, al ejemplo de vida que supone, recibir el cuerpo Sacramentado de Cristo, como maná de nuestros días. Presencia de la imaginería procesional, recorriendo calles y plazas, es testimonio necesario para estimular el alma dormida de los bautizados en nombre de Cristo, pero cerrados a la razón de ver en Jesús el amigo que nunca falla. Por ello reivindicó con palabras de sincero cofrade. La obligación de testimonio que hemos de dar los “capillitas” con nuestras acciones en las hermandades de las que nos vanagloriamos en palabras, gestos, protocolos, rituales y preceptos. Hagamos a Jesús Sacramentado centro de nuestras hermandades y vidas cofrades. Celebremos a nuestros titulares en el Cristo hecho pan de vida, en el interior de nuestras capillas, parroquias o corazones, al asistir a la Santa Misa y gozar del perdón de la penitencia hecha sacramento. Alimentémonos del banquete del altar, hecho paso de procesión en cada consagración del pan y el vino. Dejemos que Jesús fuente de vida, sea costalero de nuestro interior, al recibirlo en paz de conciencia absuelta de pecado por la amnistía sacerdotal de la penitencia. Hagamos Sacramentales en nuestro interior, para hacer a nuestras cofradías y hermandades Sacramentales en el exterior. Procesionamos junto a Cristo y María en hermosa talla policromada, pero acompañemos al Amor de los Amores en su única presencia material y visible por las calles engalanadas de altares cofradieros, mantones de manila en balcones, que policroman el ambiente en nuestra ciudad, cuando la Custodia sale al encuentro de un pueblo que ha de hacer: “madrugada de Viernes Santo, en las horas que el Rey de Reyes camina al sol radiante del Corpus Christi”, sobre alfombra de junco y romero, para solemnidad insigne en valía del culto de extramuros, que los cofrades debemos fomentar, asistiendo en masa a su adoración, veneración, y exaltación.

Todo lo expuesto anteriormente, como sumandos, otorgan el máximo título, que a mi entender debe aspirar a ser una cofradía: Sacramental, como lo es, esta cofradía de la Expiración de Cristo y su desazonada Madre de las Siete Palabras,

recogidas por el discípulo del evangelio notarial, escrito al pie de la Cruz del Dios que expiró en San Bartolomé.

Su angustiada y sollozosa madre de las siete palabras, encarnada para la posteridad, por las manos creadoras de Don Luis Álvarez Duarte en su “isla” bañada de naranjos, como los que perfuman en podium formado por las tres plazuelas, que componen el entorno de la Parroquia de espadaña simétrica, penachos renacentistas, que rematan hornacina con la imagen del Santo Titular queda advocación a la parroquia, preso tras la malla del incivismo y barbarie de unos pocos, que no dudan de privar a este rincón del Jaén nuestro, de la belleza de sus dos fuentes de agua clara, con estatua de niño con perro, decapitada, posteriormente levantada de su emplazamiento para restauración, dejando huérfano al zagalón sedente, de la contemplación tras la salida, de esta corporación nazarena, por la adoquinada cuesta que lleva al mas alto de los tres catafalcos que forman el mencionado podium. Quizá la privación, a los ojos del inmóvil mozaibete de la dificultad que presenta la salida del palio de María, recogedora de las siete palabras de su divino Hijo, por la puerta ojival parroquial, le ha hecho desistir de su derecho a presidir tan sombreada plazuela.

*El parto que acontece cada tarde de jueves santo:
 Cuando la alpaca cincelada,
 Con terciopelo prolongada,
 Sustento de un bosque de cera engarzada,
 Sobre candelero entallado,
 Que parpadeante alumbra,
 El gloria que preside el celestial palio,
 De naturaleza bordada.
 Hacia donde la fragancia de tus ánforas florales,
 Elevan oraciones de pétalos con incienso bañadas,
 Para enjuagar tus siete lagrimas derramadas.
 Que brillan en tus mejillas,
 De Madre lacerada,
 Por la espada dolorosa de la cruz,
 Que a tu bendito hijo amortaja,
 En la noche de Jueves Santo cerrada.
 La trasera de tu paso,
 Por tu manto fielmente guardada,
 Se ilumina con la cera de tulipas coronadas,
 Que rematan los tallos revirados,*

*En candelabros de cola profusamente cincelados.
 Que escoltan el tesoro,
 De tu prenda más engalanada,
 Por hilo fino atravesada,
 Para tejer sobre tu decimonónico manto,
 El cardo de amarga pasión,
 Que a tu Hijo su mortal vida arrebató.
 Cuando el llamador de tu reino,
 Al cielo te levanta.
 Madre mía de siete palabras,
 Tu mis pecados arrebatas.*

Desbordado por chorros de hojarasca simétrica en caída libre de su flamante palio de corbatas, con filigranas de pasamanería en oro bordadas. Con sustentación angelical de sus doce varales de fina plata, que rodean el rostro doloroso de esta virgen sevillana, nacida para ser Madre de un Cristo que al cielo de Jaén clama, con siete palabras, la belleza del semblante de María Inmaculada, bajo palio paseada, en su trono de amargura coronada.

La destreza en las concisas ordenes de los hermanos Morago ante el respiradero frontal de las siete palabras, nos ha regalado a los cofrades jiennenses, uno de los momentos más esperados de la Semana Santa. Lastima del reducido espacio del que disponemos, los que gustamos de estas proezas escénicas, para acoger a María en la calle, disfrutar del buen trabajo costalero, ejecutado a ciegas. Interpretando a la perfección la elegancia pausada y discreta en la voz de un Antonio Jesús Morago que es responsable del ritual de salida y del advenimiento de esta Virgen Dolorosa, digna del Hijo al que sabe clavado en la Cruz.

Esta Sacramental Hermandad, que derrocha elegancia y buen hacer, organiza un amplio elenco de cultos a través del curso cofrade. Su septenario, recuperado en prestigio por sus oradores, rinde culto a un Cristo entronizado en un altar de los más bellos y completos de la cuaresma. Sus rosarios de la aurora y besamanos cultuales, marcan un logrado ambiente mariano, en una cofradía, donde el cristo expirante lo era todo. La operación carretilla, por extraña o anacrónica que parezca, se realiza en pleno siglo veintiuno, para favor de los más necesitados, incluidas instituciones de clausura que en los tiempos que corren, parecen no existir a nuestros ojos. Su vinculación parroquial en labores formativas y litúrgicas, avalan la plena vigencia del apostolado ejercido por los miembros, en gran parte femenino, de esta cofradía orgullosa de su pasado, de presente dinámico en compromiso evangélico,

aspirante a un futuro, catalizado, por la presencia portentosa de la imagen del Cristo y su Madre de las siete palabras.

La banda de cornetas y tambores, que acompaña al Cristo de la Expiración, del que ha tomado su advocación como nombre y patronazgo. Que vela por sus ensayos, desplazamientos. A quienes se encomiendan sus componentes, al ejecutar las dificultosas filigranas de corneta o trompeta, que marcan el estilo y composiciones de hoy día.

Mi vida cofrade en primera fila de trabajo, me condujo a la aceptación de pronunciar el pregón del costalero, evento de la noche del viernes de dolores, que ha conocido algunas ubicaciones y lugares de celebraciones alternativas. Reconocido como un acto no cultural de suma importancia, dentro de los muchos que proliferan en los fines de semana previos al pórtico de la semana de pasión. Supuso para quien les habla, un segundo privilegio, ocupando un espacio para dicho pregón del costalero, que haría sumamente emotivo el mencionado acto, por sí solo. Ocupar el atril del orador, ante el cristo de la Expiración y su afligida madre delante de su capilla parroquial, me supuso un gratificante acicate para mi debut en mi peregrinar por los actos y charlas en los que tuve la suerte de participar, pero nunca con un escenario tan místico e intimista, como la parroquia de san Bartolomé, su capilla pasionista y el testimonio presencial del Cristo y María a quien dirijo mi pregón

LA VERA-CRUZ

San Ildefonso con sus piedras centenarias, al compás de su plazuela inmaculada. Nos oculta la belleza que alberga su interior, en ello se parece al ser humano, que oculta muchas veces su buen corazón, Su espacio de tres naves apareadas, con bóvedas nervadas, sobre su sobrias columnas, la convierten en la Iglesia, tras la Catedral de Santa María ascendida a los cielos, mas espaciosas de las que levantan torres que señalan al cielo azul de Jaén, aún cuando su campanario de escasa esbeltez, nos baliza la belleza que se puede contemplar sobre sus paredes y capillas laterales, donde se herigen cofradías de centenaria fundación, para culto de cristo en la cruz, yacente sobre sinode de lino. O cumplidor de su promesa de vida eterna, al tercer día de su humana crucifixión, cuando glorioso sobre la oscuridad del sepulcro, se eleva sobre el poder humano que lo condeno.

Conviven en armonía con María divina pastora de almas descarriadas. Acogedora madre de la capilla, como buena cofrade de su hijo redentor, posesionando por la feligresía de esta parroquia santuario, para socorro de sus hijos de Jaén, que agradecidos por tanto favor, se postraron ante su presencia Sacramental en cofradía, para gozo de su Madre Reina del Santuario Basilical.

La contemplación de sus retablos barrocos, nos centra en un ambiente totalmente cofradiero, cuando imaginamos un frontal de canastilla, compuesto por el trístico que diseño el genial Don Pedro Duque Cornejo, donde estípites, columnas, ángeles, e imágenes santificas, harían la envidia de cualquier tallista que trazara una canastilla de tanta belleza. La catequesis plasmada sobre el retablo de las ánimas del purgatorio, que mas parece lienzo pintado, conmoviendo al arrepentimiento al pecador, mas alejado del buen sendero, al contemplarlo en su crudeza penitencial.

Pero hablemos de cofradías, que son arte hechas devoción, acatando esa regla no escrita entre hermandades de conceder el privilegio de paso, a la de mayor antigüedad fundacional. Este primer requisito asumido, en la primitiva fundación, de su congregación. Con el reconocimiento en cedula Papal, de su vinculación con la cátedra de san pedro en Roma, la pontificia cofradía, en distinción nobiliaria de su tratamiento de Real Hermandad, en sus títulos corporativos. La sobriedad y rotundidad de la advocación de su imagen titular, donde se asevera la verdadera cruz de la redención, como único signo salvífico. La vera-cruz es testimonio de los siglo de Fe, que derrocha esta ciudad de Jaén, cuando procesión a sus cristos y dolorosas al llegar las fechas que clausuran el tiempo cuaresmal.

En la nave izquierda del evangelio, cuando el elevado presbiterio era amurallado de balaustres con macollas de acanto dorado, adormecidas por la estéril

visión, que supone un paso sin imagen que lo presida, yacía el tetramorfos patrimonial de la elegancia y el lujo de la Semana Santa de Jaén, en los cuatro tronos de madera tallada que posee la vera-cruz. La congregación de la vera-cruz, la cofradía de los "civiles", parecía abandonar los pasos de magnífica hechura y mejor dorado, a la indiscreta mirada del atónito muchacho, subido desde su hábitat natural, frente a la desaparecida escuela de peritos. Para contemplar, en rutinario deambular en torno a los tronos, lo que por aquellos años sesenta, era ausencia mayoritaria en la nomina patrimonial de las cofradías capitalinas. Un paso tallado y dorado al mas puro estilo sevillano. Su majestuoso canastilla con bombo de perfil recto, sobre visera dorada, derramando unos respiraderos en talla calada con fina filigrana, a modo de laberinto de cintas que entrelazan volutas y hojas de elegante contorno. Con su manijetas en obelisco transformadas, que alargan mas, la ya excelente proporcionabilidad, de este paso único hasta la venida del sacramental cenáculo de san Félix de Valois. Su presencia llamaba mi atención sobre el resto de pasos asentados sobre el arlequinado suelo parroquial. Sus perfectas proporciones, propias de vitrubio, daban una supremacía al paso del Cristo de la Vera-cruz, sobre el resto de hermanos de talla, o el ejecutado por Palma Burgos en su peculiar estilo. A este lingote aurífero, solo le faltaba, el motivo de su ser: recibir el Santo y verdadero madero, sobre el que se derrumba la figura de un crucificado cianótico, de negra cabellera coronada, por el metal refulgente de su divinidad majestuosa, vararada por los clavos de pecado, hundidos en sus manos consagradas, que partieron el pan en la ultima cena, antes de partir para orar en el Huertos de Olivos. Regresando preso de traición, en gesto de mansedumbre, maniatado como ladrón que camina hacia la noche más larga. Abandonado en negación de amistad, al cantar el gallo por tercera vez.

La Vera-cruz, la de aquellas décadas de gloria y esplendor, cuando su procesión por si sola, representaba un magna procesión general de la pasión de Cristo, según la pontificia y Real congregación de la Vera-cruz. Con sus legiones de fieles guardias civiles, que eclipsaban el poder de la legión romana, al formar ambos ejércitos para rendir honores a la imágenes que presidían, los ahora "si" fértiles pasos de la cofradía. La Oración en el huerto; acompañada por la policía armada y un brigada enamorado de su trompeta, que hacia sonar notas de opera, para consolar al cristo que sudaba sangre.

Un Jesús preso de castellana figura, que penetra por la muralla de sierra morena, en este Jaén de frontera, que marca la gracia y alegría de Andalucía, para separarse de una castilla de sobriedad hecha. Su soledad alumbrada por candelabros rematados en faroles encerados, que arbotantes son en las esquinas, de este trono que es celda, para un Mesías maniatado, que navega a la deriva de su divina canastilla cofradiera.

Un secreto les contare de este original trono, sobre el que se procesiona al Jesús de túnica tallada en monótono color, sus originales faroles de metal dorado, con las típicas lágrimas cristalinas, alzados sobre brazos simétricos. Fueron restaurados y aligerados en peso, por un cofrade artista en la metalisteria, que aprendiera en el taller castizo y jaenero de don Antonio Ceron, situado en las cercanías de la plaza de Belén. Mi amigo Bernardo Gila de inquietud artística en la talla y repujado, de la chapa que se transforma en volumen airoso a golpe de buril cincelador. Me permitió colaborar y aprender de su sabiduría profesional, presenciando el montaje de esta luminaria tan original, en el taller de su hermano. Donde el humo de la fragua, se mezclaba con el del metal fundido, al precipitarse en los moldes de arena húmeda, que tantos escudos de varas cofrades hicieran para Jaén y provincia. Para algo me sirvió a posteriori dicha experiencia.

En las cofradías de esta capital, tan de sus tradiciones, se va perdiendo una costumbre, que en mi retina pervive, de ver al discípulo evangelista, amado o simplemente de joven aspecto, sobre un paso digno desde donde indicar a su Madre adoptiva, que camino a de seguir para llegar a los pies de la Cruz, donde su amado Hijo se convirtió, en el primer gallardete cofradiero que contemplo la humanidad. La Vera-cruz y su rancio origen, mantienen esta estampa de Jaén, un barroco San Juan de estofada túnica tallada, que muestra a la Dolorosa de cara quebrada, ataviada en azul enlutado, sobre el que prenden hilos de oro que brotan de sus mejillas enlagrimadas, por los dolores que florecen de su pecho engalanado por la blonda de encaje inmaculado como su divino ser.

*María enjuaga sus dolores,
Con manipulo de fino encaje,
Sobre mano frágil como cristal,
Que acarician lágrimas de rocío,
De la huertas y vegas,
Que labran tus hijos parroquianos.*

Pero no todas las lágrimas empapadas en su preciado pañuelo, son fruto de sus misericordiosos ojos. Sobre el humedecen lágrimas de padres y madres, que vieron ascender al fruto de su vientre, hacia el cielo prometido. Partiendo el corazón familiar, de quienes en tierra queda para llorar su ausencia y memoria. Solo el consuelo de su Fe arraigada en la devoción a Cristo y María, ayudan a sobrellevar su pasión familiar, por la pérdida del Hijo amado.

El paso de María, sumida en sus dolores de Madre angustiada, es un monumento de arte orfebre que derrochan los artesanos para gloria de las imágenes, que sobre ellos procesionan. En esta ciudad, puerta de Andalucía y sus tradiciones, se cultivan artes relacionadas con el mundo cofrade. La talla de la madera tiene apellidos propios: Canales, Castillo, Baldoy, Tirado. Pero quizás poco conocido, y menos aun reconocido, quiero traer a mi boca, el nombre de un artesano que tuve el privilegio de conocer, gozando de su saber y arte: Don Rafael López Carrillo, profesor de la escuela de artes y oficios, compañero docente de Don Jerónimo Seco Velasco, orfebre sevillano de reconocida fama. Con quien compartiera punzón y mazo. Sea este mi recuerdo, humilde homenaje, a los artistas de Jaén, que trabajan casi en el anonimato. Que no nos ciegue lo foráneo, demos una oportunidad a nuestros paisanos.

*La Vera-cruz y la guardia civil;
Tanto luces, luces tanto,
Que la tarde de jueves santo,
Achica la noche de negro manto,
Para elevar tú madero santo,
Como nubes de incienso perfumado,
Que rodean tu sublime paso,
Cuando coronas tableron,
Cubierto de negro asfalto,
Escoltado de tricornios iluminados,
Por cera de tus candelabros.
Que lloran lágrimas de luz,
Al redoble marcial del tambor,
Que con sonos de cornetas anunciando,
Que la Vera-cruz del jueves santo
A civiles de gala lleva escoltando.*

La música, la música de la Vera-cruz, la música que interpreta la banda de la comandancia móvil de la Guardia Civil. De mi memoria extraigo la bajada, cansada y dificultosa, del paso de María Santísima de la Esperanza, por el paseo de la estación. A la altura del cine asuan, en la frontera nocturna que separa el Miércoles Santo, de la luz del Jueves de Oficios Santos. Concluía el concierto que la banda de música de la Guardia Civil había interpretado para un selecto y nutrido grupo de jiennenses, que casi durante dos días, agasajaban en honores y celebraciones al benemérito instituto que desfilaba y convivía por las calles de nuestro Jaén, para realzar, y aun mas si cabe,

la solemnidad, majestuosidad y grandeza de la Vera-cruz; “los civiles”. Que trascendía del ámbito local, convocando a gentes de los pueblos limítrofes, revestidos de sus mejores galas, al burgo del Santo Rostro, para asistir a la magia que encierra la tarde noche del Jueves Santo. Como zaguán de la madrugada, que se convierte en día, para morir con el sol almediodía, en la mañana del Viernes Santo.

La Vera-cruz es patrimonio cofrade de los jiennenses; de alcunia o labranza; de regia figura o de olivarera estampa. Con sonos atronadores de cornetas o de trueno flagelador, rasgando tarde de Jueves Santo, pues comienza la pasión.

Y **pasión escenificada son las cartelas ceramistas de su singular capilla, bordeada de friso de azulejo decorado, al mas puro estilo de la parroquia trianera de Santa Ana. No en balde las aguas del río que las baña, tiene su origen en sierra segureña, de villas serranas, donde Cazorla preside con su alcázar escarpado, la partida de un río soberano, que al cabezo se aproxima en su Iliturgi centenaria, para mansamente recalar en la Córdoba musulmana, donde recoge arte alfarero que depositar en el barrio trianero, que la deja escapar entre sus dedos, para marisma de arrozal, ser alimento, de quienes los campos labran en jornal solariego, para dormir en el mar que besa la arena de Doñana, pues no se puede ser tierra mas mariana, que la que es bañada por el Guadalquivir, de agua serranas.**

La Virgen de los Dolores muestra la trasera de su bordado manto, despidiéndose del jueves santo. Al doblar la esquina de Muñoz Garnica, que la entrega a su templo desconsolado. Que la canta con piropo de fervor:

*Virgen mía de los Dolores,
Reina en la noche de Jueves Santo,
Bajo pórtico de san Ildefonso Santificado.
Ya comprendo tu dolor en llanto transformado,
Cuando miras con tus ojos,
A beneméritos hijos de verde olivo uniformados,
Alineados ante Ti,
Reina del cuerpo de la guardia civil,
Para elevarte plegarias,
Por el compañero caído,
En servicio altruista,
Por honor en su divisa,
Entregado hasta la muerte.
Cuando la mano asesina,
De un terrorista desarmado,
Siega a tus hijos e hijas,
De benemérito instituto uniformado,
La vida que Dios le ha dado.
Para servir en carreteras,
Campos y ciudades al ciudadano,
Que habita esta piel de toro,
Por el terrorismo etarra ensangrentado,
Dales tu protección,
Dolores de la guardia civil,
En la tarde de jueves santo.*

NUESTRO PADRE JESUS

Como ocurriera en la palestina de Tiberio, y su decreto de empadronamiento, todas las madrugadas de viernes santo, Nuestro Padre Jesús nazareno, convoca a las gentes de limpio corazón, a empadronarse en su registro de amor ancestral, para todo aquel, que presente en la noche Santa mas larga y deseada, por quienes contemplan a un Nazareno de larga cabellera, rostro de mansedumbre, y manos enceradas, que abrazan la pesada Cruz, donde habitan las ilusiones y plegarias de tanto jiennense, que justifica su descomunal tamaño. Tunica morada de cola, con amplia bocamanga con encaje de pureza, para un redentor de almas, que errante en su noche de pasión, arrastra tras de si, un mar de cruces y promesas, para romper con el alba, todo presagio de odio o maldad que pudiera anidar en el corazón del quien lo contemplara, al ver su divina mansedumbre aplasta, por el peso de la cruz. Lacerado por las espinas de su Real Corona, que ceñida a su majestuosa cabeza humana, nos impresiona cada madrugada. Al despuntar el sol, venido a contemplar su sobrehumano rostro, asomándose sobre los tejados de las casas de la ciudad que más ama al Nazareno. Reflejándose en sus potencias para mostrar su plenitud de gracia divina, su soberano poder sobre todas las cosas, y la sabiduría creadora, del Nazareno dolorido, que camina en su peregrinar hacia su camarín. Donde espera con su divina paciencia, durante el resto del año, la visita de tantos jiennenses que le rezan y le susurran al oído sus más hondos pensamientos.

Nuestro Padre Jesús Nazareno; “el abuelo”, confiesa todos los días del año a centenares de paisanos en su altar-camarín. Señas de identidad de la devoción que siente un pueblo, que postrado a sus plantas, venera y ora con el Dios verdadero, bajado del cielo, para custodiar nuestra mortal existencia. Podremos disertar y cuestionar formas y modelos, pero Nuestro Padre Jesús esta por encima de modas y formatos, es parte de la genética e impronta del jiennense, que lo conoce y contempla en su estampa del corazón, como la reliquia que es para todos nosotros, al ser Jesús Nazareno quien nos acompaña hasta el fin de nuestros días, avalándonos ante su presencia celestial, como juez supremo de nuestras almas. Basta con ver cuantas lapidas del Campo Santo “inscriben” su venerada imagen en ellas.

El abuelo representa el Jaén vivo, presente en la mente de sus moradores, frente a la quietud de sus monumentos y las piedras que lo sostienen, adormecidos en el tiempo. Jesús de los descalzos vive en los corazones de la gente sencilla, que no entiende de rituales, ni de catequesis ilustrada. Solo su figura basta, para

consolar al afligido, dar esperanza al desesperado, bajo este cielo azul donde nacieron los buenos hijos, que a El le rezan, para pedirle su consuelo al verse alejado de tan Sacro Nazareno.

Como todo buen jiennense, mi presentación ante el “abuelo”, la hice de la mano de mi padre, promitente del Nazareno y devoto inquebrantable a su venerada imagen, por aquellos entonces venerada en la Merced. La penumbra del templo, la capilla angosta y esbelta, parecía insuficiente para albergar al Dios de nuestros padres. Cubierto de leyendas y mitos sobre su origen, transmitida como canción de cuna, que recitan las madres de Jaén, al mecer a sus hijos para forjar en sus infantiles corazones, la devoción al Nazareno de barba bífida y labios entreabiertos, para exhalar el aliento que hace palpitar nuestros corazones. La mística popular atribuye a Jesús su origen sobrehumano, nacido en una casería del Jaén de huertas y aguas de torrente presuroso, como años de juventud, que escapa de nuestras manos. Divina sorpresa de los moradores del caserío de Nuestro Padre Jesús, al descubrir que la hospitalidad de nuestras gentes mundanas, tendrían la recompensa del Dios sanador de epidemias. Arca de la alianza entre Yahvé y los jiennenses. Morador de nuestras casas, impreso en almanaques de pared, o fotografiado, junto al elenco de portafotos donde se recuerda y venera a la familia y sus deudos.

Jesús esta en todas las casas, personas, corazones sencillos y devotos, de su bendita tierra del santo rostro, que El permitiera grabar sobre lienzo, para mayor gloria y conocimiento de esta ciudad milenaria.

Jesús de mi niñez y temores, a la presencia de Cristo hecho Nazareno, en oscura capilla solitaria y silenciosa, en nave catedralicia. Ante el maestro descendido de la cruz, sobre el regazo de su Angustiada Madre, o prendido a cruz en la capilla de la Buena Muerte. Educado para pensar sobre el castigo manifiesto del pecador, al cobrar vida las imágenes inanimadas de los retablos, me hacían estremecer ante la figura del Nazareno hospedado en la Catedral, cuya nueva presencia en este templo, hacia inevitable la visita de mi padre y mis temores a ella. **La chiquillería con la que me crié en las viviendas protegidas; fantásticos en relatos e historias de leyendas en el Jaén de los sesenta, sembraron en mí la convicción, de que ciego se quedaría, aquel que se atreviera a levantar la Sagrada Tunica de Jesús.** Como cierto era la existencia del lagarto del arrabal de la magdalena, derrotado en justa lid de San Jorge con el dragón, a la jiennense narrado. Mostrando el certificado de autenticidad, que supuso la piel de cocodrilo exhibida en las paredes, del templo matriz de la diócesis, hasta su desaparición.

Mi aprendizaje en la ciudad de los “cerros”, supuso el acercamiento a la generación de poetas del noventiocho, muy especialmente, al sevillano de sangre jacobina

y manantial sereno, Don Antonio Machado. Conocedor de los campos olivados de Jaén, en sus paseos primaverales por la vecina Baeza. De su adelantada pluma, nació un fotograma impreso en papel y tinta sobre la Semana Santa, que rezaba: “dijo una voz popular, quien me presta una escalera para subir al madero para quitarle los clavos a Jesús el Nazareno”, y yo les digo a ustedes: “que los hombres y mujeres de Jaén no piden escaleras, si no pañuelos de fino lino, para empapar el rostro de Jesús el Nazareno Divino”. El abuelo, grabado en los genes del buen jiennense, ocupa el lienzo de su corazón, que late al ritmo de la marcha que compusiera, el maestro Cebrián, para el acompañamiento de tan Sagrada imagen. Siendo el ingenio popular, quien dotara de estribillo, a la prestigiosa marcha de Nuestro Padre Jesús: “a pesar de ser joven, parece abuelo”. Marcha cadenciosa y solemne para acompañar al Jesús que itinera por la carrera, mecido con dulzura y mimo de sus promitentes, para no acrecentar su dolor, bajo el yugo de los pecados de la humanidad hecha cruz. Cuando era acompañado por el dramático y luctuoso son de la carraca catedralicia, presagio de una tarde de velo rasgado, y oficios de tinieblas para sepultar en debilidad, el cuerpo mortal del que todo lo puede. A la espera del tercer día de su promesa divina de Resurrección gloriosa, triunfando sobre la muerte terrenal y efímera existencia, del poder humano.

El balcón de Pilatos; da paso a la calle Parra, en cruce con Campanas, donde se asentaba la posada o fonda la “Parra”. Cuartel general de la legión romana donde se reunían los miembros de la centuria que acompañaba como muestra de arrepentimiento, al Divino Nazareno, la posada hoy día desaparecida, nos legó las habladurías populares que en ella se narraban, como la leyenda que les voy a contar: “todas las tardes de Jueves Santo, previa a la madrugada del abuelo, con las primeras sombras de la noche, se veía una silueta de estatura mediana y fuerte complexión. Rondar la mencionada calle y la lonja catedralicia. Evitando conversación y alejándose de la muchedumbre curiosa, para desaparecer a los ojos de los presentes, al acercarse la hora de la salida del Nazareno. Esta anónima silueta, pertenecía a quien hace mucho tiempo fuera capitán de la tropa romana, angustiado por lo hecho con Jesús en el Golgotha, al ver su divina naturaleza, pidió al redentor, salvar su alma inmortal, y servirle al Nazareno de Belén, para toda la eternidad. En su infinita misericordia, Dios, el abuelo, se lo concedió y lo hizo su cirineo, para que todas las madrugadas acompañe a Nuestro Padre Jesús Nazareno en su paso de procesión, ayudándole a cargar el divino madero de redención

El Jaén de buen corazón y santa devoción, reza maitines en la madrugada del Viernes Santo. Jesús de los descalzos, elevado sobre su paso, va caminando. Y Jaén en

su corazón engalanado, al abuelo clama rezando; en sus vivas de alabanza o en silencio de lágrimas derramadas, al santiguarse ante el Rey de la noche mas deseada.

Plegaria en la garganta de “Charo” López, al paso del Nazareno con su cruz cargado, seguido de su Madre de los Dolores bajo palio sevillano, tras la senda por San Juan mostrada, que sollozando en la soledad de su canasto dorado, sigue al Maestro con el madero cargado, en sus pasos hacia el monte calvario, cuando en la tarde de Viernes Santo, ese Jesús de divinos pasos, muera en la cruz del calvario, Jaén rezara llorando, por las esquinas de sus calles y plazuelas de piedras centenarias, hechas palacios o casonas blasonadas, para realzar su belleza milenaria, entre montes y olivos que la están escoltando. Arca para la alianza de un pueblo sencillo y llano que ora a los entrañables sonos de la marcha que compusiera Don Emilio Cebrián, para mayor gloria del Nazareno divino, que habito en el convento Franciscano.

Nuestro Padre Jesús Nazareno, que en todas sus madrugadas, hace el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, para dar de comer a tanta mujer u hombre de sincera promesa, que tras su paso, bajo el trono de su devoción o cera resplandeciente de luz en mano de promesa, acompaña al Jesús de divina mirada y semblante de mansedumbre cristiana.

*Jesús el Nazareno,
De presencia Divina,
Bajo su cruz camina,
Jaén le sale al encuentro,
Le grita:
“Dios mio, Nazareno,
De cara bendita”
Quien te cargara,
Con tu Santa Cruz,
Que los pecados quita,
Pues no seria hijo de Jaén,
Si no te grita:
“Bendito sea tu Rostro,
Que en Jaén habita”*

SANTO SEPULCRO

Jaén y sus habitantes, cansados por la emoción enlutada que acompaña al Nazareno de sus plegarias, que en su iglesia-camarín descansa. Cede sus calles silentes a nazarenos de romántica traza, con túnicas negras, doloridas por su orfandad, pues Cristo el Nazareno de bella estampa, ha muerto en San Juan, en la sexta hora que el velo del templo rasgara.

Cuando la puerta, que mira a la cruz desnuda del monte de Santa Catalina, se habrá para cortejo de fúnebre estampa, donde Cristo Muerto en cruz, el milagro de oír obrara, al converso de Dimas confesar, en Sacramento de penitencia, al Divino Sacerdote Redentor, sus malas obras mundanas, para en el ultimo halo de vida, “robar”, la gloria y el perdón para alcanzar el paraíso celestial.

Son las seis de la tarde, las campanas de la torre del concejo, tañen a muerto. Convocan a todo Jaén, para asistir al sepelio, de Jesús amurallado por hornacina de penachos encrestados, sobre columnas salomónicas, a modo de dorado palio de respeto. Que cubre a Jesús desenclavado de cruz, para que duerma el sueño eterno. Pues desconocen Nicodemo y José De Arimatea, que quien yace en tan hermoso sepelio, ha de resucitar al tercer día, como prometió el galileo.

La historia se adueña de la hermandad del santo sepulcro y siervos de Nuestra Señora de los Dolores. Pues vive esta congregación los avatares que marcan la existencia convulsa de su fundición. Hasta el asentamiento en la actual sede parroquial de San Juan y San Pedro, creciendo su acervo y prestigio a través de los siglos. Sus obras pías, que desarrollara el monte sacro de piedad a favor de los ciudadanos más desfavorecidos. Sus adscripción a la orden Servita con prerrogativas e indulgencias, propias de la orden tercera de los siervos de Nuestra Señora de los Dolores. El otorgamiento del título de Real, para respaldo y afianzamiento, del sacro y real monte de piedad asistencial. Nos deben dar una idea clara de lo entrelazado de esta Real Congregación, con la existencia e historia de los habitantes y parroquianos, de la por aquellos entonces, llena de vida, Iglesia de San Juan.

Pero dejemos la historia para los historiadores, y recordemos a esta Santa Cofradía de Viernes Santo enlutado, en sus ritos celebrativos de culto a sus titulares y la catequesis que representa su paso de misterio. La novena a la Virgen de los Dolores, en su transfiguración desconsoladora, por el llanto amargo del Rostro Virginal, más desgarrador de las dolorosas que se muestran bajo palio. Era un hervidero de mujeres enlutadas, con velo negro sobre la cabeza, cuello rodeado por estadal servita. Y platica de orador sagrado, que anunciaba las penas del infierno como plagas

bíblicas. Así recuerdo mis años niños, cuando acompañaba a mi madre Pilar a tan solemne novena.

Cuentan los libros, y las mentes privilegiadas como Luis Escalona Cobo (luesco), que esta Insigne Congregación, celebraba en plaza parroquial, el ritual litúrgico del descendimiento de Cristo en la Cruz, para ser trasladado al sepulcro, como Santo Varones de duelo, al paso itinerante de viernes santo. Cuando veo en televisión el llamado; pregón mayor de la Semana Santa, de la ciudad vallisoleтана, capital de la vieja Castilla, donde en su plaza mayor se congrega un piadoso y fervoroso pueblo. Quisiera imaginar que esto seria lo que aconteciera, en la irregular plaza de San Juan, repleta de fieles que asistían, en la tarde más aciaga de la historia, al sepelio del Cordero Redentor.

Transcurren los años, mi vida a su compás. Hecho un mozalbete, con estatura suficiente para aparentar, una edad que no poseía, ostente una vez mas, el privilegio de ser representante de mi joven cofradía del Perdón, en la enlutada congregación de San Juan. Ascender la empinada calle Ayuntamiento, que daba acceso al templo abarrotado de gentío, que trasegaba enseres y bancos, para proceder a la salida inmediata de la cofradía Sanjuanista, llamada así no solo por la parroquia, si no por el imberbe discípulo, amigo amado, del Maestro, con su escorzo quebrado para calvario de altar. Rodeado de sus heraldos bocineros, con sus vistosos trajes en colores a juego con nazarenos de barberola interminable en aterciopelado antifaz, que dejaba asomar cruz sanjuanista en juvenil verde, sobre capa de blanco radiante, para una tarde enlutada por el negro de las túnicas de sus nazarenos, y las elegantes capas negras de sus cargos de junta. Me condujo ante la presencia de su gobernador; hombre de cierta edad, pelo blanco, acusada estatura, curvada por el peso de los años. Y a la postre de dificultoso caminar, Don Juan Lozano perales, con rictus severo, casi victoriano, me recibió con un apretón de manos, me agradeció mi presencia, al recoger el saluda que yo le entregaba. Boquiabierto y ensimismado, recibí los saludos y buenos deseos, que don Juan lozano me transmitía, para su amigo Don Antonio Donaire. Procedí a reunirme con el resto de representaciones de hermandades allí presentes, hasta la hora de ocupar nuestro lugar en la procesión. Aquel gobernador de leyenda; Don Juan Lozano Perales, junto con otros, nombrados o no, son las caras impresas en la orla de promoción, de una postguerra de cofradías esquiladas por la barbarie y sinrazón, que destruyo un patrimonio que se hubo de reponer con el esfuerzo y sacrificio, de estos hombres, que no debemos de olvidar jamás. Pues ellos recompusieron y abonaron la fértil tierra cofrade del Santo Rostro. Sea para ellos, nuestro más sincero reconocimiento y homenaje, que Dios los tenga en su gloria; Amen.

Los acontecimientos que carga sobre sus espaldas la Congregación Pasionista del Sepulcro, tan dilatada en el tiempo, la ha sometido a las modas y gustos de las épocas vividas. Intentando consolidar un modelo que la haga sobrevivir en una tarde de Viernes Santo, donde nazarenos, mantillas y cargadores, son un bien esquivo, por el cansancio que se acumula tras cinco noches de emocionada devoción, que concluye con la larga madrugada de Jesús. Los esfuerzos de los hermanos mayores habidos en los últimos años, se han centrado en conservar, una presencia viva en la parroquia que languidez por la vejez, emigratoria de un barrio que se pierde como tal. La variación habida en la forma de cargar los pasos de esta cofradía centenaria, que cuenta con tres tronos, un recorrido de empinadas calles empedradas, como dificultades añadidas a las descritas anteriormente, producen una merma considerable en el esplendor, que debiera rodear, a tan magnífica congregación y la historia atesorada en torno a su Real fundación.

Cuando he tenido la oportunidad de gozar y escuchar, al maestro de la pintura jiennense contemporánea, Don Francisco Carrillo Cruz, explicarme como contempla extasiado el calvario que se eleva sobre el canasto tallado en Jaén, por Don Antonio Canales Rubio. Me sentí guiado, como si de una obra de arte museística se tratara, al apreciar detalles que se escapan a la vista de un observador profano, esta joya que podemos certificar su origen, como totalmente hecho en Jaén. Para una hermandad de Jaén, que ha sabido conservar a través de los tiempos, la seña de identidad y canon de belleza que podrían definirse como escuela barroca de la imaginería jiennense, no tan cuantitativa como la granadina o hispalense, pero sí con una calidad a la altura de estas renombradas cátedras de la imaginería religiosa. La detallada anatomía del buen y mal ladrón, descrita por la palabra de Francisco Carrillo, nos sitúa ante unas prodigiosas tallas, estudiadas en su más mínimo de talle anatómico, por quien esculpiera este calvario indisoluble en su manifestación pública. Acompañando la sobriedad de un Cristo clavado en la cruz, con su Madre desconsolada que mira al cielo, rasgado por hilos de nubes blancas, que se desprenden del firmamento, para trenzar el encaje que rodea su bello Rostro encerado, donde el hoyito de su barbilla, confiere más belleza si cabe, a esta Dolorosa que permanece postrada en silencio, al pie de la cruz, acompañada por un San Juan que le señala a su Hijo que prometiera la Resurrección, que se adivina próxima en el verde esperanza, de la sección Sanjuanista tristemente desaparecida.

La noche se torna fría y silenciosa, Cristo ha muerto por amor, camina sobre su sepulcro dorado, a modo de Copon barroco, que acoge su yerto cuerpo. Jesús reposa su divina muerte, sobre sudario de fino encaje, que enjuaga la sangre brotada, de su espalda azotada.

*Los estigmas de pies y manos,
Abiertos permanecerán,
Para testimonio de su resurrección,
Ante los incrédulos ojos,
Del discípulo tomas.
Que solo creará,
Cuando sus dedos,
Penetren por el costado abierto,
Por la lanza de longinos,
Creyente súbito,
En la divinidad,
De Cristo muerto por amor,
Al brotar la sangre sanadora,
Del costado redentor,
De aquel que en la tarde,
De viernes santo,
Muere solo por Amor.*

Jaén acompaña desde las aceras, el sepulcro peregrino donde reposa el Hijo de Dios, que buscan los jiennenses para consolar el llanto de la Madre herida, en su pecho, por la espada del dolor. De ver a su divino Hijo muerto-crucificado en el calvario, como vulgar ladrón, cuando la tarde se rompe en pedazos de tinieblas, por la ausencia del sol. Que oculta su rostro iluminado, al paso de Cristo sepultado entre encajes de almidón. Para no ver el llanto de una Madre desgarrada, que muestra su dolor, cuando la cera de su candelera ilumina la cara de pena y llanto de esta madre en soledad, bajo en palio de negra noche de Viernes Santo caminando, a los sonos dolorosos del esparto racheado por cuadrilla de arte y fervor, que la mece sobre sus cabezas, presas en la trabajaderas de tu paso enlutado de Viernes Santo, cuando tu soledad se acrecentara reflejada en la piedra labradora, del arco de San Lorenzo. Que estalla en luz de cera engalanada, para dar resplandor acogedor, a tu divina cara, Señora de los Dolores, Divina soledad enlutada, pues tus siervos te quieren engalanada, para mitigar tu dolor, en esta noche aciaga, Virgen de dolor, Virgen solitaria, acoge a tus hijos desamparados, por el infortunio de esta vida apresurada, que buscan lejos de tu divino llanto, lo que este mundo les negara: Paz y sosiego para su alma (D.J.A.C.).

La noche se pierde por las callejuelas que desembocan en la calle Almen-dros Aguilar, antesala del cantón de la ropa vieja, tan propio y típico del Jaén que

arranca de las faldas del cerro de Santa Catalina. Para ganar altura, en las calles que circundan el sagrado cerro. El sendero que recorre Jesús, adormecido entre las cuatro paredes de su urna amortajadora, se acerca a su final. Buscara el reposo de un templo cargado de historia, para la espera de la mañana, en que se cumpla su palabra; de levantar en tres días el templo de Jerusalén, destruido en la Cruz.

LA SOLEDAD

La luna curiosa, que asoma su rostro en la noche del mayor dolor, no parpadea con nubes que cubran su resplandor. Quiere ver a cristo yacente, sobre su lecho de muerte, despojado de honor, vencido en la horizontalidad de su cuerpo maltrecho por el flagelo, los clavos y la lanza, de su costado, que robo el último aliento al redentor. Cristo muerto, desplomado sobre su lienzo sagrado, que testimonia su pasión. Pues en esta tierra santa, donde habita el rostro de dios, la reliquia de la sabana santa es creída con fervor, por este pueblo que conserva con orgullo y devoción, la impronta del rostro, de aquel que muriera implorando, para sus verdugos; "perdón".

Tarde de Viernes Santo, la historia, la tradición, el ser mas profundo de Jaén sale en procesión, paseando solemnemente con recogimiento, con silencio caminante ante cristo yacente que es llevado a enterrar, por un pueblo cristiano que se santigua al verlo pasar, por que sabe y comprende, que es cristo el que ha muerto por ellos y para ellos, cuando lo ven pasar, abatido sobre su paso en madera y metal. Son tus cuatro faroles, puntos cardinales que indican tu procesionar, cuando la noche oscura te quiere abrazar, para que estrellas del cielo, acierten a bajar, para cubrir tu cuerpo semidesnudo, frío sobre mármol sepulcral, con el calor de su luz celeste, que al sol han de robar. Para en alfa de domingo de resurrección, poder iluminar, la grandeza de Jesús resucitado en san Ildefonso un año mas.

La pasión de Jaén, se presentaba a un pueblo piadoso y obediente sobre sus tronos de ruedas. Jaén inmóvil, de sillas sobre acera, de aceras enlutadas, por las velas y mantillas sin peinetas, que visitaban monumentos de vigilia y abstinencia celebrada. Jaén todo enlutada, en la tarde noche del Sábado Santo, para que María, tiste y solitaria, la cruce presurosa de negro ataviada, buscando el regreso al cobijo de su templo. Tanto se apresuro, la que bajo palio azabache caminaba, que el Sábado Santo, huérfano de procesión, para tristeza y desamparo de los jiennenses enlutados, que se preguntaban, sin llegar a entender porque María la solitaria, la angustiada, la que nunca fallaba a la ultima noche de procesión, que los jiennenses presenciaban, dejaría su soledad encerrada, para que el vacío, la nada, la ocupara.

Las reformas litúrgicas habidas en la celebración de la pasión y muerte de Jesús, dejo un hueco agridulce para el cofrade del santo reino. La pérdida de María, celebrada en su soledad, en la noche de Sábado Santo. Cuando la alternancia hacia protagonista a María enlutada, en riguroso duelo de su noche de sabatina a extramuros eclesiales no cantada, para el día mas mariano de la semana.

Pero el Jaén cofrade y sus buena gentes; amantes de las costumbres heredadas, supo catalizar la reforma del triduo pascual. Concentrando todo el luto pasionista de Jaén, en la jornada del viernes santo. Con su nazareno carmelitano, de noche opaca, que busca el alba. Para tarde de luto guadaña, cuando la muerte se apodera de San Juan y san Ildefonso, que paren desde sus entrañas, a cristo muerto en la oscuridad del sepulcro, para que Jaén lo vele en silencio y plegara. Cuado Cristo yacente, apresurado se le entierre, al acabar el día de la parasceve.

Mis infantiles recuerdos se mezclan en mi mente, con mis primeras procesiones vistas en compañía de amigos en "pandilla" juvenil. Huérfanos de presencia paternal para callejear a nuestro antojo. Buscábamos las calles estrecha y rectilíneas del barrio de san Ildefonso, donde la escasa luz publica se ridiculizaba, con la ascua incandescente, que era la candelaria eléctrica de la virgen sobre su inexpressivo caminar a ruedas, con un palio negro noche, contrastaba con el blanco adamascado del techo palio, que acrecentaba la reflegencia de sus vela eléctricas, al recortar, sobre las paredes encaladas, la silueta de sus diez varales salomónicos, portadores del palio que la hiperdulía a María.

El navegar por la calle tableron, afluyente a virgen de la capilla, sorteando nazarenos de negra capa, chiquillería sentada en los bordillos del acerado, y algún que otro policia armada, de mirada inquisitoria. Nos condujo a contemplar un hecho insólito para mis ojos, y los de mis amigos, así como la de los presentes en las ordenadas sillas de esta ancha calle, que de no ser por su cortedad, podría llamarse avenida de la patrona. Allí, acostado sobre su faldón derecho yacía el "carro" procesional de la piedad de María y su hijo muertos en su regazo. En el se afanaban; "mediometro" y su hijo José, intentando solucionar lo inevitable; la rueda delantera derecha se había salido de su eje, y el trono no podía continuar el desfile procesional. Fue abandonado a la puerta de cubero prácticamente, el cortejo de negro raso, siguió su itinerario establecido por calle rastro. Maria, una vez más, fue soledad en la noche en que su hijo yacía sobre sus brazos.

Por esos años descritos, el amigo de mi padre: Don Sebastian Barajas López, sufridor en las glorias y decepciones, compartidas con mi progenitor, sobre el hormigón del viejo estadio de la victoria. O en las noches de animada tertulia, celebrada en la trastienda del almacén de coloniales y viandas, que regentaba su común amigo Don Eladio Silva López rodeado de amigos, ejerciendo el democrático derecho de opinión, eso si, a puerta cerrada. Ocupaba un cargo de responsabilidad, el bueno de Sebastian Barajas Moreno, en la pontificia cofradía que nos ocupa, sabedor de mi agotable sed cofradiera, afición por el caperuz hecho en casa cámara, o la emoción que suponía cuando la banda de la cruz roja al mando del brigada don Rafael, amenizaba

los inicios y descansos de los partidos del Real Jaén club de futbol, con sus floreadas marchas cornetas al redoble del tambor. Me ofreció el salir de nazareno, con vara de alcalde, en la procesión de la soledad. La intervención de mi padre, aseverando mi única afiliación a la cofradía de la virgen de la esperanza, como hiciera con mis dos hermanos. Trazo aquella noche mi rumbo cofradiero.

La crisis, no la de ahora, la de los años ochenta, hirió a esta nobiliaria cofradía de gravedad. La negación de sus dirigentes a evolucionar, a no ceder el testigo a nuevas generaciones, la postro hasta tal punto, que unos años mas tarde, no procesionaria por las calles de Jaén. Hasta que el tesón y empuje de un grupo de jóvenes "capillitas" rescato esta cofradía prosapia, para gloria de Cristo y María. Rescatándola del ostracismo cofradiero en que la había postrado sus últimos dirigentes y su cerrazón a admitir lo inevitable.

La modernidad y el trabajo bien hecho, anduvo remozando los pilares y cimientos de la congregación pasionista, que dotaban de unas señas de identidad a acorde con su origen y austeridad enlutada, en el marco tétrico del viernes santo tarde. Su estilo ha cambiado, para bien, de la mano de sus últimos hermanos mayores. Pero quiero detenerme en la persona de Doña María de los Ángeles Casanova primera mujer que accedió a dirigir una cofradía de pasión, por su entrega y compromiso con la semana santa y los valores que representa. Vaya para ella, y las señoras y señoritas, que forma "pina", en las actuales juntas de gobierno, mi mas admirado reconocimiento, pues a las mujeres se debe en muchos casos, la capacidad de apostolado y caridad, que ejercen las cofradías, en esa "Semana Santa", anónima e intangible de las vocalias de formación y caridad.

Jaen tiene sus peculiaridades cofradieras, que la definen en conjunto, y la inherentes a cada hermandad, que la matiza y distingue del resto de sus hermanas de fe. Las imágenes de san Juan, presentes hoy dia en casi todas las cofradías de pasión, fue una constante en decadas pasadas. La proliferación de pasos de misterio, asi como la creación de grupos jóvenes, donde el discipulo amado, entregado en adopción a maria, por el mismo Jesus. Forma parte de la escena costumbrista, conmemorativa de la pasión, asumida voluntariamente, por el redentor. Pero la pontificia y real cofradía, que conmemora a Jesus en su transito hacia la resurrección, que procesiona de nuevo cuño, bajo un palio equilibrado de cajon. Donde el exhorno resalta el dramatismo dulcificado, de una dolorosa abandonada a su solitaria presencia, sobre su, cada dia, mas decimonónico paso de palio. Podria componerse una estampa que repetida en dias anteriores, supondria una belleza compositiva de gran valor catequético. Pues la talla de san Juan, varonil y dialogante, parece salido de la gubia de don Juan abasacal, para que como indican los evangelios, ser hijo que abandonara a su madre, tras la cuarta

angustia sufrida por María, al ver a su hijo clavado en la cruz. Y serle fiel consuelo le peana de su soledad, hasta la ascensión en cuerpo y alma a los cielos, para ser coronada de gloria por la Santísima Trinidad.

La mística del viernes santo, los conocimientos de los cofrades de hoy, han llevado a esta hermandad a una estética uniforme, llena de tópicos enlutados, en torno a sus imágenes sagradas. El cuarteto de viento madera, en la delantera del yacente, como música de capilla errante que acompañan los susurros del esparto costalero, racheado sobre el asfalto enlutado. Confiere una estampa de recogimiento sobrecogedor, a quien contempla a un Cristo yacente, derrotado efímeramente por el martirio de cruz. Acompañado de sobrias sombras nazarenas, en que se convierten sus hermanos penitentes, al discurrir por angostas calles de la feligresía de san Ildefonso. Que arrojan el cortejo fúnebre de Cristo, pues cuentan los evangelios apócrifos, que dieciocho fueron los asistentes al sepelio de tan santo varón de dolores. Convirtiendo a su madre en eje vertical, de una fe que se forjaría, en la mañana en que el sol fue eclipsado, por el resplandor inmaculado de Dios resucitado, para ascender al ser humano, a la categoría de Hijo de Dios padre, por la mediación universal de María en su soledad.

Son las vísperas del sábado glorificante de la pascua de resurrección, Jaén adormece de su sueño centenario en torno a la pasión del redentor. El cofrade se entristece con María, por la pérdida de su mano, que le ayudara en la larga travesía, del desierto, que supone la espera del gozo en sí mismo, cuando la semana santa, vuelva a llamar a sus corazones, con el llamador de la esperanza, de haberse hecho acreedor al favor de Cristo y María, para que vuelvan a santificar esta ciudad, noble y leal, de Jaén.

Las cofradías son el oráculo de Yahvé, en el siglo veintiuno, presencias viva de la pasión de Cristo, de su entrega por los demás, del dolor que atenaza al ser humano, cuando no es libre de obrar por amor, sinónimo de corazón para con los demás. Condicionado y desposeído de su esencia humana, por unos valores que alteran el comportamiento digno que nuestra naturaleza entraña. Creyentes o no creyentes, la distinción entre el respeto y la preservación de la vida como único tesoro que los seres humanos poseemos, desde la desnudez de nuestro nacimiento. Ha de ser un punto de encuentro, para la tan manida y tópica mejora de nuestro mundo, donde el ejemplo de Cristo hecho hombre, al margen de su divinidad para el no creyente, es incuestionable ejemplo por su proximidad, consuelo y defensa del débil, pobre, marginado, frente al yugo impuesto por el hombre, para doblegar al hombre. Cristo es verdad y vida, como futuro para este mundo enfermizo sin valores y ejemplos a imitar.

EL RESUCITADO

El Domingo, día del Señor, tiene en semana santa el privilegio de madrugar, más que el sol. La tiniebla oscura que sumió al mundo, en la ceguera más absoluta, al morir Cristo. Esta a punto de ser fragmentada en más de dos mil pedazos, por el redentor cuando su imagen viva, purificada, glorificada, en ascensión sobre el sepulcro mundano, donde el profetizo, que al tercer día de su muerte resucito.

María, anunciada por sus amigas, que visten en blanca mantilla su corazón, acompañan a la madre del salvador, a contemplar un sepulcro vacío por gozo de su sagrado corazón, en la mañana que San Ildefonso, repica campanas, anunciando la victoria del redentor.

La cofradía del Señor Resucitado y María Santísima de la Victoria, surgen desde la nada, como Cristo se eleva sobre el sepulcro vencido, cuando su filiación a la agrupación de cofradías de aquellos tiempos, suponía la ausencia de cofrades propios. El caos de unos nazarenos multicolor, sin orden ni control en la mañana que Jaén despedía la Semana santa. Sin María gozosa en su paso. Con abundantes trajes de chaqueta en presidencia de honor, con el Real Jaén de hermano mayor, que necesitaba los favores divinos, más que los puntos, en la clasificación. Mi asistencia como alcalde de tramo a la multicolorista procesión del resucitado, fue una constante en mi niñez y madurez, donde tantos nazarenos de infantil estampa, formaban largas filas de chiquillería inquieta, que saludaban a su paso, con sus desnudas manos, a cuantos familiares y conocidos encontraban en las aceras del recorrido.

Sucumbió la agrupación, a la revisión del tiempo y su avance imparable. Las dificultades que se vivían en las cofradías de los setenta-ocho, no hicieron sino acuciar la necesidad, de hacer de la imagen que tallara, Don Rafael Rubio Verina, titular de una cofradía que generara sus propios recursos y desarrollara una labor de apostolado, dentro de la parroquia de san Ildefonso, pues el caminar del resto de cofradías, comenzaba a dar sus frutos. Una vez más, el milagro se produjo; la agrupación cede la imagen aligerada de Jesús Resucitado, procesionando sobre el paso amablemente cedido, por la cofradía hermana de la Vera-cruz, sobre el que se procesionaba la Oración en el Huerto de los olivos. Comenzando la nueva andadura, de la que sería, la última cofradía fundada sobre antiguas reglas o estatutos de hermandades desaparecidas al culto. Con imágenes no creadas, para la advocación de nuevos titulares, hecho expofeso para la cofradía patrocinadora.

El entusiasmo de un gran hombre, pequeño en estatura, con una sonrisa perenne en su boca, capaz de levantar el ánimo a la dolorosa de sus amores. Transmitiendo ese rostro de mozallete ilusionado, a la virgen que el custodiara, con tanto amor de hijo. Que se convertiría en su luz y guía, para hacer prodigio de la mañana radiante del domingo de resurrección, la más digna cofradía que al amor de un pueblo, edificara a Cristo y María. Don Luis López morillas, “luison”, para la chiquillería jaenera, se convertía en el primer hermano mayor de esta nueva cofradía, de Cristo con patina morena, por el sol radiante de primavera, que su piel curtiera en la mañana del resucitado venerado. Una joven madre de rostro, polichinela, de blancos ropajes, para burla de la parca eterna. Pues sonrío por aquel, que a la muerte venciera.

Luis rodeado de sus fieles discípulos, construyeron, desde la sencillez y la humildad, con los mimbres que Dios les diera, una hermandad que todo careciera, menos del trabajo sacrificado de sus noveles cofrades en blanco dorado. Que construyeron con sus manos, la dignidad de unos enseres y pasos, para engalanar a Cristo y su Madre María, en la procesión luminosa, que arranca el protagonismo al astro rey, cuando por la carrera oficial, la resurrección del divino maestro, se mece sobre alma femenina y coqueta. Que son mujeres, más de tres Marías, quien a Cristo rescatan, del sepulcro empedrado, de san Ildefonso. Para gozo y disfrute de un Jaén hastiado, de tanto dolor clavado, que resucita con su Cristo elevado, sobre hombros de madres que a “luz” han dado, la gloria y el triunfo a Jesús Resucitado. Luis morillas ocupa, el cargo de fabricano general de la agrupación de cofradías. Un puesto de suma responsabilidad y poco lucimiento. Pues no mandas a cuadrilla costalera, ni tañes campana que fervor levantara, ante los ojos de tus conciudadanos. Quiero reconocer el esfuerzo a los hombres que hacen, que la infraestructura cofradiera, se haga presente en las calles de Jaén. Anunciando la inmediatez de la semana mayor. Desapareciendo a la vista e incomodidad, de una ciudad que despierta con la resaca de una semana vivida intensamente, como si un sueño efímero hubiera ocupado sus pensamientos. Personas como Don Félix Civantos y Don Emilio Ramírez, hicieron de mi vida activa, como de las necesidades surgidas, en la custodia de tronos depositados en el almacén agrupacional. Un servicio y disposición permanente a todas las cofradías, y la mía en particular, alerta a las necesidades que surgieran, cuando las hojas del calendario, atrapaban el trabajo en fabricanías cofradieras, como el papel lo hace con la tinta.

Las peculiaridades, van salpicando la reciente historia cofradiera, que se deposita sobre las advocaciones de Jesús resucitado y Nuestra Señora de la Victoria. El paso de Cristo, en evolución constante, ha creado un formato propio, original.

Donde se mantienen unos respiraderos, dorados que atesoran el paso de la resurrección. Con capillas laterales que rompen el recto molduron, donde se refugian apostolado policromado, que emulan al de la expiración. Sobre el que se levanta sepulcral catafalco. Escoltado por místicos querubines sedentes, que guardan la gloria de Dios, que se eleva sobre su lienzo sagrado, en abrazo acogedor, para un cielo que le mira en el día en que ha resucitado. Los cuatro blandones en talla dorada, sobre los que se encarama la cera tiniebla derramada, por el juego incesante de la llama, que consume pabulo de algodón trenzada. Son notarios silenciosos, de que Jesús vive, resucitado como su palabra, cuando toda alma cristiana, se regocija en el mañana, que Jaén le grita: Aleluya, aleluya, el señor vivo nos visita en esta mañana.

La belleza de la mujer jiennense, es exaltada por la mantilla blanca, que luce cuando acompaña. A María de la Victoria. A tras queda el negro elegante del luto, que acompaña a María en sus siete espadas de dolor. La luz anuncia la venida de la primavera, donde el mayo mariano, estallara en arco iris de rosas, vistiendo de capa nazarena, las flores que alzan los campos por amor, a la Madre de Dios. Esta hermandad nazarena, que sonrío su pena que regalaba a María victoriosa, de la espuma de mar, que forma su encaje cuando a su divina cara, se acerca para bañar, esta advocación tan malacitana, como su manto de flor natural.

*Victoria te llaman tus hijos costaleros,
Sobre los que caminado vas,
Cuando por la mañana te sientes soberana,
Sobre tanto costal.
Tu rostro sincero,
Lavado de lágrimas en cristal,
Tú cuadrilla,
Te acerca al cielo,
A la voz del capataz.
Al golpear el martillo,
Sus corazones en cada levanta.*

Mi amigo cofrade Don Domingo Vilches Cabrera, “Dominguin”, bajo la trabajadera de su otra devoción; Jesús de Perdón. Compartió, como yo, la responsabilidad pública, de alentar en la trasera de paso, una cuadrilla que trabaja por amor, pero que necesitan de los ojos y voz, de quien los guíe con respeto y consideración. Para hacer un arte de la entrega bajo la trabajadera, que mece con su cuello dolorido, a la Madre de Dios. Con cielo azulado, como único palio, que cubre a la Señora de

radiante manto anacarado, cuando dobla esquina, en busca de su amado Hijo Resucitado. Al son de músicos maestros, que interpretan a la perfección, la música que a María y sus costaleros alegra el corazón.

El manto de la Virgen de la Victoria, va clausurando al pasar, las calles cofradieras que no se han de volver a pisar. Ella y su sonrisa eterna, son el fin, la omega, de una semana intensa. Los templos se abarrotan, las calles se llenan, de buena gente que reza a sus devociones. Jaén ha consumado la pasión eterna, que acerca Cristo y María, a su pueblo que en la acera espera; ver pasar solemne a quien en cruz muriera. Clamando al cielo por esta buena tierra jaenera, que pinta sus olivares de verde-plata para la escena. En que Jesús Nazareno sube al Golgotha de Santa Catalina, con su cruz a cuestras, para ser clavado en blanca cruz de piedra. Contemplando esta ciudad, que a sus pies durmiera, como a discípulos en huerto de olivos les ocurriera. Por ello: mujeres y hombres de Jaén, mirar cada mañana, a la cruz que nos preside desde su montaña. Ver a Cristo en ella clavado, pero si la veis vacía al alzar vuestra mirada, es que Cristo el nazareno, de misericorde mirada, ha resucitado en nosotros, cada mañana.

FUTURO

Lo hablado hasta aquí, puede ser un Evangelio apócrifo, de lo que mi memoria alcanza a retener y mis ojos permitieron ver, durante casi medio siglo. Creer ver el futuro, intuir lo venidero, es sumamente difícil y arriesgado. Los tiempos que nos han tocado vivir, son volubles y efímeros, como humo de incienso. Pero creo que piso en firme, si hablo de un futuro ligado a la palabra: Pro-hermandad. Sinónimo, para mí, de juventud. Cuando observamos nuestras Cofradías y Hermandades Pasionistas, contemplamos un mosaico de sensaciones y colores que las definen. Las cofradías antiguas, las del negro luto sobre sus túnicas. Con tradición oral y rito de leyendas, pasadas de boca en boca, por generaciones de jiennenses. Las cofradías de postguerra, si de postguerra. Cuando nada existía y todo tuvo que hacerse. Escasos medios, donde todo era utilizable, para consolidar un modelo no definido de estilos y enseres. Los colores vivos y mezclados de sus túnicas nazarenas. Contrastaban con las imágenes de poderosa sobriedad en su talla policromada, que reemplazaban a las destruidas en la guerra. Se escribe de ellas, casi las alcanzamos con la memoria, en su lozana existencia. Por ultimo las modernas, como si en cofradías algo se pudiera inventar, fundadas recientemente sobre el neoclasicismo del formato sevillano, que tanto influye en el ambiente actual. Mostrando una estética cuidada, preciosista en todo el ritual, que rodea a la “hermandad”.

Pero han de ser las pro-hermandades, quien por necesidad, busquen acomodo entre sus generaciones, para poder alimentar, la presencia de jóvenes cofrades en sus nominas y oficios. Al amparo de la fidelidad evangélica a Cristo y María. Con una presencia cuantitativa y cualitativa, en la Parroquia o sede fundacional, de la mano del capellán. Que recuerdo mas grato nos queda de lo vivido, en toda España, con la jornada mundial de la juventud. En particular en nuestra ciudad, con el Via-crucis publico, que las cofradías y hermandades como nadie supieron organizar. Con sus grupos jóvenes enmedallados, como alguien en sus cortas luces nos reprochaban, en prensa hace tiempo ya, dando testimonio de fe y fidelidad, a la iglesia a su santidad y a Cristo y María. Compartiendo confesión y eucaristía, en la grandeza de unas jornadas, de misión. Que demuestran que las cofradías son dignas puertas de ingreso, para los jóvenes en la iglesia universal. Por ello animo, con sincero entusiasmo a la juventud de nuestras cofradías, que transmitan en un bis a bis, cuando celebran sus reuniones lúdicas, hablar de la vida interna de las cofradías. La solidaridad de las campañas de alimentos, las bolsas de caridad, para ayuda del desvalido. Las visitas a geriátricos y residencias de ancianos, con mayúsculas, los campamentos de verano, para no olvidar

la formación. La atención a los infantiles y geniales “locos” bajitos, que son nuestros niños cuando corretean por las salas de catequesis parroquial. Hablar a vuestros amigos y amigas de la solidaridad que se vive en el día a día de nuestras hermandades. Pues el corazón de los jóvenes, esta lleno de buena y sincera generosidad, para con los demás. Solo hace falta que lo sepamos estimular. No lo ahuyentemos con nuestras exigencias de iniciados o elitista formación. Mostrémosle primero nuestro buen ejemplo, luego démosles catequesis. Que no estamos en disposición, de excluir a nadie que acuda a nosotros, también puede estar buscando a Dios, si queremos los cofrades participar en la nueva evangelización. (D.A.P.Y.C).

Mi amigo y discípulo “Juanfra” López Pareja, con su hiperactividad creadora de artista, con su saber cofrade, no en balde corre por sus venas sangre de la estirpe de los hermanos López. Es un claro ejemplo de la capacidad que tiene nuestra juventud, de acometer una vida en oración comprometida en Cristo y María, como modelos de existencia para ellos. El grupo parroquial de Jesús Cautivo y María Santísima de la Trinidad, tutelado por Don Francisco Carrasco Cuadros, presbítero y cofrade, es el dualismo que ha de regir las inquietudes que surjan, me consta que las hay, para la creación, no de nuevas procesiones, si no de auténticas hermandades, como comunidades de fe y acción parroquial. Pues si los niños desaparecen en gran número, tras la primera comunión, de nuestras parroquias. ¿No podrían ser las cofradías y sus integrantes, “catequistas” en la continuidad formadora de sus personas?. De momento la juventud merodea en torno a las hermandades y sus apéndices. Aprovechémoslo, no perdamos el ímpetu en reclamar su presencia, salgamos a su encuentro, como hizo Cristo el buen pastor, al buscar fuera del rebaño a la oveja descarriada.

Pidamos por ello al cielo que convoque Cabildo extraordinario, que presida la Santísima Trinidad, que la Santísima Virgen María haga de abogada intercesora celestial. La proclama la dibujara Alberto Sánchez Estrella y su plumilla magistral. Crónica escrita por Isidoro Martín Portugués. Acta levantada por secretario de regios principios morales, que firmara como: Rafael Ortega Sacrista, expiracionista, “nada mas”. Juan Cantero García, el atril montara. Juan García Carmona, en mano citaciones entregara. A cofrades que por el cielo deambularan, a la espera de esta asamblea extraordinaria celestial. Cuando todos los que murieron con su túnica de hermandad, suban al cielo para gozar, de aquello que en su Jaén de amores, supieron conservar, para gloria de María y Cristo, cuando en Semana Santa sobres sus pasos, salen a caminar.

Cofrades del presente: ser la “pez”, sobre la que se ha de extender, la fina plata del futuro cofrade. Dejar que la mano de Dios orfebre, guíe el buril que cincelara, con el mazo de su sabiduría, el hombre cofrade del mañana.

EPILOGO

Aun cuando faltan siete días para que la primera Cruz de guía, se plante en el dintel de la puerta de Belén y San Roque. Hemos hablado de Cristo y María. Como si estuviéramos contemplando algo que ya ha acontecido en nuestra mente. Porque pregonar la Semana Santa, es hacer aflorar nuestros recuerdos y sentimientos. Que nos guían, o nos han guiado, como norte existencial, por amor a nuestras tradiciones que perduran por encima de modas, tendencias o cambios. Siempre habrá que se conmueva ante una dolorosa, un Cristo sangrante, o la piedad que despierta en nosotros la vida, pasión y muerte de Cristo. Mientras haya cristianos cofrades, existirán las cofradías. Con más o menos boato, pero con la entrega desinteresada de hombres y mujeres por mostrar el valor catequético de unas imágenes, que acercan a personas alejadas de Dios a la reflexión o arrepentimiento, de aquello que su conciencia no puede ocultar. Nos quejamos de que se quiere esconder a Cristo y su sufrimiento, a los ojos de los seres humanos. Que el ámbito privado es el lícito para alabar a Dios. Que debemos recluarnos en nuestras iglesias para no herir otras sensibilidades. Que la voz de nuestros pastores, no han de trascender los muros de nuestros templos. Pues recordemos lo que dice el evangelio de San Lucas en el capítulo diecinueve “os digo que si estos callaran, las piedras clamarían” las cofradías son el grito que alaban a Dios por las calles, mostrando la viveza del evangelio, con sus actividades y vocalías a favor del prójimo. Tenemos plena vigencia en el mundo de hoy, a pesar de nuestro pasado centenario y tridentino, pues conectamos con un pueblo que necesita ver para creer.

La Semana Santa, que se adentra en nuestros corazones, esta a punto de estrenarse un año más. Cristo su pasión, su muerte, en compañía de su bendita Madre Inmaculada son protagonistas de nuestras calles y plazuelas, para hacer presente su divinidad humana, pues la mano del hombre las tallo, pero solo Dios les concedió, el don de ser veneradas, a quienes los contemplan limpios de corazón. Nos quedan por vivir la Semana santa de las celebraciones litúrgicas en los templos, los Sagrados Oficios. Que nuestras cofradías y sus procesiones sea la prolongación de la liturgia de la Santa Madre Iglesia. Pues en Cristo creemos, al El adoramos, y en su nombre procesionamos su sacrificio el la cruz, que redimió al mundo.

Las palabras pesan en mi boca y en sus oídos. Nuestro recorrido cofradiero, por su historia mas reciente, en recuerdo de quienes nos transmitieron su ejemplo y trabajo de ser cofrades, todos los días del año, y no una semana al año va buscando el cobijo de su fin, pues la cera de la candelaria que aviva mi corazón, ha derramado toda su devoción a Jesús y María. Ya no me quedan mas lagrimas en palabras que derramar,

por ver a Cristo en su misericordia morir en la cruz. Cuando contemplo su Clemencia para que con quienes le dieron Buena Muerte en la redentora cruz. Expirando, para yo valerme, de tu bendita redención. Cuando te contemplo en el calvario clavado en la Vera-cruz, muerto por amor a los hombres y su salvación. No dejes yacer mis sentimientos, cuando te descienda de la cruz, para asolar el regazo, de tu Pura Madre que te concibió, como hombre de humilde condición. Jesús nos espera en su pasión, habrasmole nuestro corazón, pues lleva mas de dos mil años esperandonos. Llama a nuestro interior, con el ejemplo de sus santos y beatos, que nos muestran como se alcanza a Dios. Imitemos a Teresa de Calcuta, Beato Juan Pablo Segundo, a Manuel Lozano Garrido “lolo”, en su entrega y oración. Sacrificio bajo la trabajadera y en el corazón. Plegarias de cornetas y tambores, para pentagrama de vida hacia la salvación. Mantilla y peineta, que elevan al cielo la bendita condición, de ser madre por amor. Nazarenos de negra tunica, inmaculado corazón, que cubren su rostro, para estar más cerca del redentor. Doy gracias a Dios por permitirme narrar este pregón, que no es nada mas, ni nada menos, que su ejemplar vida, que nos redimió, con su pasión. Maria con su carita de pena jaenera, llora morena, lagrimas de pena, sobre su verde olivar. Que levantan tus hijos, con los corazones, para alfombrar, esta tierra soberana del Santo Rostro de Cristo, que impresa nos quiso dejar, para hacernos cristianos de buena voluntad, gritando como rosa de los vientos; que la semanas santa va a comenzar.

Este digno auditorio cofrade, o no cofrade, me permitirá, que una vez más, mire al cielo para aclamar: que Jaén es cofrade por voluntad, de sus buenas gentes, que saben entregar, lo mejor de cada uno, para poder cada día obrar, el milagro de caminar en este mundo de paro y crisis que vivimos en la mañana de cada despertar. Cristo y Maria; libranos del mal, no nos dejéis caer en tentaciones, para no hacer el mal. Darnos la voluntad de ganar nuestro pan, para compartirlo con los demás, como tú lo hiciste en tu cena sacramental. Y no nos dejéis olvidar que este, el reino terrenal, que tu nos entregaste para vivir en paz. Hasta ser llamados al cielo a tu presencia paternal, como María mediadora y abogada universal, de quienes sabiéndonos pecadores, no queremos renunciar, a tu clemencia, para poder alcanzar, la gloria celestial.

El día se alarga en su luz, en Jaén ya se huele a Semana Santa. En las nubes de incienso, que se elevan en los altares de las parroquias, en cultos cuaresmales. En el sabor de los tornos conventuales, cuando despachan magdalenas de abstinencia, en viernes de chocolate y ochio para no pecar. Cuando en casa huele, al rojo pasión, del tomate que cuece “asceta” bacalao de vigilia, en comunión. El obrador en tahona eleva, el cruciforme hornazo, de bollo alargado, a la categoría de mana, para un pueblo sencillo, de vigilia y abstinencia guardar. Cuando el huevo se hace arca, de almadraba, para en su interior atún llevar. La espinaca prende su verde hoja de lunares de legum-

bre, que juega en sabrosa sal, cuando el bacalao la corteja en el mar de la olla puesta a calentar. Mientras la torrija pleitea, con el arroz con leche, que paladar inundar; si el del blanco manto de nieve o la azucarada superficie tostada del pan. Todo huele a semana de pasión en esta tierra santa, que divide su corazón; entres santuarios marianos que en mayo florece su fervor, o la sobriedad de muros empedrados, para albegar, Cristos angustiados por el dolor de una espalda flagelada, que recibe la carga del madero santo redentor, donde cristo es clavado mostrando todo su desnudo dolor, a esta tierra, que su rostro tiene por emblema.

Este pregonero al observar tanto rostro conocido, o anónimos hasta este momento. Quiere recordar los primeros pregones a los que asistió. Finales de los setenta, en los salones de nuestra diputación, no en balde tanto tuvo que ver este magnifico edificio, con las cofradías de esta ciudad, hasta la desamortización. La gran balconada central, de vidriosas puertas, que aíslan del exterior, enmarcaba un coqueto salón. Al que se accede por la sobria escalinata interior, tras franquear las esbeltas puertas, que custodiaban policías armadas, de servicio en la comisaría que albergaba, en su interior palaciego. Los bancos de granate terciopelo, era sitial de un escaso publico, que relajado esperaba la presencia de Don José Gómez Zorrilla presidente de la agrupación. Escasos gobernadores de cofradías se encontraban en su interior, recuerdo a caras de insignes cofrades de la época, como Don Juan Lozano, Don Rafael Ortega, Don Manuel Cañones, los hermanos

Cancio, y otros que por la falta de medios informativos, de aquella época, nadie plasmó, salvo que ortega o rosello, inmortalizaran con su cámara los rostros anónimos de estos cofrades. Un fraile de fluida platica nos ensalzo, una Semana Santa en la que se perdió, a pesar de la escasa nomina de cofradías, por la que andar dando pinceladas de color. Aquello es el pasado, esto el presente, para cuando finalice mi pregón, ser pasado que nos traiga, lo que tanto nos conmueve y emociona, al adueñarse nuestras hermandades de las calles y plazas que se convierte en lugares de culto y oración.

Cofrades de Jaén, amigos y devotos de Cristo María, este es vuestro pregón. ¡GRACIAS!

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,
EN LA CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE "BLANCA IMPRESORES",
EL DÍA 19 DE MARZO,
FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ,

AÑO 2012.

DEO GRATIAS.

